Elvio E. Gandolfo

Los lugares

blatt & ríos

Los lugares

Elvio E. Gandolfo

blatt & ríos

Índice

Cubierta
Los lugares
1. En primera: Belgrano
2. En segunda: Frankfurt
3. En tercera: Ciudad Vieja
Sobre el autor
Créditos
Otros títulos de Blatt & Ríos

1. En primera Belgrano

Debía ir a una dirección del barrio Belgrano a buscar un libro comprado en Mercado Libre. El que lo vendía tenía un apellido extraño, con muchas consonantes, y por teléfono sonaba totalmente extranjero. Me dio una serie de indicaciones complejas para llegar a través de la zona de Cabildo y Juramento (la que más conozco) a la calle 11 de septiembre, donde estaba su lugar de atención, probablemente su departamento. Pero en cuanto le dije que vivía en Palermo, cerca de la calle Córdoba, cambió las instrucciones y me dijo que me quedaba más cómodo tomar la línea de ómnibus 55 sobre Serrano, y seguir hasta el final de la línea, en Barrancas de Belgrano. Ahí preguntaba por la calle, la encontraba y la seguía. "Sólo se complica un poco", me dijo, "en el cruce de vías". Una pausa. "Pero igual es fácil", agregó al fin. Reproduzco sus palabras quitándole una serie de idiosincrasias (pequeños silbidos, letras agregadas o faltantes) porque tratar de reproducirlas fonéticamente me sonaría ridículo.

El libro que iba a buscar era uno de los que escribió el austríaco Peter Handke sobre la zona de Bosnia, y específicamente sobre los serbios, considerados en el momento en que lo escribió como principales culpables (incluso verdaderos monstruos) de la guerra que desangró a la ex Yugoslavia durante larguísimos meses. No era para mí: lo necesitaba un amigo que quería hacer una nota sobre Handke y este tema determinado; se lo había sugerido otro libro de la misma serie que había conseguido, publicado por una universidad privada chilena.

Era un día regular de Buenos Aires: un poco nublado, un poco soleado. Un sábado: las calles estaban llenas de padres que sacaban a pasear por distintos lugares a sus hijos, en un buen porcentaje separados (los padres) de sus antiguas esposas y los hijos (de ellos).

A partir de las calles rectas, arboladas y actualmente cubiertas de bares y negocios nuevos de mi barrio, la entrada brusca y en diagonal por la avenida Luis María Campos, dejando Santa Fe atrás, siempre me producía (como ese sábado) una sensación de liberación, de entrar en otra zona. Dejaba atrás la rutina, y en algunos tramos la calle era como un muestrario de distintas etapas de la ciudad: la vereda larga de la izquierda, por ejemplo, era de unas instalaciones militares, o sobre la derecha surgía de pronto una especie de galería vegetal

hermosa, larga (al menos una cuadra), con pérgolas (en cuanto la veía, ya había pasado, siempre).

Sentía ese afloje sobre todo mentalmente. Dejaba de mirar (aunque no del todo) las cosas que pasaban más allá del vidrio de la ventanilla, y me concentraba, por ejemplo, en mirar a los demás pasajeros. O, si no, en mirar en cambio por el amplio parabrisas del vehículo cómo la calle se iba metiendo debajo del ómnibus a distintas velocidades. Por dos o tres cuadras, incluso, probaba con cerrar los ojos y dejar que pasara una parada (si estaba cargado de audacia, dos) sin ver quiénes bajaban, quiénes subían, por dónde íbamos. Después los abría y me entretenía contabilizando los cambios en los distintos asientos.

Al llegar a Barrancas de Belgrano el ómnibus se zambulle en el espacio en expansión que se abre en una especie de parque, y se dirige directo hasta donde está la parada, con mucha frecuencia ya ocupada por una cola considerable de pasajeros en potencia. No de este vehículo, sino de otro que hace rato está parado, esperando. Esa vereda, la de la estación, tiene otro efecto: el retroceso en el tiempo. El amplio kiosco de diarios y revistas, por ejemplo, parece de hace varias décadas. No exactamente en lo que contiene, que es en su mayoría lo que tiene cualquier otro kiosco de la ciudad, sino en el modo en que se articulan las chapas creo que amarillas que lo constituyen. Ese primer efecto inicial se acentuaba con la morocha que lo atendía ese día, que coincidía con ese tiempo ido, ya pasado, tanto en el peinado, como en la gesticulación, como en el modo de hablar.

Le pregunto a ella por la calle 11 de septiembre y con una sonrisa me contesta que no sabe, que mejor cruzo la amplia avenida y pregunto allá (hace un gesto vago con la mano, señalando), en el parque o plaza gigantesca, donde alguien seguramente sabrá. Mientras cruzo, pienso con cuánta frecuencia distintas zonas de la ciudad de Buenos Aires comparten esa división nítida de áreas: a un lado y otro de una avenida, a un lado y otro de un puente ferroviario. Incluso a un lado y otro de una calle de aspecto común y silvestre, pero que es divisoria: de este lado se saben ciertas cosas, del otro lado, otras. Gente muy sabia, que vive allí desde hace mucho tiempo, a veces conoce datos de los dos lados.

Aumentó un poco el sol, disminuyó un poco el frío, cruzo tranquilo, esperando que el semáforo dé paso al verde, y le pregunto por la calle a un hombre cuarentón, que dice que no sabe nada, que no es de ahí, que pregunte a otro. Sigo y me pasa lo mismo con dos transeúntes más. Veo que hay una familia ocupando un trozo de césped, tirados con displicencia, no exactamente en un picnic, pero casi. Me acerco y le pregunto al padre, que me dice:

—Sí, sí –y tiende un brazo–. Es por allá.

Me doy vuelta y veo que desde el parque hay más de una calle

partiendo en distintas direcciones, algunas justo hacia donde yo mismo intuyo que está el departamento del vendedor de Handke. El hombre me ha visto mirar y subraya:

—Vaya derecho, pero exactamente derecho, eh –y tiende el brazo–, sin desviarse: esa es 11 de septiembre.

Cuando uno busca un dato en una zona que desconoce no hay que tener miedo de insistir. Así que tiendo mi propio brazo y le digo:

—¿Así?

—Exactamente así –afirma con la cabeza el hombre, sonriendo–. Esa es.

Queda a cierta distancia. No es que desconozca exactamente la zona, pero le toqué otros bordes. Las veces anteriores tienen que ver con asuntos diversos. Algunos los he olvidado. Pero recuerdo, por ejemplo, que cerca de aquí –aunque por otro punto de abordaje del parque, por otro costado– estaba la casa de la madre de Zamborini. Tuve que ir a visitarlo allí la cuarta (o quinta, o sexta) vez en que se accidentó con una moto gigantesca que se había comprado, siendo el cuerpo de él más bien pequeño. Esta ocasión casi fue la definitiva: la moto resbaló sobre el pavimento y fue entrando debajo del gigantesco camión todavía en marcha con el que había evitado chocar. Alcanzó a rodar fuera de la moto Zamborini y salvarse, mientras oía cómo se iban destruyendo las distintas partes metálicas de su vehículo bajo las ruedas del camión.

Otra vez circulé cerca de estas mismas calles con una mujer oriental que hacía tiempo que vivía en Argentina. Acababa de sufrir una desilusión sentimental con un hombre, su novio, que lisa y llanamente le explicó con gran claridad que no quería tener un hijo *nunca*. Eso la derrumbó (cosa que a mí me llamaba la atención, porque yo mismo, que apenas conocía a aquel hombre, había visto con claridad que todo él preanunciaba una frase de ese tipo, como si la llevara escrita en la frente con letras de neón). Entonces la mujer oriental había sufrido una crisis y había decidido irse por un tiempo a vivir sola en un departamentito que le había regalado su padre –europeo– en las barrancas de Belgrano. Era, según me contó, mientras caminábamos por el borde del parque, un departamento pequeñísimo, un poco incómodo. Pero el padre, antes de volverse a Europa, le había dicho que quería dejarle algo así, de ella, para que recurriera a eso en algún momento de apuro. Antes de que lo olvide: la madre era el aporte oriental, genético al rostro de la mujer, y claramente la que se había impuesto por completo: uno nunca pensaba en la mujer como si tuviera algún gen europeo. Por eso la llamé mujer oriental. Para terminar: sonriendo, ella dijo que al fin el padre había tenido razón. Pero me di cuenta también de que iba a aquel departamento como a cumplir una penalidad, por haber pensado que el desaprensivo ex

novio (en ese momento) podía aceptar tener un hijo con ella. Se confirmó cuando no mucho después se mudó a otro departamento más grande, y no mucho después (a esa altura sólo tenía noticias de ella por terceros) se había unido a un hombre oriental (o que parecía serlo por entero, como ella, a pesar del aporte occidental, si lo había), y con él había tenido un hermoso hijo, tal vez de ojos almendrados. Me reí de mí mismo, porque el día en que me enteré sentí por dentro esta sensación: "bueno, asunto terminado", y nunca más volví a verla.

El trayecto hacia la calle 11 de septiembre era lo bastante largo y mi paso lo bastante tranquilo como para ir pensando en esas veces anteriores en la zona, aunque sin descuidar la rectitud de mi trayecto, para no desembocar en cualquier otra calle y darme cuenta cuadras después (odio ese tipo de desvío, que a veces me ocurre).

Cuando ya estaba llegando a ese punto cayó sobre mí otra idea un poco complicada, típica de un lector que mastica de todo como yo. Me di cuenta de que el espacio en el que me iba internando era extraordinariamente complejo: había árboles, había calles con distinto recapado –alquitrán molido caliente, adoquines, pavimento–, y esas calles tenían ejes nada paralelos, sino abiertos en abanico, pero como si se tratara de un abanico un poco roto, que no seguía tampoco la estructura en despliegue ordenado de un abanico. Ahí me cayó la idea, o la ficha: por eso buena parte de la literatura del país se concentraba en laberintos, en tiempos mezclados (como el kiosco de la estación, con la morocha), en estructuras que nada tenían que ver con la cuadrícula que habían implantado en las remotísimas fundaciones (remotísimas en un sentido latinoamericano, no europeo, porque allá en Europa estos tiempos nuestros eran comparativamente cercanos, hasta modernos, aunque fueran propiamente los de nuestro nacimiento). La conciencia brusca vino de asociar sin darme cuenta la estructura visual de la zona con otras zonas de la ciudad, tan abundantes, donde, por ejemplo, había una vuelta en U para seguir por una calle del mismo nombre en totalmente otra dirección, o zonas donde había ese mismo despliegue raro, trizado, con el que había que estar atento para no perderse. Rozó mi conciencia por un instante la única vez que estuve en Parque Chas y sus calles circulares y muy reales, y me perdí, como es lógico, pero con una mano mental rápida barrí la asociación de mi mente: era demasiado densa, y ahora tenía algo que hacer, y acababa de pisar la calle que quedaba en línea recta con la familia del parque –me di vuelta y la vi a lo lejos, y la manito lejana del padre se alzó, mientras asentía con la cabeza: yo iba bien.

El hecho de que fuera sábado, con su medida discreta de ocio, de tiempo libre, incidía para que me entregara a tales divagaciones. De hecho la propia tarea tenía algo de divagación: nada me habría costado pedirle al supuesto extranjero que vendía el libro que me lo

enviara con un taxi (le había preguntado y el costo agregado no era nada delirante). Pero tal vez porque había pasado tantas horas leyendo sin parar en el departamento de mi propio barrio, me pareció bien salir, ir hasta Belgrano (zona que a mí, seamos francos, no me daba ni frío ni calor) y volver. Ese trayecto, me había dicho, me haría mover el cuerpo, funcionar la cabeza en otras cosas (pasajeros del ómnibus, estructura promotora de laberintos literarios, etc.), y distraerme de un modo distinto que en la lectura, que tanto tenía de hipnosis inmovilizadora, paradójicamente con la sensación interna de moverse, a través de lo leído, sin que eso fuera cierto.

Era agradable y a la vez sutilmente extraña, la calle 11 de septiembre. Tenía árboles, edificios horizontales, carteles que indicaban que se trataba de esa calle cada cierta distancia (por las dudas, cuando llevaba media cuadra, le pregunté a alguien que venía en dirección contraria y me dijo que sí con un movimiento de cabeza: esa era 11 de septiembre; después un cartel me lo confirmó). Un dato de extrañeza, como ejemplo: vi a lo lejos que a unas pocas cuadras la calle era interrumpida por un muro. Deduje que allí se producía el corte de las vías ferroviarias que me había mencionado el que vendía el libro. Mientras seguía hasta llegar iba mirando con una mezcla de atención y flotación a las distintas personas y animales que iba cruzando. Una madre con un cochecito, un perro de buena calidad, color habano (en Belgrano muchos perros tienen el aspecto de un mueble bueno, más que de un ser vivo; además se suelen portar muy bien: ni siquiera ladran), un par de tipos que desencajaban, sencillamente porque eran parte de los numerosos personajes del barrio dedicados a trabajar en entregas, deliverys, arreglos menores o mayores de plomería o electricidad.

Llegué a la pared y de nuevo me dije: preguntar, preguntar bien para no meter la pata y terminar por los cerros de Úbeda. Era así: para seguir por 11 de septiembre después del corte ferroviario había que trazar una complicada figura en la que intervenían tres calles. No era un problema mío solamente: había un gran cartel municipal que indicaba cómo ejecutar (en auto) esa figura rectilínea pero desorientante para llegar a la calle principal de la zona. Cuando me acerqué al cruce de vías propiamente dicho me di cuenta de que parte de la complejidad estructural se debía a que las vías del tren (en cuanto pensé la palabra, un tren se corporizó veloz y elegante, y pasó con un rugido suave) no se cruzaban en perpendicular con la calle 11 de septiembre. Entraban en cambio en sentido diagonal, por un momento casi paralelo, y seguían hacia la estación siguiente (en cuya vereda la morocha del kiosco estaría vendiendo diarios).

Me costó un poco, pero al fin encontré la calle 11 de septiembre al otro lado. Las direcciones de lo que se supone recto y fácil –una

arteria urbana– seguían manteniendo, de otra manera, la disposición compleja que tenían al salir del parque, antes. Pero ahora no me sugerían nada relacionado con la literatura del país, sino más bien con esas vastas extensiones de realidad presente o histórica que quedaban como por una maldición insistente fuera de lo que esa literatura –o al menos sus representantes más destacados– hacían entrar en sus novelas o relatos. (Debo aclarar que el plano entero de la poesía no entró, o ni siquiera rozó mi mente a lo largo de todo aquel sábado entre nublado y soleado).

Me di cuenta de que estaba en una zona donde se multiplicaban los restaurantes. Había muchos autos estacionados. Ya había pasado hacía rato el mediodía, empezaba la media tarde, pero tanto en un restaurante oriental, tirando a árabe –que anunciaba dicho origen con distintos carteles con nombres raros–, como en una parrilla "típicamente argentina", como decía otro cartel, quedaban algunos comensales. Los del primer restaurante parecían más tranquilos, asentados en su papel, comiendo algo que querían exactamente, incluso trabajando prácticamente de turistas o habitantes de la ciudad que comían en un restaurante algo árabe. En cambio tres o cuatro personas que salían de la parrilla "argentina" lo hacían con cierta vacilación, como inseguros de haber tenido alguna buena experiencia gastronómica, tambaleo que en realidad caracterizaba desde hacía un tiempo al país todo, tanto la capital –donde ahora me encontraba– como el interior, que conocía en buena medida, porque de ahí venía originalmente. A tal punto que no se sabía bien si dicho conglomerado, tomado en su conjunto, quería ser argentino, latinoamericano, europeo, norteamericano o hasta inglés (como en otros tiempos, cuando se había desarrollado esa literatura que había aprovechado, o había sido empujada por las zonas complejas o laberínticas de determinados barrios).

"Está bueno", me dije, mirando la numeración. "Sólo falta una cuadra y media". Cuando cruzaba una calle de cierta importancia, recorrida por un tráfico abundante, ómnibus, hasta bicicletas, me di cuenta de que allí se producía una concentración especial de locales para tomar bebidas, café, o comer al paso, o reposadamente, o sea restaurantes. Crucé y entré a la cuadra donde estaba el edificio donde se encontraba el hombre de acento curioso que tenía el libro para vender.

Se produjo un momento raro. Como suele pasar en las ciudades grandes, hubo de pronto una exclamación urgente que no se sabía bien de dónde venía. Giré la cabeza, pero no vi nada fuera de lo común. Después, unos metros más adelante, vi a un hombre alto, con abrigo de cuero, que hablaba calmadamente por un celular: "Sí, claro", decía, y después, contradictoriamente, levemente fastidiado:

“No, no entendés. *Toda* la fila de autos se incrustó en el mío”. Era una frase fuerte para decirla con tanta calma, pero eso suele pasar con las personas de dinero, pensé, y seguí un poco más. Era cierto: un auto nuevo, enorme, como engordado con esteroides, color gris, tenía la parte de atrás destrozada por un taxi, colocado en ángulo. Reconocí de inmediato al taxista: era uno de esos tipos comunes, acostumbrado a angustias cotidianas en cadena, que parecía decir ahora con la expresión de la cara: “Una más, qué le vamos a hacer”. Le pregunté qué había pasado. Me contestó como hipnotizado:

—La dirección –miraba con pena la trompa del taxi destrozada–. Me falló la dirección.

Así que al taxi le había fallado la dirección y sin orden ni concierto se había incrustado en la parte de atrás del auto hiperbólico, caro y gris, que a su vez se había incrustado en la fila de coches estacionados (a la inversa de cómo lo explicaba su dueño por el celular).

—Qué macana –comenté en voz chata, ese tipo de comentario para llenar el aire que hace uno con cosas de ese tipo, en la calle–. Suerte.

Seguí unos pasos más y ya estaba allí, en números metálicos de cierto tamaño, la dirección del edificio en cuyo interior se encontraba el libro de Handke que había venido a buscar. Me impresionó el vestíbulo al otro lado de la puerta de vidrio: totalmente pelado, de cemento desnudo. Pero, con un criterio disimulador típico del país, le habían agregado unas gigantescas cañas de bambú. De esa manera el vestíbulo tenía un remoto estilo despojado, zen, oriental, aunque la impresión de fondo que se imponía con más fuerza, si uno miraba bien, era que en realidad habían ahorrado en terminación. Toqué el timbre y me contestó la voz particular, un poco trizada del vendedor. Me interrogó en detalle, y al fin me dijo que esperase.

Mientras esperaba, bajé el par de escalones del vestíbulo y me fijé perezoso en cómo circulaban los autos y los ómnibus en la avenida que había cruzado (por algún motivo no pensé en el taxista: lo había como borrado hasta de mi recuerdo, por el momento). En el estilo perezoso del día mi mente se dijo: “Cabildo debe de quedar… para allá”, apuntando, digamos a la derecha. “Y tal vez el multicine que queda en la esquina de Monroe… para allá”.

Poco después el vendedor del libro apareció, mucho más joven de lo que yo pensaba, y con un rostro tan complejo en sus direcciones, afirmaciones y negaciones, que pensé en que tal vez la voz no era extranjera, sino simplemente compleja por indecisión, por juventud extendida –no era tan joven que digamos–, fracturada. Nos tratamos prolijamente: entregué el dinero, y recibí el vuelto, el libro y una tarjeta muy bien diseñada e impresa, con el nombre del negocio (porque eso era, según testimoniaba la factura legal, también prolijamente impresa).

Cuando el antiguo propietario de Handke ya iba a volver al ascensor, alcé una mano y le pregunté:

—¿Por aquí hay algún multicine?

El joven –eso era, al fin y al cabo, aunque no se ajustara tal vez la edad al concepto– asintió, volvió hasta la puerta y señaló la avenida:

—Llega a la esquina, camina dos cuadras a la izquierda y ahí está el multicine.

Le agradecí y se fue. Quedé un poco alelado. ¿Cómo había podido desorientarme tanto? La calle Monroe quedaba tan cerca que no lo podía creer.

Cuando llegué a la avenida las cosas entraron un poco en caja. En realidad la calle Monroe quedaba muy lejos, a muchas cuadras, y el multicine era el de un shopping que quedaba cerca. Por las dudas pregunté también por Cabildo. Quedaba en la dirección exactamente opuesta a la que yo había pensado, también a unas cuantas cuadras.

-.-.-.-.-

Pregunté por Cabildo cuando llegué a la avenida. Pero un poco antes, digamos media cuadra, me fijé en un cartel ovalado, con fondo color crema, o madera, que mostraba a un hombre más bien rubio, con bigote, que alzaba una jarra de cerveza grande, mirando a quien lo miraba, como brindando. Abajo estaba no la marca de la cerveza, sino del lugar (miré a mi alrededor y no pude identificarlo) donde se podía tener la experiencia de beberla. Las letras del nombre estaban pintadas en un color que combinaba bien con el fondo, y en letras góticas, germanas. Entonces me fijé que el atuendo, la ropa del hombre, también tenía la intención de dar a entender que se trataba de un alemán, de un germano.

Mientras llegaba a la avenida, y en un segundo plano, o en una dirección diagonal de mi mente (como algunas de las calles del barrio) me sorprendió el movimiento generalizado de la cuadra, donde se mezclaba la gente que esperaba en la parada de ómnibus, con la que salía de un par de bares a la moda, modernosos. En el primer plano me seguía picando la imagen del alemán (sólo hasta cierto punto: una cierta indefinición sutil indicaba que había sido pintado por un argentino), brindando con la jarra de cerveza en alto. Por una parte me había detenido a mirar bien la imagen porque me caía bien su precisión hiperrealista, asimilable a mucho artista popular (de Norman Rockwell para abajo, o para arriba) que admiraba. Por otra, al ponerme en marcha, había dejado que creciera el tema alemanes/ Belgrano. Ocurría que hacía muchos años había traducido un libro de un investigador norteamericano que seguía la inserción de la comunidad alemana en Argentina, desde las épocas mismas de la

colonización inicial hasta las más cercanas (con el sempiterno paso por el tema alemanes/Perón).

Ahí había leído (y ahora lo recordaba) que el barrio de Belgrano era un sitio donde se habían insertado comunidades alemanas con más frecuencia. El tiempo había borrado de mi memoria muchos detalles de aquel libro (que además eran innumerables: el investigador norteamericano era muy bueno), pero recordaba, por ejemplo, que en la época de la Segunda Guerra Mundial habían partido columnas multitudinarias de alemanes desde el barrio de Belgrano hacia el Centro, apoyando al Eje, y que a veces se habían producido refriegas de mayor o menor entidad con gente que apoyaba a los Aliados. Todo ese mundo –lo alemán– entraba en mí por conductos también personales, porque mi abuelo paterno era no alemán, sino suizo-alemán. Pero aunque pocas veces lo había oído hablar de Suiza como país, lo había oído hablar en cambio muchas veces de Alemania.

Así que avancé las dos o tres cuadras hacia el shopping y su multicine haciendo repicar o rebotar el tema alemán en la cabeza, sin dejar de atender, y hasta de observar con atención, lo que iba viendo en la calle.

Cuando llegué al shopping, me desilusionó. Era un tipo de sitio elaborado a partir de una estructura edilicia previa (así al menos me lo pareció). No tenía la contundencia de dos o tres shoppings a los que era adicto, que se notaban ya construidos para eso desde cero, compactos, o instalados desde el vamos en un edificio que, a pesar de un papel histórico que nada tenía que ver con un shopping, parecían hechos justo para eso, como el del Abasto.

Este tenía niveles, escaleras y negocios puestos un poco al azar. Por decirlo con una imagen o una metáfora: al menos los de planta baja parecían luchar denodadamente (una librería general, otra de niños, algún negocio de ropa) al borde del abismo (no económico, sino simbólico) para no caer en ese abismo un instante después. Me divirtió un poco ese tono, porque la sensación de fragilidad, de transitoriedad, afectaba incluso al guardia de seguridad que estaba cerca, aunque por lo demás tenía todos los rasgos de cualquier otro guardia: incidía sobre él el entorno. Igual me acerqué y le pregunté por los cines. Alzó una mano firme, de guardia de seguridad entrenado, indicando una escalera mecánica que subía. Me subí a ella.

Arriba era igual. Era evidente, por ejemplo, que no habían alcanzado a cubrir el espacio con la cantidad de locales pensados originalmente. Cada elemento estaba como aislado por grandes cantidades de espacio vacío: un cartel con una oferta de, por ejemplo, una tarta y una bebida a precio único, estaba a considerable distancia de un mostrador de alimentos y bebidas diseñado para verse acotado por dos locales adicionales, pero que había quedado solo, por así

decirlo en el fondo del espacio.

Como siempre que uno está así, en un shopping al que acaba de entrar, y que no sigue las direcciones claras e invitantes de un complejo armado con solidez desde el principio, roté la cabeza lentamente, buscando. Al fin pregunté, y alguien me indicó un amasijo de cristales al fondo. Allí estaban refugiadas, apiñadas, las boleterías del cine, con un cartel grande con títulos y horarios que iban pasando, y dos chicas que iban atendiendo. Todo el lugar se veía apretujado, raro, sin aire, a diferencia de las pampas vacías de plástico y publicidad donde funcionaban el bar y el típico lugar donde se servía el pop (maíz frito), las gaseosas o alguna inmunda golosina dulzona y pegajosa.

Mientras avanzaba la cola me fui fijando en los títulos de las películas, y rápidamente me decidí por *X-Men. Primera generación*. Había visto las tres películas previas, y también la primera "precuela", bastante idiota, que seguía las huellas iniciales de Wolverine, uno de los personajes, que tenía unas gigantescas uñas metálicas que le brotaban de las manos cuando se ponía un poco loco. Nunca había leído la historieta, pero las películas me habían gustado. Había un buen reparto de arquetipos, liderados como grupos en conflicto por un Bueno (en silla de ruedas) y un Malo (con un casco raro en la cabeza). Es más, aun en la tercera, que por ahí sí era más floja, se desataban fuerzas considerables; había una mujer tan poderosa que hacía peligrar el Universo Mismo, a la que Wolverine amaba, pero a la que al final tenía que matar, por motivos obvios (si no lo hacía todo terminaba, porque como la mujer estaba muy furiosa, alentada por el malo del casco raro, actuaría y se acabaría el Universo Mismo). Lejos de ser una escena misógina y demente, hueca, al estilo americano, estaba en cambio –al igual que muchos otros elementos de la serie de películas– filtrada por una intensidad visual y simbólica expresionista, germánica. Estaba más cerca del Dr. Caligari o el Dr. Mabuse que de la historieta original. El responsable de ese tono (y tal vez también del excelente grupo de actores, o casting), en las dos primeras películas había sido el director, un tipo muy particular, que en su primer film exitoso, relacionado con *Los sospechosos de siempre*, anterior a la serie, había filtrado a su manera (única manera de hacerlo sin morir en el intento) elementos formales y estrategias narrativas de Borges.

Mentiría si dijera que no tuve dudas en elegirla. Había otra película, con un nombre de mujer, sobre la que había leído más: era una niña a quien el padre –un muy buen actor de villanos, intenso– preparaba como asesina. Pero era un tema que me tenía un poco harto, francamente. Además transcurría en la nieve, o sea que se insertaba como anillo al dedo en la actual boga de las policiales nórdicas (suecas, noruegas, finlandesas), que por lo general mezclaban

algún dato de terror o fantasía, pero con bastante poca pericia formal o narrativa. Digo que dudaba, porque hasta ese momento no tenía ningún dato firme sobre la precuela (¿acaso el hecho mismo de que fuera la *segunda* precuela no iba en contra?, ¿qué sería lo siguiente, una *fuckingcuela*?). Hasta sospechaba que a lo mejor pintaba la vida de los X-Men en su aspecto diario, un poco aburrido, mientras iban creciendo en su infancia y adolescencia, etc. En otras palabras: un clavo, un bodrio más. ¿Pero acaso tenía algo mejor que hacer? No. Me habían dado ganas, simplemente, de "ir al cine", y era lo que estaba haciendo.

Cuando pagué, descubrí con un flujo de placer inesperado que aunque fuera sábado de tarde la función todavía entraba, por la hora temprana, en la mecánica de descuento promocional, y pagaba casi la mitad. Así, era aun menos importante la posibilidad de una frustración.

La sala estaba ubicada con las demás también de modo apretujado: la última del lado izquierdo. Le avisé a la muchacha que cortaba las entradas que antes iría al baño: me señaló con un dedo índice claro dónde se encontraba (ese día había necesitado muchos índices indicadores, y ahora que ha pasado un cierto tiempo hago un agradecimiento general y formal a todos ellos).

El baño era tal como cabía esperar de un shopping medio trucho como aquel. La primera impresión era buena, después empezaban a acumularse detalles concretos que hacían sospechar el posible derrumbe de los inodoros o los mingitorios de puro precarios que eran. Pero habiendo circulado a menudo por racimos de cines de shopping y sus baños (a veces incluso hay que salir de la zona del multicine, porque el baño es el baño general del shopping, en otro piso), no me asombró. Es más: creo que esa precisión la hago ahora que lo describo, no mientras lo usé.

La entrada a la sala era más bien escueta. Pero adentro resultaba una sorpresa: bastante amplia, con un pronunciado declive en ascenso que empezaba a partir de la segunda fila. Hasta la cuarta ya estaban ocupadas por espectadores, sobre todo jóvenes, y más que nada –me asombré– mujeres, muchachas.

Nunca me molestó ir al cine solo. Menos aun hacerlo acompañado. Pero quiero decir con esto que cuando voy solo no siento la nostalgia de no ir acompañado. Por eso mismo la situación ideal puede ser que haya unos pocos espectadores. La sala totalmente vacía –he visto más de una película totalmente solo, rodeado de butacas vacías, incluso una de las últimas de Woody Allen, que duplicó su nivel de aburrimiento por ese motivo– sí es un poco ominosa. Salvo que la película sea muy buena, es un dato que no se borra mientras transcurren las imágenes. Está la película, y está la masa de butacas

vacías, emitiendo su aura.

Había entrado con las luces aún prendidas. Así que avancé por la sexta fila hasta la mitad, me quité la pesada campera de invierno y la deposité sobre la butaca de al lado. Tomé además la bolsa de papel dentro de la cual había una revista que había llevado para leer, y el libro de Handke. Lo saqué y lo contemplé. Era una edición hermosa, a contrapelo del tema áspero. De un sello español grande y bastante antiguo, que ya había dejado de editar con ese nivel, tenía una sobrecubierta bastante gruesa y a todo color, con el largo título, y estaba impreso en un papel grueso, con un interlineado que permitía leer de manera descansada la letra de buen tamaño. Los pliegos estaban bien cosidos, no pegados y, detalle final que no se podía pasar por alto, no traía los clásicos marcadores de hoy (un largo rectángulo de cartulina, con la imagen de algún libro del sello) sino uno de tela, largo, fino y violeta oscuro, pegado a la parte superior.

No pude dejar de sentir que aquel día estaba lleno de pequeños hechos, positivos o no, que se marcaban con claridad en mi ánimo. Tal vez el cimiento subyacente era que por una vez iba haciendo más o menos lo que tenía ganas: en ese momento específico, ir al cine. En cuanto lo pensé, las luces se redujeron a la mitad: empezaban un par de avisos breves, y las sinopsis o "colas" (o "trailers") de los próximos estrenos. El modo en que había cambiado el entorno se mezcló con otra decisión: en cuanto llegara al departamento, leería el libro de Handke. Después de todo, era bastante breve.

El desfile de avisos o reclamos llamado "próximos estrenos" era un componente esencial de "ir al cine". Uno quedaba un poco frustrado si, por ejemplo, se trataba sólo de sinopsis (o "colas") de dos títulos. Y abrumado si pasaban de cinco: "¿Cuándo termina esta mierda y vamos a ver la película de una puta vez?", me pregunté en más de una ocasión. Pero ahora fueron cuatro (o cinco, no recuerdo bien). La mayoría no me llamaron la atención, en especial el dedicado a unos muñecos interplanetarios que cambiaban de forma y que eran puro sonido y furia, hasta aturdir en el breve espacio de la sinopsis. Pero otro tenía que ver con una especie de compañero de un momento de mi vida, el escritor Philip K. Dick. Aquel demente de barba entrecana era un inventor tan sistemático de ideas disparatadas y a la vez seguras, que se había convertido en un permanente proveedor de ideas de un Hollywood manejado por administradores y abogados más que por estudios, y que casi había desaparecido en cuanto a ideas originales. La sorpresa fue que la sinopsis variaba respecto a la que había visto antes. Cuando me enteré de que la estaban filmando fui al tomo correspondiente de sus cuentos completos. Se llamaba "Equipo de ajuste" y era con claridad uno de sus relatos menores, con una idea puesta a funcionar a media máquina, sin la velocidad demencial de la

mayoría de sus relatos. Era evidente que, al trasladarla, le habían cambiado no sólo el título, sino también muchos detalles. En imágenes todo se veía más lujoso, más atractivo, y también, debo decirlo, hacía temer una estupidez satinada sin mucha sustancia. De todos modos, siendo una sinopsis, terminó pronto, y dejé de lado seguir con mis reflexiones al respecto acerca de otras muchas adaptaciones. Las luces se apagaron del todo, y acomodé levemente el cuerpo (el libro de Handke ya lo había devuelto a la bolsa de papel), colgado entre la expectativa del placer y la contraria, de decepción.

Fue una sorpresa. De todas las películas con los X-Men era la que tenía un ritmo, un punto de vista y una visualización más cercana a la de una buena historieta. Con el paso del tiempo había leído cada vez menos historietas. Por una parte habían desaparecido incluso casi todas las revistas mensuales, más "pensadas", que aparecían en España o Argentina. Hasta la cercana resurrección de una clásica, que le compraba regularmente a un amigo uruguayo, era deprimente en su desfile de temas negativos, tonterías adolescentes y narraciones trasnochadas que se basaban en formas oscuras y regularmente violentas de sexo, sangre y frustración. Entretanto el cuerpo y la cabeza se prepararon (agachando un poco la cabeza metafórica entre los hombros idem) para un chubasco en todo caso breve de datos más bien realistas, a partir de los cuales se irían despegando las especialidades de los hombres X de la "primera generación".

Pero la película arrancaba a mil, aunque costara creerlo, sobre todo en Alemania, la Alemania nazi, que tanto ha pesado (más que Goethe, seguramente) en la imagen popular y masiva de ese país. El montaje, las actuaciones y la simple velocidad de las cosas apenas permitían recordar que sí, el malo del casco raro había terminado por serlo debido a que los nazis habían matado a su madre. Pero aquí ese tema apenas entrevisto en un "flashback" de una de las películas anteriores ocupaba una buena parte de espacio, se desplegaba en detalle, por así decirlo. Entonces niño, el futuro malo tenía la posibilidad de desencadenar la violencia o la destrucción de los elementos en caso de verse sometido a una tensión extrema. Conocedor del asunto, un hijo de puta nazi (esa categorización moral sintetiza el modo en que la cultura americana –norteamericana, si gustáis– pinta a los nazis, trivialización enorme que poco molesta en una historieta) había separado a la madre del niño, y bastante después lo había hecho ir a su despacho y había querido obligarlo a mover con sus poderes una moneda que estaba sobre la mesa. Ante el fracaso, por más que el muchacho se esforzaba, había hecho traer a la madre a su presencia (gran sobreactuación de madre e hijo sufriendo al volver a verse) y amenazado con pegarle un tiro si la moneda no se movía. El hijo volvía a fracasar, el nazi le pegaba un tiro a la madre y la furia se

desencadenaba (los soldados nazis morían triturados por sus propios cascos de acero, los vidrios estallaban, etc.). Sin embargo no llegaba a desencadenarse el Armagedón, y los dos, nazi y muchacho, quedaban vivos.

Pasaba el tiempo. Ya eran los comienzos de los años sesenta. Todo rápido, rítmico, como si desfilaran cuadritos de historieta en vez de imágenes en movimiento. A esa altura ya se había visto bastante también al bueno, que, telépata, se unía a una mujer, Raven, también con poderes. De pronto un aparte inesperado y delicioso: el futuro Magneto se enteraba de que el alemán se había refugiado en "Villa Gessell" (agitación leve, sonrisas casi silenciosas del público. Cuando Villa Gessell aparecía: carcajaditas cortas, y alguna larga, con gran placer). No era un balneario un tanto gris como el Gessell real, sino un espléndido lago del sur patagónico, de postal. Toda la secuencia, más bien breve, era una continuación, hasta en el tono de los colores, del cartel del alemán de un par de horas antes, alzando la jarra de cerveza en un cartel ovalado de las calles de Belgrano. Entretanto el tono de historieta era veloz también para mostrar a una bella agente de la CIA que se filtraba en una reunión y veía cómo Schmidt (el *fucking bastard* que había matado a la madre) presionaba a un alto mando yanqui para meter armas atómicas en Turquía. El tono era de jolgorio sexual al viejo estilo (hoy destruido por la frazada psicológico-filosófica de la corrección política y la difusión de basura sexual fría de la Red, en un noventa y cinco por ciento): de hecho, pensé muy velozmente antes de seguir con lo que pasaba, tenía el estilo de un viejo capítulo "sexual" de "Los vengadores", la vieja serie también historietística (a veces onírica, y a veces genial, y a veces lisa y llanamente chiflada), ambientado en un club para chalados sexuales de la época victoriana.

A esa altura ya tenía su peso quien iba a ser en el futuro el bueno en silla de ruedas. Convencido de la existencia de mutantes, empezando por él mismo y su telepatía, al fin era absorbido por la CIA. A su vez conocía al futuro malo y le decía que, bueno, en fin, la venganza no servía para nada. Una argumentación muy poco convincente para alguien a quien le habían matado a la madre de un tiro. Ya a esa altura había reconocido al fin que el malo nazi era interpretado nada menos que por Kevin Bacon, a la vez con profesionalismo y gusto. Caray: la peli era mucho mejor de lo que me había esperado. Me hundí un poco en la butaca, encantado, y el movimiento hizo que la pesada campera de invierno se deslizara al suelo en la butaca de al lado. La levanté sin perder el hilo de lo que pasaba en la pantalla.

De acuerdo: había algunos alargues innecesarios tal vez. Y toda la mezcla con la historia real de la crisis de los misiles cubanos apestaba a clásico truco de la Marvel, el sello de la historieta original y parte

esencial de la producción. Pero todo era manejado con inteligencia (en ese trozo absurdo, por ejemplo, el futuro malo lograba alzar de las profundidades un submarino entero y mantenerlo en el aire), a tal punto que empecé a sospechar alguna mano maestra. Incluso el enfrentamiento final entre el ya casi totalmente malo y el Malo (casi a un nivel comparable al Diablo) también estaba pensado, sopesado. Diálogos intensos, intentos entre burlones y resignados de Kevin Bacon por captar al otro, y al fin el antiguo niño que, ahora adulto y poderoso al extremo, sacaba la célebre moneda del bolsillo. En el código del cine americano, uno esperaba ahí una moneda que atravesaba el espacio como una bala y se clavaba en la frente del villano, que caía muerto. Pero no, amigos: la moneda atraviesa el espacio lentamente, lentamente se introduce en la frente del sujeto, y lentamente le atraviesa la cabeza por dentro, con el estropicio y muerte consiguiente.

La película era de esas que, después de los dos, o tres, o cuatro logos de productoras y distribuidoras (incluyendo a "la" Marvel) empezaban en el acto, sin títulos. Así que la comprobación vino en el final, con esos títulos: ¡claro!, el guionista era el director de las dos primeras. Hice un gesto interno de saludo respetuoso por su *savoir faire*, hoy día tan escaso, y después enfilé para la salida.

Había quedado enganchado: ¿y si veía después de todo la película con nombre de mujer? Pero no bien me fijé, quedó claro que ahora el precio era pleno. Así que atravesé los grandes espacios absurdos fuera del conglomerado de salas y boleterías, me dirigí a las escaleras y me subí a la que bajaba.

Respiré con placer el aire de la calle: había sido hasta allí una muy buena tarde, inesperada además. Me quedé parado unos cuantos segundos, tratando de descubrir qué quería hacer. Era el resultado más concreto de una vieja terapia de corte psicoanalítico. La había hecho en la época en que si no recurría a por lo menos una madera flotante, me hundía sin remedio, cargado de problemones graves de todo tipo. No me había curado de nada, me había permitido soportar la tormenta, y sólo me había dejado la conciencia clara de El Síntoma: cada vez que estaba por hacer una serie de cosas las encaraba de un modo caótico, sin tener en cuenta el tiempo y el espacio. Parece una estupidez, pero cuando uno acumula ese tipo de condición durante bastante tiempo, descubre que a la larga está perdiendo por pura estupidez años enteros de una vida que después de todo será prolongada en el mejor de los casos, pero nunca infinita. Así que ahora, cada vez que estaba por caer en el Síntoma, me quedaba quieto, y las cosas se iban acomodando solas.

Desde hacía unos meses andaba con poco dinero: siempre llegaba justo. Así que vi con meridiana claridad que lo que tenía que hacer,

para no pagar una buena suma para volver en taxi, era recorrer en sentido contrario el laberinto de calles por el que había llegado sano y salvo para retirar el libro de Handke, y tomar el 55 de vuelta.

-.-.-.-.-

En este preciso momento en que voy a emprender el regreso por el laberinto relativo de las calles de Belgrano para llegar a la parada del 55, voy a ser un poco obvio. Desde luego todo esto está siendo tecleado en una PC casera (o más bien dos, en distintos departamentos y ciudades), y no ocurriendo en el momento en que se produjeron los hechos. Al mismo tiempo cuando voy releyendo una, dos o tres veces lo que voy escribiendo, agrego o saco cosas: es todo construcción. Pero detrás de esa construcción no hay sólo el fluir de lo que me acuerdo de aquel día. Está el misterio, para mí, de por qué recuerdo con tanta claridad aquel día más bien banal, entrenublado, y sobre todo por qué recuerdo el trayecto que iba recorriendo a medida que pasaban las horas de la tarde. Esos lugares que iban desfilando, y sobre todo los núcleos por así llamarlos pesados (la calle 11 de septiembre y el choque de autos, más adelante –como se verá– un hecho ocurrido en la línea de ómnibus 55, que tuvo que ver con un abuelo oriental y su nieta) (orientales y alemanes, apareciendo y desapareciendo aquel día), etcétera.

Gracias a esa comodidad de ir desenrollando los hechos y las palabras y la posibilidad de agregar y sacar, al releer hasta el último corte recordé otra cosa más que me llenó de bastante serenidad y alegría. Sólo registré hasta aquí el hecho de que el guion de la película era de un tipo inteligente y creativo, director de las primeras películas de los X-Men. Pero hubo otro nombre que me impactó aun más. El hecho de que la memoria lo registrara un poco menos (hizo falta la revisión de lo escrito para que volviera a surgir) no tiene nada que ver con la intensidad del sentimiento de alegría de ese momento. De hecho fue mayor que el del director y guionista, que está en plena carrera. Tiene que ver con esos planos del cine que tanto tienen que ver a su vez, hoy, con el resultado final, no sólo de dirección, fotografía, actuación, etc., sino también, y sobre todo, de decorados, trucos digitales, sonido y así sucesivamente (un saludo cordial al francés Méliés, un poco el origen de todo esto).

Espectador interesado en géneros como el terror, la fantasía y la ciencia ficción como soy, a la larga algunos nombres de esa grey meticulosa y trabajadora, creativa, me producen una oleada de satisfacción y respeto cada vez que aparecen. Por dar un ejemplo al azar: un tal Rick Nicotero, especialista en la construcción de cadáveres artificiales para películas de terror. Lo cito porque el culto hacia su

trabajo es tan grande en él mismo, que en su momento estuvo en Vietnam para ver *in situ* cadáveres en distintos estados de destrozo, e inspirarse. Figuró ese dato en un documental sobre el género de terror que circuló bastante poco, y tuve la suerte de ver. Nicotero tenía una pasión tal por su trabajo, y era tan rayado en esa pasión, que provocaba un poco de miedo: no podía descartarse –en una onda Poe– que terminara matando a un amigo o a una novia, para captar *el momento exacto*. Ojo: lo pensé al ver el reportaje, no antes o después.

Pero para volver a aquel sábado, el nombre que vi en la pantalla, destacado (figuraba solo) era el de John Dykstra. Un nombre así es palabra mayor: luego registraré en detalle su edad en Google, pero no lo veo demasiado lejano de Trumbull, el encargado de trucos especiales de *2001*, la película de Kubrick. En la oscuridad de la sala, mientras parte del público empezaba a levantarse e irse, musité sonriendo, casi incrédulo: "¡John Dykstra! ¡Claro!". Así se explicaba la calidad con que se sucedían escenas totalmente increíbles, que sin embargo se creían a medida que ocurrían. En un día cargado de sorpresas inesperadas, era una más positiva. Creo que por esa satisfacción de haber asistido a un buen espectáculo y descubrir por qué había funcionado tan bien, tomé decisiones acertadas (no quedarme a ver otro estreno, volver caminando hasta las Barrancas y tomar el 55). Ese día viví sin darme cuenta, mientras ocurría, el sucederse fluido de los hechos y las pequeñas decisiones, pero ahora, al escribirlas, descubro parte de la explicación.

-.-.-.-.-

Aprovecho para agregar lo que averigüé sobre Dykstra: de hecho era casi contemporáneo en edad de Trumbull, que le había conseguido trabajos sucesivos, muy en especial los trucos de *La guerra de las galaxias*. No se llevaron bien con el director, George Lucas. El motivo era una previsible grieta de personalidades: Lucas le pagaba para que hiciera los trucos, y punto. Pero Dykstra aprovechaba para ir perfeccionando elementos técnicos (cámaras especiales y demás), que después podrían ser empleados por otros. Un tanto miserable, Lucas al final lo sacó del rodaje. Y Dykstra estuvo boyando por distintos sitios, incluyendo los juegos de video, que según todos los análisis serios del asunto, desde hace mucho tiempo son la punta de lanza de los desarrollos verdaderos (no las aburridas trampas de la obsolescencia programada) dentro de lo digital.

Seguimos: regresé por las mismas calles. Pero fue un trayecto tan distinto al primero que debo insertar una metáfora. Hay un modo de hacer que la fotografía de alguien resulte monstruosa: basta con recortarles los ojos y pegarlos al revés, además de invertir la propia

foto. Lo vi ejemplificado con una foto de Margaret Thatcher que figuraba en un libro de *Scientific American* sobre la percepción. Uno al principio cree que hay algo levemente raro, pero al dar vuelta la foto para verla al derecho, pega un salto interno: la cara de Thatcher asusta más que la novia de Frankenstein.

No fue de ese tenor lo de aquel día, pero sí algo sutilmente semejante. En principio, por haber recorrido ya aquellas calles en una dirección, seguramente el regreso se vería facilitado. Pero a partir de cierta altura de la edad el cuerpo usa lo que yo llamo "facilitadores". Uno de ellos es la sensación de avanzar "al derecho", es decir, en dirección al departamento que buscaba en la calle 11 de septiembre. Pero en cuanto comencé a realizar el mismo trayecto en dirección opuesta, el cuerpo entero (y su cabina de control: el cerebro y sus sentidos correspondientes) reaccionó como si estuviera avanzando "al revés". Al igual que una PC muy vieja, que tiene centenas de tics y vicios, el cuerpo iba inventando, sin saber por qué (porque buena parte del cerebro iba pensando en las horas anteriores, o hacía saltos incluso de años, algunos sorprendentes, pero que he olvidado), distintos trucos de desconocimiento o de "¡oh, me he perdido, era por otra parte!". De modo que fui avanzando con cierta dificultad, preguntando una y otra vez, y riéndome por dentro porque, en términos generales, cuando me contestaban descubría que iba bien encaminado.

Colaboraba además el cambio completo de la luz. La calle ahora era un poco sombría, los dos o tres trenes que pasaron cerca (a uno lo vi, de los otros sólo oí el sonido), incluso las actividades comunes de un día así, cambiaban de signo, se volvían otra cosa. Una dama ni joven ni vieja, por ejemplo, iba terminando de cargar algo en un auto y lo hacía con una expresión desanimada, desinflada. Era un poco un signo de esta ciudad determinada: seguramente la mujer no tenía nada seguro que hacer ese sábado por la noche, o tenía algo seguro pero aburrido (mirar televisión con el marido), al menos visto como futuro. Esa sensación desanimante suele ser frecuente en la ciudad en general, cuando se acerca la noche. Esa noche que, para todo visitante fugaz o incluso para todo inmigrante provinciano o extranjero relativamente instalado, tiene muchos atractivos, para alguien que hace muchos años que vive allí significa sin embargo una cercanía peligrosa a ver la verdad. Para expresarla con una metáfora: el momento en que la Gran Ciudad revela que es un Gran Decorado Vacío, algo Irreal y Peligroso. Una sensación que a nivel macro (la semana, en vez del día) invade a gran parte del domingo.

Semejante sensación, aunque la viera hasta inconscientemente en dos o tres personas en todo el trayecto, contribuía a hacer ese camino de vuelta muy distinto al camino de ida. De todos modos no la haré

más larga: llegué al parque o gran plaza, miré con cierto cariño el césped vacío donde había estado tendida la familia que me guió para llegar al departamento donde esperaba Handke, crucé y me dirigí a la parada del 55.

Digamos que, a esa hora, las cosas habían empezado a moverse: en poco tiempo más se desplegaría la Noche del Sábado. Así que la cola era considerable: dado que seguía sin tener algo preciso que hacer, me sumé a ella y cuando vi aparecer un 55 que se desprendió de su lugar de espera, a esa hora invadido por la sombra, decidí que en todo caso esperaba el siguiente. Había de todo: parejas, ancianos, gente suelta, un par de niños. "No entran ni en broma", pensé. Pero se repitió un misterio de mis últimas tres o cuatro décadas de vida: a pesar de ser más bien chica, la unidad de la línea 55 absorbió casi toda la cola, con la excepción de cuatro o cinco personas que decidieron lo que yo había decidido: esperar el próximo.

Cuando estaba ya a un par de cuerpos de distancia de la puerta de subida, me dije: "¿Y si subo igual?". Total, podía bajar con rapidez si veía cuerpos apiñados. Pero no fue así. Subí y vi de pronto que, aparte de algunos cuerpos parados, quedaba un asiento libre. Pedí mi destino, el conductor apretó un botón, salió el boleto de la máquina expendedora, lo tomé y me senté.

Claro, la noche de sábado había empezado a funcionar. Así que poco después apareció mi Némesis: una madre con un niño chico, de unos dos años. Un chip interno imposible de erradicar hizo que me pusiera de pie como un autómata, y seguí el viaje parado. En no muchas cuadras el ómnibus quedó ocupado por una masa compacta de cuerpos. Yo iba mirando caras, decretando destinos o procedencias (mina sola que va a un baile, o a buscar amigas; un padre; un adolescente tildado, con ojos de zombie). De pronto me sobresalté: había un sonido de fondo raro, como de aparato que intenta imitar la voz humana, pero usa demasiadas sílabas cortantes, agudas, breves. Cuando mi mirada divagante hizo coincidir la imagen con la banda sonora fue el sobresalto: era un viejo japonés delgado, pequeño, que no paraba de hablar. Me sorprendió el rigor, hasta la violencia con que hablaba, sin cesar. En la falda de aquel típico viejo japonés que parecía corporizar por su actitud y su tono el paradigma del japonés rígido, combativo, feroz, que nunca le perdonó a Hirohito rendirse, en vez de entregar la isla entera a un Holocausto final kamikaze, iba una niñita japonesa divina (no puedo emplear otra palabra), en todos los sentidos del término.

Ahora bien: esa facultad no impedía percibir que aunque divina estaba profundamente asustada. Eso lo vi en seguida, pero a medida que las cuadras se iban desenrollando en aquel micro atestado, fui convenciéndome de que era, más que un susto, una especie de pánico

elaborado por decenas de situaciones parecidas, si no idénticas. Porque la voz del anciano, seguramente un abuelo, era implacable, no sólo en el tono sino también en la intensidad. Era evidente que consideraba que aquella niña estaba totalmente mal educada, que hacía todo mal. Incluso un gesto de supuesto cariño, como darle un caramelo, se convertía en una nueva escena de escándalo chirriante, sonoro, desesperante. Se lo dio y en cuanto la niña apoyó un dedito blanco y minúsculo sobre el papel colorido, el viejo alzó las cejas hasta el borde del pelo y aulló lo que yo creí oír como: "¡Nein, nein!", mientras arrancaba el caramelo de manos de la niña (cada vez más hundida en una parálisis de pánico acostumbrada), le quitaba el papel con gestos bruscos y le daba el caramelo pelado a la nieta con violencia, introduciéndoselo en la boca, sin parar de hablar brusca, recriminatoriamente ni un sólo segundo.

Pocas cuadras después todos los que rodeábamos a la pareja abuelo-nieta íbamos mirando el techo o cualquier otro lado soltando suspiros de diversa intensidad. Vamos a ser claros: nos molestaba que aquel cretino nos sometiera a una escena de una intensidad comparable a una gran escena tensa de Kurosawa en un simple viaje en ómnibus. Todos habíamos hecho diversos ajustes, sabedores de cómo iban los 55 a esa hora de un sábado, ajustes que incluían, por ejemplo, a algún bebé que llorase, o incluso que incordiase a su madre con insistencia. Pero no a la voz pareja, incansable, secante, de un viejo japonés que –desconocedores nosotros de toda situación real– no dejaba de atormentar a una encantadora nieta inmóvil, callada, que se atrevía apenas a mover un poco la lengua para ir deglutiendo de a poco el caramelo, de tal manera que el abuelo no se diera ni cuenta, porque de inmediato se lo sacaría de la boca y lo arrojaría al suelo a esa altura bastante sucio, del micro, ya que consideraba que la nieta (y tal vez las mujeres en general) hacía Siempre Todo Mal.

Fue una especie de prueba. Los que lo rodeábamos nos mirábamos abriendo un poco más los ojos ante cualquier palabra que el viejo acentuaba con aun mayor intensidad. Pero no pasamos de eso. No por cobardía sino porque cada uno, viviendo en grandes ciudades, conocía intervenciones anteriores en situaciones análogas, que terminaban en embrollos de considerable complejidad, o en una nada que parecía peor que la situación inicial. Nadie estaba dispuesto, por ejemplo, a descubrir que el viejo no sólo hablaba en japonés con la nieta, sino que además no conocía una sola palabra de castellano. Como un marine entrenado, yo (y tal vez varios de los demás) nos controlábamos y hasta elaborábamos una sonrisa forzada (tipo: "no se puede creer") en cada pico de sonido de la voz del anciano.

Cuando el 55 tomó al fin por Thames (me quedaban unas doce o trece cuadras) deseé que se bajara antes, para ver cómo eran los dos

caminando, si había algún gesto mínimo de cariño que enjuagara un poco su bestialidad repetitiva. Pero muchas veces pasa: no se dio. Así que me bajé cuando llegamos a Cabrera, y por unos instantes oí el motor del ómnibus que se alejaba, mezclado a la voz percutiente, cruel del viejo japonés, mientras el cerebro superponía la imagen de la carita de la niña, callada, con una boca cerrada que equivalía a una raya corta, debajo de dos ojos bien abiertos, con el susto inmóvil y repetido, como en un cuadrito de *manga*.

-.-.-.-.-

Al bajar y pisar la vereda, sé que crucé la calle; que pasé junto al restaurante que está en esa esquina, con mesas y sillas en la vereda; que recorrí la cuadra, llegué a Serrano, esperé un poco, porque casi siempre viene mucho tráfico desde Córdoba; que crucé, llevando ya desde un rato atrás la llave en la mano, adentro del bolsillo de la campera; que llamé el ascensor, para subir ese único piso hasta mi departamento. Hoy sé que hice todo eso, pero acordarme, no me acuerdo de nada.

En cambio recuerdo bien que leí con cierta rapidez el libro de Handke. No por cierto en qué condiciones: seguramente en la cama, con la lámpara del velador. Estaba escrito en un estilo literariamente atrayente, pero poco a poco uno se veía sumergido en corrientes no sólo ideológicas sino incluso neuróticas del propio Handke, entrecruzadas. Detrás de ellas, también, había una especie de confuso anhelo de hacer justicia no se sabía bien respecto a qué ni cómo. Contaba todo un largo viaje a la zona donde se había desarrollado la guerra, el clima pésimo, la estrecha pobreza, sus relaciones con la gente del lugar, muy castigada no sólo económicamente sino por el desprecio mundial, muy posiblemente alentado por los así llamados “medios”, pero también con más de una base en la crudísima realidad de aquella guerra terminada sólo en apariencia. Como de hecho era un libro más bien breve, las cosas terminaban sin aclararse demasiado, más allá de un deseo personal de no dejar las cosas demasiado tajantes en paz, que también me había impresionado en un viejo reportaje de Handke. Cuando terminé, me habían quedado girando algunos momentos imprecisos de la realidad muy enredada del lugar narrados con extrema precisión e intuición, pero un poco perdidos en la madeja general (que lo llevó a escribir algunos libros y artículos más sobre el asunto, para explicarse más).

Nada tengo que echarle en cara a Handke sobre esa relativa confusión, siendo que yo mismo, si tuviera que fijar hoy el mes (y pronto hasta el año) de aquella incursión al barrio de Belgrano, de la lectura de su libro, del abuelo japonés y su nieta, y demás detalles, tan

vívidos, me vería en figurillas para hacerlo. Pero al recordarlos aquí, escribiéndolo, poco a poco desenterré los sentimientos ciertos: la sensación de bienestar repetida, el dinamismo, un largo tramo de angustia relativa en el ómnibus con abuelo y nieta.

-.-.-.-.-

En realidad no hubo una intención de "rescatar" aquel día. Estaba bastante redondo dentro de mí, agradable; incluso podía recurrir a él cuando me encontraba un poco aburrido, un poco "paspado" (término más bien uruguayo, que me gusta) de algo impreciso, indefinible, general. En seguida se me pasaba al pensar en aquel día de Belgrano, en el libro de Handke (la hermosa textura satinada de la tapa, el marcador violeta, la experiencia trizada de la lectura), en la morocha del kiosco de chapa amarilla. Es probable que si vivía una década más al menos, se fuera borrando, convirtiéndose en recuerdo de un recuerdo. Pero estoy seguro de que habría durado intacto varios años más, mucho más allá de lo que a mí me era necesario.

El motor surgió más bien de un impulso externo, hasta forzado. Tenía poca plata, pensé como tantas otras veces en ganar un premio literario, pero también como en las decenas de veces anteriores, se me fueron yendo las ganas al ver lo que premiaban en los premios "grossos", de mucha plata, con un par de excepciones que confirmaban la regla (y que por insólita suerte fueron amigos míos, a quienes felicité calurosamente por mail). Pensé entonces: "un premio chico, menor, con 'cierto' prestigio" (ya en las comillas de la palabra "cierto" se notaba que me lo tomaba un poco en solfa, aunque no del todo).

Identifiqué uno, que cumplía exactamente con las especificaciones previas. Como la plata era más bien escueta, también lo era el límite de tamaño. Hice el plan de inmediato: escribir casi exactamente esa cantidad de páginas, enviarlas y sentarme a esperar. Primera ventaja: estaba más a mi alcance que enviar a algún premio grande, por el esfuerzo. En aquellos casos siempre jugaba con la fantasía de mí mismo tecleando como un poseído una novela del tamaño exigido, pero además levemente mala, levemente "para premio", para tener chance. Esa misma fantasía me derrotaba: ni siquiera la empezaba.

No es que me considerase incapaz ni, mucho menos, "por encima" del premio. Me alentaba un intento lejano (tanto, que parecía escrito por otra persona; de hecho sí, por un otro real: el que era entonces), donde no me había ido mal: había pegado en el palo (segundo premio). Me daba una pereza rara, inconsciente, medio incomprensible empezar, así que ni siquiera me ponía a tratar de investigar los motivos. No lo hacía, y listo.

Hay algo que quiero decir desde hace algunos párrafos, que soltaré de inmediato, para no olvidarme: en realidad, en todos los casos, nunca me había molestado que una especie de "encargo", incluso autoasignado, me hiciera escribir. Mi cerebro funciona en buena medida alrededor de esa actividad, por como es: lee mucho, ve muchas películas, se fija mucho en los detalles, extraña con nostalgia algunas experiencias por las que vale la pena vivir, y está a la expectativa de otras, incluso suministradas por la propia escritura. De hecho, sólo escribir ya es una actividad calladamente triunfal. Si no lo hago por un premio, a la larga o a la corta, lo hago por cualquier otra cosa. Así que en este caso me dije: "son ciento cincuenta páginas. Así que hago algo en tres partes de cincuenta páginas cada una", y lo dejé picando.

Unos días después tenía el truco: lo llamaría *Los lugares*, y tendría que ver con la investigación de esos días que no tienen nada de particular, de extraordinario y sin embargo se quedan pegados a la cabeza a lo largo de periodos de tiempo notables, mientras tramos enteros en los que pasaron las cosas centrales de nuestra vida son embrollos imposibles de desenrollar, comprender o sobre todo exponer ordenadamente.

Entretanto pasaban los días, y no empezaba. Me ha pasado otras veces: tengo la idea, tengo la organización, y me falta algo más. Igual no me importaba: aunque quedaran ahora sólo dos meses, me sobraba velocidad para teclear todo en un par de semanas y después corregirlo.

Lo que me faltaba era el último detalle previo. Al fin lo tuve. Serían tres lugares muy distintos, en momentos también separados en el tiempo: ya lo sabía. Y tendrían cincuenta páginas cada uno. Pero faltaba la brutalidad técnica, tajante, generadora. Es algo que aprendí del francés Georges Perec, aunque lo ejerzo con más modestia. Aquí fue esto: cada una de esas tres partes iba a estar escrita en cada una de las tres personas del singular: primera, segunda, tercera. Esa especie de varilla de acero, o de cajón de madera rígido, me lleva a algo que también busco: lo que no hice nunca. En este caso sería escribir un texto largo en segunda persona, una persona difícil y que en general detesto para leer, aunque he leído algún que otro buen ejemplo.

Ya estaba. Sólo tenía que empezar. Y empecé, con tiempo de sobra (quedaba un mes y medio). Escribí y leí cinco páginas: me gustaba. Incluso me llamaba la atención la materia propiamente argumental, la historia, por así llamarla. A lo que había ocurrido aquel día en Belgrano se iban pegando cosas y conocimientos del pasado. Escribí diez páginas más y las leí: estaban buenas. Así que dejé unos cuantos días sin escribir (aunque me notaba "cargado": no me iba a detener por falta de combustible).

Cuando pasó una semana entera sin escribir traté de impulsarme con el premio mismo. Era una cantidad de dinero realmente chica, que sólo alcanzaría para ponerme al día con unos alquileres atrasados, repartir algo con mi parienta directa favorita o alguna amiga en dificultades, y comprarme ropa. Aunque para esto último iba a tener que hacer un trabajo de terapia interna considerable: ir a comprarme pantalones o camisas o remeras es para mí una actividad de dificultad comparable a partir a Vietnam en lo peor de la guerra, siempre. Así que tal vez lo que hiciera, incluso para tener una merecida sensación de lujo (después de todo, habría ganado un –pequeño– premio), sería comprarme de manera totalmente innecesaria algunos libros o incluso (¡sí: eso, eso!, dijo mi Ello, eufórico) algunas revistas caras extranjeras. Me fijé en el monto, miré la PC y me puse a seguir con una traducción encargada. “Mañana sigo con los días y los lugares”, me dije.

Con esos tramos salteados, que no llamaré espasmódicos porque no lo fueron (estaba “enchufado”, y siguiera cuando siguiera, no se notaría el lapso transcurrido) llegué a exactamente treinta y tres páginas de la primera parte. “La edad de Cristo”, me dije, dato que me pareció muy significativo. Me detuve, satisfecho.

Dos semanas después venció el plazo. Luego de unos meses, se conoció el ganador. Era a la vez una sorpresa y muy previsible: exactamente el tipo de ganador que solía obtener ese premio, yo incluido. Como intuía en ese autor (aunque sólo lo había visto una vez, hacía años) un tipo de problemas prácticos muy parecidos a los míos, me cayó bien que ganara, que los resolviera.

Pasaron unas semanas más. Mi sensación de estar “enchufado” aumentó, al no ser perturbada por el concurso. (Aunque nadie me niega la posibilidad de seguir el libro con este ritmo y ganarlo el año que viene). (Ojo: humildad, humildad, me recomendé. Y me corregí: nadie me niega la posibilidad de enviarlo el año que viene). (Tenía que ir un poco más allá: e incluso de perderlo). (Para cubrir todos los flancos: porque probablemente el año que viene no estuviera Magoya en el jurado, otro escritor con el que nos vemos cada mil años pero con quien tenemos un respeto mutuo considerable, que seguramente al menos habría reconocido mi estilo). (Si es que lo tengo). (Cuando empiezo estas cadenas de paréntesis no puedo parar).

-.-.-.-.-

No en todas las películas me quedo a ver los títulos del final. En Montevideo, donde fui crítico de cine con carnet hace muchos años, me siguen enviando invitaciones a las privadas y una media docena de veces al año, voy. Es gracioso, estadístico: cuando la cantidad de críticos de cine (hay muchos: que sean buenos o malos no tiene que

ver con el asunto) supera un cierto número, casi todos se quedan a ver los títulos hasta que aparece el registro final, con la fecha –después del listado final con las canciones o temas musicales–, y el distribuidor o dueño de sala que da la privada los pasa religiosamente. Por suerte hacen lo mismo en los multicines de los shoppings. Es algo que se ha vuelto necesario ahora que muchas películas (incluso de mucho éxito) arrancan directamente, se los saltean por completo hasta el final. Gracias a eso pude saber quién era el guionista y quién el encargado de los efectos especiales en la precuela de los X-Men.

Aquí querría hacer una relación entre esos días y lugares extraños, y los títulos de crédito. Ahora ya han pasado creo que dos años desde aquella caminata y demás actividades por Belgrano. Mi ritmo de visita a Buenos Aires es mensual. Recorro distintos lugares, muy diversos, por mis actividades laborales. Pero incluso si viviera todo el tiempo allí, estoy seguro de que no volvería a encontrarme con varios de los personajes (o personas) de aquel día con más derecho al recuerdo. Casi seguramente no me cruzaría con el vendedor de Handke (salvo que decidiera comprarle algo otra vez a través de Mercado Libre), ni con la familia que me facilitó la tarea de encontrar la calle 11 de septiembre, ni –mucho menos– con el abuelo japonés y su nieta. No digo que sea imposible, sino muy difícil.

En el caso de los títulos de crédito, seguramente algún cinéfilo habrá publicado, si no en libro seguramente sí en Internet, el momento preciso en que los créditos al principio de la película comenzaron a ser cada vez más largos, hasta que sufrieron una disociación. Los más importantes –actores, productores, música, guion, ahora encargados de efectos especiales– siguieron al frente. Pero una masa creciente de colaboradores menores (el más citable es el *best boy*, algo así como el "plomo" de los conciertos de rock) pasaron al final. Como se agregan además incontables casos de propiedades intelectuales, y las dotaciones técnicas completas de la "segunda unidad", o "equipo en Edimburgo", etc., suele pasar que la propia duración del film está inflada hasta llegar a dos, tres o hasta cinco minutos adicionales de puro dato y cero narración visual.

Pero si retrocedemos en el tiempo a películas de los años treinta, cuarenta o cincuenta advertí un fenómeno extraño. Figura en ellas el protagonista, la protagonista, otros dos o tres actores importantes, y después viene el resto, en una o dos columnas prolijas. Por pura curiosidad, siempre me fijo en ellos. Y en un porcentaje abrumador (diría que de entre noventa y noventa y cinco por ciento) no aparecen nombres que después hayan desarrollado una carrera en el cine. Como veo ahora a menudo películas de esas décadas, gracias al dvd y la Internet, lo compruebo una y otra vez.

Se me ocurrió que algo semejante pasa con el elenco de nuestras

vidas, sobre todo de esos días aislados que, por una vuelta rara de la cabeza, o de la realidad, forman buena parte de lo que recordamos. Es un tema distinto al de los llamados "actores de carácter" (lista parecida a la del tango: el viejito simpático, la bataclana, el grupo de amigas, el loco suelto), que pueden llegar incluso a comerse a buena parte del elenco principal, por su nitidez expresiva. O en la realidad con los mozos, en su momento los acomodadores de cine, los kiosqueros (la kiosquera morocha del kiosco amarillo). También ellos quedan en un plano intermedio, sin desaparecer del todo, ocupando un puesto bastante fijo al que uno puede volver cuando quiera, y preguntar, si no están, adónde se han ido.

En cambio el anciano japonés y su nieta, o el que vendía el libro de Handke (en realidad un caso híbrido, porque guardé por algún lado su tarjeta y podría consultar su sitio en Internet, y volver a comprarle algo), a despecho de su importancia relativa, se pierden en el fondo de caras y oficios o expresiones faciales incontables (la furia exagerada en el abuelo japonés) que forman la masa de la realidad, tan vasta, tan difusa. Aprovecho aquí para reconocer explícitamente la dificultad para darle consistencia a eso, más que en la literatura (que se vuelve con las palabras igual de compleja) en el cine, con sus imágenes y su capacidad de quedar grabado en la memoria, pero en un alto porcentaje a un nivel más bien superficial, inevitable por el simple hecho de que la memoria en general trabaja mejor con imágenes, con climas atmosféricos o climáticos, con montaje, que con la cadena lineal, continuada, abstracta de las palabras.

-.-.-.-.-

Se me ocurrió otra pregunta: los recuerdos de esos días espontáneamente inolvidables, lisos, sin mayores destaques, ¿duran poco, más o menos, mucho? ¿Qué días o momentos específicos duraron más allá de lo imaginable, superando incluso las décadas? Días enteros no sé. Pero en cuanto a los momentos hubo uno que no se ha borrado simplemente porque duró tanto que incluso como recuerdo de un recuerdo es nítido. Es lo que pone en duda mi desconfianza ante Yukio Mishima y su propia memoria prodigiosa. Cuando traduje del inglés *Confesiones de una máscara* recuerdo que me reí ante una supuesta memoria remota de él: al parecer recordaba con precisión cómo lo bañaban siendo un bebé: el borde de loza del bañito, las caras, etc. Me parecía una obvia exageración. Incluso un invento.

Pero ahora, al confrontarlo con mi propio recuerdo imborrable, no por emoción o decisión, sino porque sí, de puro nítido, me hace dudar. Aunque insistiría en la desconfianza. Porque en ese recuerdo mío tengo al menos cinco o seis, o incluso ocho años, y por lo tanto ya

bastante memoria acumulada. Estamos en el andén de una estación de ferrocarril con mi padre, esperando un tren. Los andenes tienen siempre algo especial, como una síntesis de la existencia misma, con gente que llega y que se va, con ruidos diversos, al menos en aquella época con una serie de elementos que contribuían a convertirlos en una imagen del mundo: algún kiosco cargado de golosinas y objetos varios, alguna cerrajería pequeña, y sobre todo un kiosco de diarios y revistas ofreciendo muchas imágenes distintas, comenzando a consolidar en mí la costumbre no sólo de la lectura sino también de la búsqueda de cosas para leer. Desprovista algunas veces de resultados inmediatos (la compra de un libro o una revista) sino satisfecha en sí misma, en el sobrevuelo de los títulos y las imágenes. Ahora no tengo los detalles exactos, como en las primeras dos o tres décadas. No sé por ejemplo si yo estaba solo ante el kiosco, mirando ordenadamente todo, en hileras. O si mi padre, a quien mi madre ordenaba siempre un extremo cuidado con sus hijos sucesivos, me estaba teniendo de la mano. No sé por qué recuerdo que recordaba que recordaba que sí, estaba solo ante el kiosco. Y que mi padre estaba cerca, distraído pero atento a la vez, parado de espaldas a mí, mirando a lo lejos las vías metálicas por si aparecía el tren, lo bastante cerca como para reaccionar con rapidez ante cualquier cosa que me pasara.

Aquí viene el huevo de la cuestión, digamos: de todas esas revistas me quedo totalmente absorto contemplando la tapa de la revista *Life en español*. Lo que amerita su condición de recuerdo fuerte es la imagen, que creo tener en este preciso momento ante mis ojos. Fuera del muy recordable recuadro en rojo donde se destacan las letras del nombre, LIFE, la tapa entera está bañada en un color o una luz más bien anaranjada, cálida. En realidad es el color que proyectan los personajes. Aquí sí se ha borrado un elemento necesario: la cantidad. No recuerdo si eran tres o cuatro. En todo caso se trataba de dos o tres monjes orientales, probablemente budistas, envueltos en sus togas color naranja, con cabezas también anaranjadas debido al cuidadoso afeitado de su superficie pilosa, sonrientes. Y un tercer –o cuarto– supuesto monje, en realidad un norteamericano alto, con la misma toga, también sonriente, pero con una sonrisa totalmente occidental, no de relativa paz o armonía con el mundo, sino de comprensión, de entendimiento, de, digamos, Alianza para el Progreso o planes de ayuda o planes de Paz (en realidad de inserción) que en esa época de mi infancia abundaban como uvas en un racimo cargado.

Es sólo eso. Pero sólo eso bastó, vaya a saber por qué, para dejarme la imagen abrochada en la cabeza a lo largo de gran parte de una vida, sin explicación, ni derivados. Podría haber usado la anécdota tranquilamente para emprender un cuento extraño, incluso de ciencia ficción, a partir del carácter espiritual de los monjes, del carácter de

símbolo de los cambios y desplazamientos representado por un andén de ferrocarril. Pero el asunto empieza y termina allí. Y sin embargo dura y dura.

Tanto la revista *Life* como la revista *National Geographic* conforman las pilas más altas de revistas usadas de origen extranjero en las librerías o puestos de feria del ramo, que suelo recorrer. El vicio tal vez iniciado en aquel andén (aunque creo que no, que empezó mucho antes) del ojeo, el ramoneo, el sobrevuelo, se convirtió en algún período en una especie de adicción fuerte. Podía pasarme horas revisando una cubierta tras otra, con distintos grados de precisión: veía sólo las imágenes, o leía también los títulos de las notas, o, en el caso extremo, ojeaba con mayor o menor atención el número. Pero en los últimos años veo las pilas, reviso dos o tres revistas, y después me aparto, las dejo estar allí, prometedoras, sin que me atrapen.

De todos modos en las innumerables revisaciones (a veces en casa de alguien que coleccionó durante años esas revistas, más cómodo, charlando o tomando un café) nunca apareció la tapa de los monjes. Un poco como nunca reaparecen en el cine los integrantes de la lista de actores de segundo nivel (o tercero: después de "Also starring").

Poco a poco se me ha instalado una posibilidad en la cabeza, que he meneado un poco incrédulo ante el "misterio" de esos días no olvidados. A diferencia del buen amigo Dick, o más precisamente insertándome muy cerca de él al fin y al cabo, rara vez he dudado del carácter de la realidad, ya sea humana o general, material. Tal vez por eso mismo he leído tanto a autores como él, Machen, Macedonio Fernández y otros, como inconsciente, inevitable contrapeso. Para despejar una primera duda: supongo en este preciso momento que el no-olvido de aquella tapa de la revista *Life* con monjes budistas tiene que ver con esa doble dimensión agregada, que me ha llevado a juntar a lo largo del tiempo libros o textos relacionados con la mística, los samuráis, los monjes zen y sus anécdotas y cachetazos. Tal vez todo eso tiende a restablecer un equilibrio con la extraordinaria densidad y persistencia en existir de las calles, los árboles, los vehículos, la carne de las mujeres y sobre todo sus rostros, y dentro de ellos sus ojos.

Pero en momentos más recientes, como el itinerario alimenticio, en última instancia placentero por calles, parques y plazas del barrio de Belgrano, tiene que ver quizá mucho más directamente con Peter Handke. Hubo una época, hace muchos años, en que contaba con medio estante completo de sus libros, editados sobre todo por los sellos Alfaguara antiguo (con sus tapas grises y azules, abstractas) y Alianza. Aquí el movimiento era inverso. Más que algunos de sus clásicos, como *La mujer zurda* y *El miedo del portero ante el penalty*, me envolvieron en sus frases aquellos libros pequeños, dedicados a recortes mínimos de la realidad, como los dedicados, por ejemplo, a

los “jukeboxes”, o al “día perfecto”. Libros que perdí o canjeé o vendí, casi todos, a lo largo de los años, hasta dejar sólo algunos aún no leídos, o leídos y reverenciados, como *Carta breve para un largo adiós* o *Lento regreso*. En los dos había una relación directa con lo real, que hacía tan inolvidables algunos momentos secretamente centrales de la vida de Handke como lo son algunos de los días para mí inolvidables, por motivos inciertos.

De otra manera: el retorno del personaje de *Lento regreso* a su ciudad, después de vivir en la naturaleza pura de Alaska, tiene momentos de visión real tan fuertes que se conectan con las de cualquier regreso de cualquier otro, yo incluido. Toda vida que supera las dos décadas y media ha tenido ya regresos que incluyen visiones entre estupefactas e hipnóticas de los ómnibus del servicio urbano nocturno de esas ciudades a las que se regresa, como en él. Pero cuando esa vida supera ya las cuatro décadas, la forma entera de todo lo leído de Handke (y la perspectiva un poco perezosa de lo que queda por leer: por ejemplo *El momento de la sensación verdadera*, que está en mi biblioteca desde hace al menos veinticinco años esperando mi lectura), se hace menos evidente, se sumerge, pasa al subconsciente.

Otros autores, como Thomas Bernhard, tienen una intensidad de sistema estilístico tan fuerte, tan propenso a crear cierto medido horror o cierta comicidad por la pura exageración, que arrancan la carcajada. A tal punto que al fin el perfil nítido con que emiten las palabras oculta y hasta hunde otros perfiles, como el de Handke, más dubitativos, menos recortados. Creo que por eso mismo cuando vinculé la capacidad de persistencia en la memoria con el propio Handke no lo hice a través de uno de sus numerosos libros, sino a través de una muy extensa entrevista realizada por André Müller reproducida en castellano por el suplemento cultural del periódico español *Diario 16* en junio de 1989.

Del mismo modo en que ahora libros como los que mencioné sobre el “jukebox” o “el día perfecto”, o incluso sobre “el cansancio” han desaparecido de mi alcance inmediato (en algún momento hice algo que los hizo desaparecer de mi biblioteca: sospecho que un posible hartazgo de Handke en general, que me llevó al error de eliminar títulos esenciales con otros insoportables realmente) un sentido de conservación más profundo hizo que guardara en cambio, doblado en cuatro, metido dentro de uno de los pocos libros de él que conservo, aquella entrevista, algo que comprobé cuando empezaba a escribir sobre el barrio de Belgrano. Eso hizo que recorriera unos pocos metros hasta donde tengo los cinco o seis libros que conservo de Handke, lo sacara, lo dejara, por decirlo así, flotando a mi alrededor, cerca de la PC y de la cama.

Recordaba con claridad que esa entrevista me había hecho pensar

en Handke como en un escritor sobre todo neurótico. Incluso, dejándome llevar por la línea de menor resistencia, había adjudicado parte de esa neurosis al suicidio de la madre, que lo llevó a escribir en su momento otro libro breve, con el rarísimo título de *Desgracia impeorable*, aunque también con el título menos vistoso de *Muerte sin consentimiento* mucho antes, en la revista *Eco* de Colombia, en abril de 1981.

Muchas veces la misma convicción realista que me lleva a considerar que el pavimento de la calle es pavimento, y las baldosas de la vereda son baldosas, y que los labios de la mayoría de las mujeres son suaves, y la mirada de la mayoría de los hombres rumia pensamientos a veces de gran melancolía y otras de gran violencia, me ha llevado a ir dejando cerca de mí (es decir, dentro de los límites del departamento que alquilo) una serie de textos, por gusto intenso de releerlos, a veces, y en otras por intuición.

Ahora, por ejemplo, compruebo que el título mismo de la entrevista pudo haberme empujado a cierta reducción (Handke = neurótico): "Peter Handke: 'He suscrito un seguro de vida que cobraré si no me suicido en tres años'". Pero cuando entre ayer y hoy leí toda la entrevista descubrí dos verdades contradictorias: por una parte Handke sí suena "neura" en algunos tramos, y en segundo lugar, adhiere a una literatura de lo real de intensa convicción que lo hace alejarse, en ese momento de la entrevista, sobre todo de Thomas Mann (en quien detesta que escriba con conciencia de ser Thomas Mann: "el que escribe está seguro de contar con un público que sigue su tono concreto"), y también de Joyce (sobre todo el del *Ulises*), de Musil (sobre todo el de *El hombre sin cualidades*). Insiste con Mann: "nunca empieza desde cero, sino que escribe desde la conciencia de ser Thomas Mann. Y eso es muy reprochable. Es ser un escritor terriblemente malo".

Ante ese paquete de disgustos (que en buena medida comparto en este preciso momento) Handke contrapone: "La buena literatura únicamente puede salir de la experiencia de las cosas y de la equidad frente a esa experiencia". Después, acicateado por el entrevistador, que tiene mucho de periodista astuto, y que ya lo ha entrevistado antes, según se va haciendo evidente, recuerda algunos momentos más neuróticos de su vida, que incluyeron peleas diversas.

Ese reportaje y aquellos libros materialmente perdidos del Handke "real" me suenan hoy, sábado de noche, de pronto como núcleos o motores ocultos que fueron liberando aquel día de búsqueda de un libro en el barrio de Belgrano, y de absorción de una de las películas de los X-Men al mismo tiempo que del shopping donde la proyectaban. Más precisamente: tal vez si el libro no hubiera sido de él sino de cualquier otro autor, incluso admirado, si no se hubiera

tratado en buena medida de uno de sus libros “neuras”, esta vez relacionado con la guerra de Bosnia, no se hubiera removido el “yacimiento Handke”, tan profundo y oscuro, tan fuera de la conciencia a esta altura, que es como una auténtica mina de carbón. De hecho estoy aquí jugueteando un poco, como en los escritores que Handke detesta, o como lo hace el propio germano y periodista Müller para hacer que la entrevista tenga “gancho”, mencionándole alguna novia o mujer, la muerte de su madre, sus excesos egolátricos.

En realidad creo que mi relativa capacidad de reconstruir algunos de esos días misteriosos que se niegan a irse del todo, tiene que ver con él por el hecho obvio de que había escrito el libro que fui a buscar a Belgrano. Pero también por la capacidad de crear en mí, sin que yo mismo me diera cuenta, con sus distintos mejores libros para mi gusto, la capacidad no sólo de absorber la experiencia de las cosas, sino sobre todo la equidad frente a esa experiencia.

A diferencia de, por ejemplo, Philip K. Dick, o Macedonio Fernández, o Thomas Bernhard, o Roberto Arlt, o Christopher Priest, el austríaco Peter Handke (a quien durante años no podía dejar de denominar “alemán” –cuando es en realidad austríaco– incluso en notas críticas sobre él, con la repetida corrección de lectores atentos) nunca se contó entre mis escritores favoritos, por llamarlos de alguna manera. Pero sí estuvo, y compruebo en este momento que sigue estando, entre mis escritores conflictivos, atractivos, secretos, que construyeron con la misma fuerza que los otros la posibilidad en mí no sólo de vivir, gracias a ellos, de otra manera la realidad (sin necesidad de mirarla de reojo mediante construcciones laterales o fantásticas, que miro de reojo con mucho placer) sino también de escribir el misterio, para mí, de por qué recuerdo, por ejemplo, con tanta claridad aquel día más bien banal, entrenublado, y sobre todo por qué recuerdo el trayecto que iba recorriendo a medida que pasaban las horas de la tarde. Y a partir de él, otros momentos de otras épocas, no adheridos por azar o designio, sino porque conformaban aquel día con la misma claridad con que lo hacía el clima, lo alemán, lo japonés, lo cinematográfico.

-.-.-.-.-

No hace más de un par de meses, mientras voy pensando en cerrar esta primera parte, volví a Belgrano, y volví además para buscar un libro otra vez comprado en Mercado Libre. Esta vez para mi hija, un libro de psicología. Pero fue un día como tantos, que ya en buena parte se ha borrado. Era en otra zona, muy prolija, muy “cheta” diríamos: muchos niños o bebés con niñeras correspondientes moviéndose en las veredas y las calles. Otra vez había una vía de tren

de por medio. O más bien no: paralela a la calle en la que estaba un departamento de un edificio muy bien asegurado, con tejidos de alambre muy grueso, porteros eléctricos, algún guardia de seguridad, tres o cuatro niveles de acceso hasta al fin llegar a los ascensores. Por supuesto, no lo hice: me dieron el libro a través de la reja de entrada, pagué, me fui.

No hay caso: aquel clima se repite en Buenos Aires. El día se enfrió de golpe, se cubrió de nubes, la temperatura bajó varios grados. Todo un poco revuelto, con vientos varios, fríos. Pero el día en sí no tenía nada adicional para prenderse a la memoria, ni consciente ni inconsciente. Quedó desflecado en fragmentos (la dificultad de encontrar el ómnibus 151 que me devolvería a Palermo, por ejemplo, una escuela Pestalozzi en la vereda de enfrente, etc.) Y el recuerdo vago de haber vuelto un poco estremecido, achuchado, friolento, con dolor en los músculos y hasta en los huesos, al departamento.

A su vez el otro día, aquel sábado por las barrancas de Belgrano, la lectura de Handke, los alemanes y los orientales, y todo el resto de la milonga misteriosa, ahora va en mi aparato perceptivo (cerebro o memoria, más afectos, fastidios, miradas de reojo) acompañado de un modo apenas raro, pero que puede acentuarse, por este texto escrito, estas cosas recordadas en primera persona, recombinadas con otras del pasado, con lecturas.

Una especie de día con una nueva dimensión agregada, una especie de 3D literario, podría decirse. Algo que lo deja registrado, como para que cuando se me acentúe el desvanecimiento natural, leve de la memoria, pueda leer estas páginas (ahora hay que agregar: si un brusco accidente no borra varios archivos de la PC para siempre, como a veces sucede), y pensar: “Bueno, así fue, entonces”. O “así es como fue en parte, como se me había ido anclando en las dendritas y las neuronas, insistente, decidido a no perderse, porque sí no más, de puro terco inexplicado. En primera”.

2. En segunda Frankfurt

Te llega la invitación como por pura casualidad.

¿Querés ir a Alemania?

¿A Alemania? ¡Yeeessss!

Movimiento mental dos: nada llega por pura casualidad, sobre todo en el mundo de la cultura. Pero a medida que se vaya desarrollando primero el proceso para llegar a ocupar tu lugar en el avión, después la actividad central misma, y por fin el regreso, sale todo lo bastante rítmico, andante, como para que, a vos por lo menos, te parezca casual, cuando empieza.

Deberías ser más preciso. De toda Alemania, te invitan en realidad a ir a Frankfurt, donde se realiza la feria del libro más grande del planeta. Cada año la dedican a un país, y ese año le tocó a Argentina. El grupo de escritores que irá es grande, así que aquí aparece el otro tema: el peligro de los deseos realizados. Varias veces dijiste, en su momento, que a lo mejor si trabajabas, trabajabas, trabajabas, al final te ofrecerían becas sin necesidad de tramitarlas. Eso nunca se dio, como sospechabas. En cambio un deseo realizado que se cumple de otra manera no es tan peligroso. Nunca te dieron una beca "de arriba", gratis, sin esfuerzo, pero es la segunda vez que te invitan a ir a Europa (la primera fue a una exposición de historieta uruguaya, en España). Esto no lo dijiste nunca, pero también pensaste desde siempre que jamás ibas a gastar tanto dinero como para trasladarte al Old Continent por tu cuenta, sino que después de tanto trabajo, de ida y vuelta, alguna vez te invitarían, y lo hicieron. Ahora por segunda vez.

Poco después de la invitación, llegó para los invitantes (desde tu punto de vista) un raro momento de duda. El mismo integrante de Cancillería que te avisó de lo primero llamó otra vez a tu país de residencia y preguntó esta vez: "Gandolfo, ¿a usted le interesa realmente ir a Alemania?". Casi sin dejarlo terminar le dijiste que sí, desde luego, y preguntaste por qué te lo preguntaba. "Por nada, por nada, para saber", dijo (o algo así, en las aguas cambiantes de la memoria). Cuando colgaste, te hiciste a vos mismo la pregunta. Por una parte meditaste en que tal vez había surgido algún candidato a quien le debían algo, o que era amigo, o que venía recomendado, y los lugares se habían ido terminando. Por otra, los imaginaste revisando la lista (fueron muchos escritores, realmente), marcando a aquellos

que podrían, digamos, arrepentirse. Tu propia actitud pública contradictoria, entre fanfarrón y autoborrado, entre absorto y desinteresado en los engranajes de los aparatos culturales, había emitido tal vez una posibilidad más fácil de retroceso. Pero ya estaba: ibas.

No recordás si lo dejaste registrado en algún texto narrativo o de crónica, pero esta vez había por suerte hechos resueltos ya en el viaje anterior a España. Tenías el pasaporte al día (que en la primera vez te había obligado a triples saltos mortales entre dos países para conseguirlo con rapidez), y sobre todo habías perdido tu propio terror a aceptar algo bueno que te venía de arriba: Dios, el Tao o Cancillería, o más bien, los asesores de Cancillería.

En el viaje anterior, a España, en cuanto abordaste el avión en Ezeiza estuviste seguro de que ibas a fallecer en el trayecto (morir te parecía una palabra demasiado fuerte), ya que nunca habías cruzado tantos husos horarios de una sola vez. Como llegaste bien, y la pasaste muy bien, tanto en Madrid como en Barcelona, donde vive tu hermano Sergio, pensabas que el regreso iba a ser mucho más tranquilo. Pero estuviste seguro de nuevo de que ibas a desaparecer del mundo de los vivos, por motivos semejantes, y sólo el golpetazo de las ruedas del avión Madrid-Buenos Aires sobre la pista de Ezeiza primero, y en particular el espléndido día de sol de Montevideo en las calles, después, te convencieron de que ibas a seguir remando, viviendo alegrías y angustias, nacimientos y muertes, problemas económicos y sentimentales, vencimientos de facturas y libros increíblemente buenos que leerías por primera vez. Los increíblemente malos los abandonarías de inmediato, como siempre, incluso cuando los habías comprado en vez de recibirlos para comentarlos.

Lo que nunca imaginaste era que te invitarían a ir a Alemania. Porque si alguien te lo hubiese preguntado antes, incluso mucho antes, habrías dicho muy suelto de cuerpo que no, que no irías, que Alemania no te interesaba para nada… hasta acumular una lista de sandeces lo bastante larga como para crear una resistencia que te habría llevado a decir “no”, cuando en realidad, interpelado a boca de jarro, te salió un “¡Yeeeess!” espontáneo, nítido. Y eso mucho antes de que escribieras el texto sobre el barrio de Belgrano,[1] y en el proceso descubrieras la importancia secreta que había tenido para ti Peter Handke, austriaco pero claramente perteneciente también a la literatura alemana.

Bien: ya estaba. Te habían invitado. Después habías cruzado el río, después habías ido a recoger los viáticos a Cancillería, y eran muy generosos, para tu sobrio nivel normal de gastos. Después habías ido a Ezeiza, con un dato a destacar. Tu profunda desconfianza anarca ante este tipo de evento sorpresivo positivo tal vez generó en el plano

astral una serie de encadenamientos negativos. Porque el portero o encargado del edificio donde alquilás un departamento en Buenos Aires te recomendó un taxista que podía llevarte por un buen precio. Arreglaste con él el día anterior y cuando te fijás hoy, para escribir esto, en la agenda de bolsillo de ese año, en el domingo 3 de octubre figura "16:30: Taxi" y después "17:30: Ezeiza". Pero aquella vez, en un día muerto como es el domingo en todas las grandes ciudades (al menos hasta el atardecer, en que toda la gente que huyó a diversos lugares para descansar regresa y bloquea los accesos) fuiste esperando hasta las 16 y al fin llamaste. El taxista era, según te había explicado el portero, algo así como peruano o boliviano. Muy bien: te atendió la mujer, y te dijo, "sí, sí, ya lo llamo", con un dejo de preocupación y nerviosismo. Tradujiste de inmediato: "el nabo se olvidó y está durmiendo la siesta". Seguramente así era, porque cuando apareció su voz te hizo una explicación tan carambólica y laberíntica (que incluía un robo a mano armada de otro taxista de un grupo de taxistas compatriotas que él integraba –"el de los atorrantes, seguramente", pensaste–) que sería un desperdicio de energías y trivialidad tratar de reconstruirla en estas páginas.

Por suerte el tipo de Cancillería con que habías hablado por teléfono les había pedido a todos que fueran más de tres horas antes a Ezeiza, y eso daba tiempo para que el taxista te pasara a buscar (arruinándole la siesta suculenta que pensaba ejercer), y te llevara a buena velocidad por calles casi vacías, hasta Ezeiza, un aeropuerto que no te cae bien, por lo caro, por lo careta, por lo demoledoramente caótico a veces, a diferencia de Aeroparque, que usaste tanto en una época para ir y volver de tu país de residencia que ya era como entrar a tu propia casa. Esa vez las salas estériles, infinitas y frías de Ezeiza estaban salpicadas de escritores dispersos, de los que viste algunos pocos. A su vez derivaste un rato, fuiste a un cambio a pasar los dólares del viático a euros, y después te pusiste a leer una revista o un diario que compraste en un kiosco.

De una manera ingenua, infantil y puramente personal, fuiste responsable esta vez de un intento de saboteo de tu propio inconsciente. A esa altura, por el viaje a España, sabías que el traslado masivo de gente por aviones intercontinentales produce demoras apiladas considerables, y los plazos largos que exigen no son nada exagerados. También una inclinación hacia la falsa aristocracia te hizo pensar que ibas a reconocer de inmediato los movimientos previos o incluso que el propio tipo de Cancillería (joven, un poco inexperto, simpático, al que acababas de conocer) iba a venir a buscarte (a ti, el Conde, el Duque).

Lejos de eso, cuando la hora empezó a acercarse, terminaste por averiguar dónde era el acceso a los aviones, y cuando llegaste la cola

era tan monumental que dedujiste de inmediato que nunca llegarías. Empezaste a deprimirte por tu boludez extrema, cuando un personaje alto, tranquilo, apareció haciendo girar la cabeza como un periscopio y repitiendo en voz no demasiada alta: "Gandolfo... Elvio Gandolfo…". De inmediato alzaste la mano, como si estuvieras en la escuela primaria, y te guió por afuera de la cola, mientras otro tipo equivalente empezaba a repetir otro nombre de escritor argentino, para vos irreconocible. Iban juntando a los componentes de la manada que aún no habían aparecido, para que las cosas no se atrasaran.

El viaje a España, tres años antes, había sido en un avión de Aerolíneas Argentinas. Esta vez fue en un avión de Lufthansa. Te desilusionó un poco. "¿Así que esto es un avión europeo?", pensaste. Como en aquel otro del pasado cercano pero cada vez más remoto, era enorme, y las filas de asientos eran tan largas que equivalía a viajar en una especie de salón de conferencias. Buscás ahora en el recuerdo y no te acordás para nada de si viajaste solo o acompañado, a quiénes saludaste o no, etcétera. Aunque ahora sí, te acordás de algo: que habían distribuido los números de asientos de los escritores argentinos al voleo, mezclados, sin mayor orden ni concierto. También recordás el tamaño minúsculo de la pantalla de TV que podías ver (con un sistema de sonido e idiomas con auriculares de penosa eficacia); que la comida, cuando llegó, apenas cumplía con lo mínimo; y que las azafatas y azafatos tenían un aspecto convencionalmente germánico (rubios y altos, digamos). Tu propio cuerpo iba como apretado entre dos asientos, con espacio insuficiente incluso para abrir un diario de tamaño común (venía uno en el bolsillo del respaldo del asiento siguiente). Tu compañero de asiento fue amable y trataron de entenderse, aunque él, si no era alemán, era serbocroata o finlandés, hasta tal punto no le entendías una sola palabra. Igual lograron, con tiempo de sobra, averiguar cada uno algo del otro, mediante gestos de distinto tipo y meneos negativos o asentidores de la cabeza. Se bajó en una ciudad alemana anterior a Frankfurt.

-.-.-.-.-

Desde hace muchos años usás siempre una agenda de bolsillo, bien encuadernada y útil, que tiene el nombre previsible de "Remember" en la tapa. Ahora consultás la de aquel octubre de 2010 y te sorprende descubrir qué pocas cosas anotaste. El domingo 3 figura "16:30: Taxi" y "17:30: Ezeiza", como ya mencionaste. Después, en todos los días siguientes, nada. Salvo tu participación el día 7: "10 a 11: Homenaje a Ernesto Sabato". No anotaste ni siquiera tu participación en otra mesa que te interesaba más, sobre literatura fantástica. Tal vez porque pensabas que tenías muy dominado el tema, que recordarías aun sin

anotar en la agenda. Aunque sí figura en el mismo sitio, casi superpuesta a la de Sabato, otra sobre policial. Recordás que llegaste tarde, y que alcanzaste a ver el final de la exposición de, digamos, Fagúndez, que te confirmó, si hacía falta, su absoluta mediocridad repetitiva en el tema.

Pero aun no habíamos llegado a Frankfurt, tú y nosotros. Cuando lo hicimos, el aterrizaje fue perfecto, y en cuanto tuviste tu primera visión del lugar, el enorme edificio rectangular y sin gracia del aeropuerto, inmenso, como una gran caja de zapatos, por algo indefinible no te cayó mal. Después recorrieron rápido las distintas etapas, cuidados y a veces picaneados por los dos o tres jóvenes amables de Cancillería. Al fin ocuparon un lugar en dos o tres o cuatro ómnibus (eran muchos escritores argentinos de un solo golpe). Ahí sí ibas comentando con alguno, o riéndote con otro. Los asientos eran muy cómodos, amplios, y se oía con claridad lo que decía cada uno. Un poco absorto por lo que iban viendo (edificios concretos, nada bellos, sólidos, calles anchas, etc.) se te ocurrió decirle a la escritora que te acompañaba que de alguna manera la ciudad te hacía acordar de Rosario. De inmediato Indigarain, en otro asiento cercano, con su cabeza cubierta de gran cabellera y barba abundante entrecanas se dio vuelta, irónico y veloz, para comentarte: “¡Sí, claro, igualita!”. Te callaste un momento, un poco atónito. Era evidente que no estabas comparando magnitudes económicas, o arquitectónicas, o históricas, pero tanto en el desarrollo de las dos, como en su importancia en momentos clave, qué le ibas a hacer: las relacionabas.

Lo habías hecho ya cuando leíste el artículo sobre “Frankfurt am Mein” en una Enciclopedia Británica edición 1974 que le habías comprado relativamente barata a tu jefe en el diario, cuando él adquirió otra cercana al 2000. Como quinta ciudad de Alemania, Frankfurt había sido durante unos cinco siglos una “ciudad imperial libre”, lo cual sonaba muy bien. Después llegó Napoleón y modificó todo. Frankfurt se jactaba luego de ser la ciudad medieval más grande de Alemania hasta que en la Segunda Guerra la hicieron añicos. Eso recordabas.

Después la magnitud del hotel y su funcionamiento impecable (suspendido entre la sencillez y el lujo, con un trato perfecto, a cualquier hora del día o de la noche), te absorbieron la atención hasta caer boca abajo sobre la cama, agotado. Nos habían avisado que podíamos ir de inmediato a la inauguración, si no me equivoco, de un museo del Holocausto, pero muchos de nosotros preferimos recobrar el aliento antes de la hora de la cena. Teníamos el famoso “jet-lag”, mucho más importante que el que habías sentido unos años antes al ir a España, desfasada por menos husos horarios que Frankfurt en relación a Argentina y Uruguay. Dormiste, comiste, volviste a dormir.

Cuando despertaste era el primer día propiamente dicho.

-.-.-.-.-

¡Qué útil te sería haber usado la pequeña agenda de bolsillo Remember justamente para recordar, ahora! Pero no hay casi ninguna anotación, a lo largo de esos días. Alguna vez leíste que quien es feliz por lo general no escribe (o no anota actividades en una agenda, o, peor aun, en un diario, privado o no).

¿Quiere decir eso ahora, por ejemplo, que en esos días de Frankfurt fuiste feliz? Acá aparece otro escollo, esta vez de tu ideología. Entendámonos: entre nosotros, siempre te consideraste alguien no ideológico, sin ideas preconcebidas. Pero ya has aprendido que eso sería una mentira descomunal. Tus hábitos y convenciones en realidad irracionales (como lo es también toda ideología, respecto de lo real, o de la Naturaleza, como dirían los alemanes antiguos más importantes) te habían consolidado la creencia de que había dos cosas muy mencionadas y utilizadas que en realidad no existían: la felicidad y el infierno. Las dos palabras eran máquinas demasiado cómodas, que iban por lo tanto en dirección opuesta a lo que eran las palabras literarias: servían para abarcar un millón de elementos distintos, de los cuales quien las emitía (políticos, militantes, publicitarios, sacerdotes, creyentes y así sucesivamente) usaba el que mejor le venía en el momento de pronunciarla. Lo cual provocaba que en ese momento mismo ambas estuvieran en las antípodas de la literatura.

Pero enfréntalo con valor e hidalguía: ¿acaso no fuiste feliz, moderadamente si quieres, en esos días de Frankfurt? ¿Con todos los gastos solucionados por adelantado y en demasía? ¿Dedicándote a dos actividades topes en tu escala de valores: divagar caminando, y descubrir lugares que elegías como ideales, conocedor de que esa supuesta felicidad moderada tenía literalmente los días contados, incluso muy contados? Vacilarías en decir "¡Yeeessss!", como cuando te preguntaron si querías ir a Alemania. Más que felicidad era tranquilidad, circulación de energía, sensación de libertad (otra palabra generalizadora, que empleás poco), alegría (esa sí es aceptable, definidora de algo concreto que la mayoría de las veces tiene que ver con una sensación de euforia en el pecho, y de alzamiento hacia arriba de la comisura de los labios).

Por ejemplo: casi de inmediato descubriste El Lugar. Quedaba muy cerca del hotel, a unas tres o cuatro cuadras. Era la gran estación ferroviaria de la ciudad. Tal vez fue importante, como muchas de las cosas importantes que ocurren en los textos alemanes antiguos (entre el siglo XVIII y el XX): la primera vez entraste cuando terminaba el atardecer y empezaba la Noche (como en Hoffman, como en Heine,

como en Handke). A esa hora, como suele ocurrir en muchas grandes ciudades de Europa, después de la Guerra, la gente ha empezado a desaparecer, a borrarse. O sea que la estación estaba casi vacía y así, devuelta a sí misma, era hermosa. Más grande que la estación Retiro del ferrocarril Mitre en Buenos Aires, seguramente más antigua. Y muy bien conservada.

Era un momento en que habías empezado a pensar en comer algo. Tal vez haya sido en tu segunda noche en Frankfurt, porque ya tenías cierta experiencia en los lugares donde se podía comer a un precio moderado. Los lugares más caros que seguían no ascendían de a poco: pasaban a costar entre cuatro y cinco veces más. En cambio esos sitios hechos como para vos (o ti, si prefieres), eran razonables, tenían sándwiches en formatos agradables y nutritivos, y cervezas excelentes. Pero esa noche, invadido por el bienestar de ir recorriendo el interior de una gran estación de trenes, descubriste las salchichas, las salchichas de Frankfurt. Nunca fueron uno de tus alimentos favoritos, pero habías leído tantas veces en los días previos, informativos, que la ciudad se destacaba justamente por ellas, que te acercaste a uno de los cuatro o cinco lugares que seguían abiertos a esa hora un poco vacía, con unas mesas largas y altas ante las que podías comer de pie o sentado en unos bancos también altos, un poco intimidantes. Pediste dos.

Acá insertamos un tema que dejamos tal vez equivocadamente de lado: el idioma. Tu conocimiento del alemán se acercaba a las diez palabras, sin exceder ese límite. A su vez tu conocimiento razonable del inglés te permitía manejarte con notable facilidad, ayudado por los gestos y visajes de dos personas que comparten no mucho vocabulario y lo reemplazan con sonrisas, ceños, dedos que señalan a un interlocutor o el otro, etc. La transa en ese puesto nocturno (la noche ya había caído hacía rato, porque te distrajiste mirando las vidrieras de dos grandes mezclas de librerías y puestos de revistas y diarios, sin entender una palabra de las tapas y noticias) fue rápida, fácil. Y comiste las dos salchichas con hambre, placer, alegría.

No bien las terminaste pensaste que en un rato sentirías el efecto un poco pesado, o ácido, de esas salchichas. Pero no llegó. Como no llegaría en los días siguientes. Y que recobrarías, si es que comías salchichas (cosa que no hacías desde hacía muchos años) en cuanto volvieras a pisar tierras latinoamericanas (desde un punto de vista alemán) o más concretamente rioplatenses, según tu propio punto de vista.

-.-.-.-.-

Si mal no recuerdas, el hotel se llamaba Intercontinental (¡ni siquiera

eso anotaste en la agenda!). Ya la primera vez que entraste te asombró lo extraordinariamente funcional que era todo. El equilibrio, por ejemplo, entre la antigua cortesía y la cortesía de ese momento (a esa altura post-post-post moderna, o digital, directamente), aplicada según el cliente. La habitación era superamplia, con dos o tres camas, el omnipresente televisor en colores, y sobre todo una muy amplia ventana (casi una pared entera) que daba al Main, el río ancho que la partía en dos. Después de comprender el mecanismo de apertura y cierre de los cortinados y una persiana, dejaste abierto, apoyaste los codos en el pretil de la ventana, miraste todo y quedaste muy satisfecho, pero en un sentido amplio, difícil de explicar: no se trataba de la mera contemplación de un paisaje. Que viniera ahora Indigarain a decirte que Frankfurt no se parecía a Rosario, no solo por algunos datos históricos, sino por ese río amplio, despejado, tranquilo. Estabas por llamarlo "paranaense", pero abarcaba menos, de una orilla a otra. Un puente sólido muy ancho lo cruzaba cerca del hotel, con una doble corriente doble (cuatro manos) al menos de automóviles y un par de bicisendas con numerosas bicicletas que iban en uno u otro sentido.

Cerraste los cortinados, te acostaste, prendiste el televisor. Fue una buena decisión respecto al futuro inmediato, porque descubriste con rapidez que no solo no entendías una palabra, sino que tampoco había ningún programa (películas, digamos) subtituladas en inglés. Aquí el idioma universal (el idioma *über alles*) era el alemán, y buenas noches. Así que después de cinco o diez minutos, decidiste no ver nunca televisión, sana decisión que te agregó horas para dedicarlas a otras cosas. Así que la apagaste. A partir de ahí sólo la encendías para ver la hora.

Te envolviste en las cobijas y pensabas dormir de inmediato. Pero despertaste de nuevo también casi de inmediato, muerto de calor. La principal recomendación antes de venir había sido la de traer ropa de abrigo, porque si no el invierno los mataría de frío. Pero en los diez días que estuvieron allí el tiempo no se movió de una especie de primavera cálida, con brisa. Pateaste las cobijas de arriba, te tapaste con la sábana y ahora sí caíste dormido como un ladrillo. Despertaste, te bañaste. Bajaste a desayunar.

Segundo deslumbramiento: había realmente de todo. Bastaba comer bastante bien ahí (lo que fuere: carnes asadas, fruta en distintas etapas de elaboración –natural, compota, mezcladas con helado–, ensaladas) para no necesitar en absoluto el almuerzo. Los elementos básicos del desayuno (café, té, leche, facturas –o "bizcochos", en uruguayo, o "masas", en español–) eran minoría. También al sesgo, en el borde de la imagen, digamos, fuiste percibiendo que una gran cantidad de puestos de trabajo de ese lugar (mozos, encargados, cocineros) eran cubiertos por distintas razas del mundo (Asia, África,

la India, Europa central). No pudiste controlar tu tendencia al chiste sarcástico, que tantos problemas te ha traído. Pero por suerte sólo lo pensaste: "Las razas inferiores", comentaste para ti mismo con una sonrisa aviesa, acusatoria. Nada que ver, pensaste después, cuando la obligación del chiste satírico había pasado: todos parecían muy satisfechos de tener esos empleos, que cumplían con rapidez y cortesía.

Igual no podés dejar de recordar dos cosas conectadas con el tema. El segundo día viste de lejos a Salander, un ejecutivo importante, alto y pragmático, de uno de los dos grandes grupos editoriales en español. Era argentino desde siempre, se conocían desde hacía mucho tiempo, se caían mutuamente bien y se saludaron a lo lejos (así de grande era el salón del desayuno). Después alzó un dedo para señalar la copa alta y elegante que tenía en la otra mano: "Champagne", articuló, a lo lejos, señalando ahora el sitio donde uno podía servirse. Repitió el gesto un par de veces más para otras personas mientras se dirigía a su mesa. De manera tal que desde ese día muchos empezaban el desayuno con una fresca copa de champagne, o la llevaban a la mesa para tenerla a tiro (es lo que hiciste) para darle un sorbito de vez en cuando.

Uno de esos días habías bajado temprano (aunque el sitio ya empezaba a llenarse). Te dirigiste al lugar, te serviste una copa y enfilaste hacia la mesa. En ese momento se cruzó con vos un mozo delgado, alto, muy sonriente, de aspecto indio (o hindú). En tono de broma, dijo (en un inglés chapurreado): "¿Ya, tan temprano?". De inmediato te pusiste serio y le dijiste: "¿Qué, no se puede?". La transformación de su rostro fue fulminante. Ahora parecía directamente tener un ataque de *terror*. Empezó a balbucear, "Sí, claro. No hay problema", mientras hacía gestos con las manos como para apagar un fuego. Era evidente que deseaba no haber dicho nunca aquella frase. Tú bien podías ser un sesentón malhumorado, que informaría al hotel, y su broma podía costarle su puesto de trabajo. Así que sonreíste claramente (como si se tratara de una ilustración con una boca mostrando los dientes, y abajo la palabra "sonrisa" en letra manuscrita), sin llegar a calmarlo del todo, y seguiste tu camino.

La feria te inspiró a la vez reverencia y aburrimiento. Era enorme, por una parte. A tal punto que para dirigirse a algunos sitios convenía tomar un ómnibus que la recorría por dentro. Por otra, estaba integrada por series de cajas de zapatos gigantes y blancas como la del aeropuerto. Estaban realmente todos los países del mundo. Una tarde te la pasaste recorriendo stands griegos, iraníes, africanos, fascinado por esos idiomas aun más impenetrables que el alemán, ya desde la grafía misma.

Para recorrer, a veces para comer afuera, o compartiendo alguna

mesa, veías a algunos escritores más que otros. Se conocían desde hacía tiempo y bromeaban entre ustedes. Después estaba el amigo: Gerardo, que había venido desde Barcelona. En esa época seguía sin barba, pelado, incisivo, sutil o brutalmente quejoso, múltiple. El sello donde trabajaba ya había sido invitado antes, así que te dio algunas pistas para moverte. En especial le gustaba ir por la noche a un hotel y restaurant donde se juntaban después de terminadas las horas de actividad editores, agentes, escritores, chicas de los stands. "Están todos", dijo, con una sonrisa de oreja a oreja. De inmediato te vino "el repliegue", como le llamaba otro amigo, Enrique. Siempre era muy fuerte, porque no era consciente. Pero en las noches siguientes dejaste de ir una y otra vez.

A esa altura se habían hecho amigos con Montironi, un tipo muy trabajador en el campo de la investigación y el ensayo literario, que hacía una buena cantidad de tiempo se había separado de la mujer, pero la seguía amando, te decía, y la mataba a base de miles de mails y llamadas telefónicas. Lo contaba, y se quedaba a la espera de lo que ibas a decirle, opinar. Pero no se te ocurría nada. Tenías tu propia serie de separaciones de todo tipo, en especial la primera, que fue compleja y agotadora, llena de aspectos legales y reales que parecían imposibles de arreglar, con una hija en el medio. Cada vez la sufrías, ya fuera tuya o de tu pareja la decisión, y todas resultaban menores en comparación con aquella primera. En el caso de Montironi, que tenía algo de excelente actor de *sit-com* (el tío veterano, que divierte con su repetido drama al resto de la familia central de la serie), ya había pasado tanto tiempo y, en caso de creerle, hacía tanto que trataba de reinstalar el vínculo, que se había transformado en una especie de droga no letal, que podía seguir consumiendo año tras año, al parecer.

No trataste de conocer en detalle la ciudad. Tampoco te moviste de allí. Un grupo de escritores relativamente jóvenes, por ejemplo, fueron a pasar un día y medio en Berlín, y contaron a la vuelta una aventura con saltos de terraza en terraza, que podría haberles roto la crisma. Cuando te invitaban a este tipo de eventos, una vez que comprobabas que todo funcionaba más o menos bien, tratabas de percibir lo máximo que pudieras sin moverte demasiado de ese lugar en sí, en un sistema azaroso, "at random", para conocerlo. Así viste una plaza famosa donde había, créase o no, un monumento enorme y colorido "al Euro", la moneda del mercado común. Si te lo hubieran contado, habrías creído que era un chiste de la misma *sit-com* donde trabajaba Montironi haciendo de tío. Pero era el símbolo (una especie de mezcla del símbolo de arroba, @, con un par de rasgos más), tal cual, muy grande, y muy sólidamente construido. Cerca de ahí estaba el hotel que atraía a todos, pero donde nunca fuiste de noche. Tal vez de día sí, porque hay una foto que tenés archivada, donde te estás sirviendo

un potaje, que ubicás en ese hotel.

Otra mañana recorriste el borde del Main. Casi te conmovió, a tal punto cumplía con los rasgos ideales de un sitio así. Todo estaba cuidado, aunque sin exageración: los detalles de cemento, las cercas bajas, las flores. Y estaban amarrados un barco mediano tras otro. Te preguntaste qué dirían un par de carteles escritos con tiza. No mucho después, asombrado, te reencontraste con un viejo amigo (aunque joven) de una revista en la que habían trabajado los dos hacía años; estaba con la novia, sentados en un banco. En ese momento los dos vivían en Panamá, si mal no recuerdas. Charlaron un rato y le preguntaste por los carteles. Eran anuncios de reuniones empresarias o de personal, que se hacían ahí, en los barcos, en el agua misma.

Algo que te alivió después del tercer o cuarto día fue ver qué cantidad de empleadas o empleados de todo tipo se manejaban bien no sólo con el inglés sino también el castellano. Una vez te complicabas tratando de hacerle una pregunta a una joven de sonrisa agradable, cuando te interrumpió en un español con agradable acento: "¿Sos de España?", aumentó la sonrisa, "¿o de Latinoamérica?". Le dijiste que sí a lo segundo, y se pusieron a hablar. Estabas tratando de llegar a una casa que Goethe había habitado en la juventud en Frankfurt. Te indicó con gran claridad cómo hacerlo.

Fue una visita muy instructiva, en más de un sentido. Había que ir subiendo piso a piso, y a medida que lo hacías te fascinaba la claridad con que Goethe, incluso de joven, se había armado el artefacto perfecto para sus necesidades. La planta baja, recuerdas, albergaba a los criados y la cocina, después estaban los cuartos de él, una cómoda habitación para leer y si mal no recuerdas para jugar al ajedrez, y finalmente, el sitio donde había algunos títeres, con los que solía representar piezas de teatro. El choque fuerte venía cuando, para salir, había que atravesar una especie de pequeño shopping de recuerdos diversos, desde su lapicera hasta construcciones diversas y costosas sobre momentos de su vida. No era lo moderno en relación a lo antiguo, sino algo simplemente descolgado por entero de cualquier época, flotando en una *no-man's land* friolenta, barata, típica de cualquier intervención del mercado en cualquier tipo de actividad cultural compleja. Satisfecho, antes de salir te dijiste: "Estuve en la casa de Goethe", como ensayándolo para contarlo después.

En Montevideo un amigo escritor te había recomendado que si podías visitaras una ciudad cercana, donde había vivido Gutemberg. Se lo comentaste a Gerardo, quien aceptó de inmediato y agregó: "Sí, Heidelberg". Pero no te sonaba, además quedaba más lejos que lo que recordabas. Y sabías que era un lugar abrumado por el turismo. No te costó nada mandarle un mail a tu amigo y preguntarle. Exacto: se trataba de Mainz, también conocida como Maguncia. Irían en un par

de días.

-.-.-.-.-

Muchas veces salías del hotel caminando. No muy lejos quedaba la gran estación de ferrocarril. También algunos lugares en una gran avenida, donde podía comerse algo y tomar cerveza (o coca-cola). En ese trayecto, había otros edificios de aspecto hotelero, más antiguos que tu hotel, pero que incluían un gran salón pegado a la calle y mesas en la vereda. Allí se veían reunidos, el viernes y el sábado que estuviste en la ciudad, alemanes altos, trajeados, elegantes, comiendo y bebiendo, muchos de parados.

Más aun que otros países (Rusia, China, Francia, y Lo Ruso, Lo Chino y Lo Francés) Alemania provocaba de inmediato la aparición de un tema: Lo Alemán. Casi de inmediato aparecía, enganchado, el otro tema: el Holocausto, que no sólo tenía que ver con el genocidio de los judíos (y los gitanos), sino con todo ese panorama aterrador que había sido la Segunda Guerra Mundial. En su centro funcionaba una deshumanización muy minuciosa y extrema, totalmente consciente. Y por desgracia eso provocaba que Lo Alemán pareciera imposible de parar o terminar a lo largo del tiempo. Ante todo por la propia insistencia del país en mencionar una y otra vez, con culpa, aquellos años, aquellas catástrofes. Por ejemplo: uno no había acabado de llegar a la feria y ya lo invitaban a ir a un Museo del Holocausto. Pero esa inclinación atroz, ese supuesto derrape largo en el tiempo histórico de toda una población, era tan definida en sus componentes que parecía atraer en vez de rechazar a parte de la población, en especial joven, de otros países. A tal punto que los libros sobre el nazismo eran y seguían siendo un sector dinámico, de movimiento permanente. La mayoría eran leídos para saber más sobre algo que parecía insondable, pero había además una zona oculta del cerebro que parecía funcionar en esa dirección. En cuanto al proceso esencial, la deshumanización, era un rasgo común ahora en muchos de los jóvenes y casi niños que se habían fascinado con Internet, Facebook y la incontable cantidad de juegos donde los puntos se ganaban matando a seres humanos uno tras otro, tras otro, tras otro.

Lo mismo ocurría cuando se subrayaba lo asombroso de que tal extremo de crueldad y raciocinio perverso apareciera en una sociedad que en esa época de desarrollo del nazismo había alcanzado el pináculo de la civilización. Tanto el asombro como el hecho de pertenecer a dicho pináculo no te convencían. Volvías a pensarlo mientras pasabas por segunda vez por las veredas de esos hoteles lujosos donde se reunían aquellos hombres altos, musculosos, hieráticos algunos. Sólo en la mente de un decorador podía pensarse

que representaban un pináculo de cualquier cosa relacionada con la cultura, la civilización. Más bien, pensabas mientras mirabas, esa tela cara y muy bien cortada, esos zapatos bien lustrados, esos cuidados de peluquería y cosmética, formaban una capa endeble. Bastaba rascarla un poco para que surgieran debajo guerreros bárbaros reunidos para descansar entre dos batallas: lo que lo indicaba era la frialdad de las miradas y los gestos, cierta predisposición a entrar brutalmente en acción con eficacia apabullante.

Unos años después leerías el diario del polaco Witold Gombrowicz, escrito en los años cincuenta y sesenta, y descubrirías que él había sentido algo parecido, al regresar desde Argentina a Europa, justamente a Alemania, en busca de confirmar y ampliar su valor literario con premios o reconocimiento. Percibió el orden extremo, el desinterés por las vacilaciones y gambetas del arte o la conversación, el latido de una violencia a punto de estallar. Todo eso contenido por normativas muy estrictas, por la corrección política, por la calma sistemática, que en el proceso, al menos en situaciones públicas, eliminaba al mismo tiempo el humor. Gombrowicz había hecho un intento por lograr una especie de tertulia de escritores en un bar, al estilo de las que había disfrutado durante su par de décadas en Argentina. Habían ido los nombres literarios más importantes, empezando por Günter Grass, pero no había durado casi nada. No entendían para qué reunirse, para qué hablar. Él no lo menciona, pero seguramente no confiaban demasiado en algo organizado por un polaco.

Casi desde el momento de llegar (por París), Gombrowicz había descubierto que el regreso sólo lo había llevado a empezar a morirse más rápido (tenía una enfermedad lenta). La salvación (o el alargue de la vida que le quedaba), claramente, había llegado a través de Rita, una joven y bella mujer de Canadá (un país como Argentina, no central, inmaduro, adjetivo para él positivo, esencial) de veintitrés años, que había ido a entrevistarlo. Con un don para armar palabras en estado de broma, vitalidad y esquinada elegancia, que tan bien les caía a sus discípulos más jóvenes en Argentina, en una carta a uno de ellos, contándole su aparición, la definía: “es vivísima, nada tonta (…) Exigente en el amor. Enloquecida conmigo. Carita enloquecedora. Cuerpito bikini”. La mujer lo salvó del residuo de tristeza o de orden extremo alemán: la conoció en los Alpes marítimos en 1964, se casaron a fines de 1968 y Gombrowicz murió en 1969.

Hablaste sólo de hombres porque eso es lo que recuerdas de aquellas veredas. Es posible que adentro hubiera algunas mujeres. Pero las mujeres alemanas eran difíciles de pasar por alto, en esa zona de alto nivel, valga la redundancia, y en las cuadras no muy numerosas que nos separaban de la Feria del Libro. Es más, en ese

momento, tal vez por imperativos de la moda, viste a tres o cuatro mujeres muy altas, de formas perfectas, y vestidas con ropas que bordeaban el sadomasoquismo en su increíble precisión para sugerir con nitidez perfiles casi violentos, casi insondables. Sergio, uno de los escritores con los que se conocían desde hacía mucho tiempo, hizo silencio como tú, para dejar pasar a una de ellas, y una vez que pasó sonrió un poco y te dijo. "¿Viste? Pasan mujeres no muy espectaculares: de cinco, de seis, hasta de ocho. Pero si pasa una de diez, no sólo te deja silencioso: además sabés que es inalcanzable". Transformarse en inalcanzables por el aspecto y la sugerencia bélica puede ser un poder de los bárbaros, o las bárbaras, más que de los civilizados.

-.-.-.-.-

El tren avanzaba casi sin sonido, con una fluidez sin accidentes, como un pez en el agua. Al fin habíamos averiguado con Gerardo que Mainz quedaba a menos de cincuenta kilómetros. Sin embargo cuando hoy lo recuerdo, me parece más extenso, más duradero el viaje del tren silencioso.

Ir a tomarlo a la estación fue un cambio fuerte: de pronto no era un sitio tipo postal, para mirar, recorrer y disfrutar, sino un sitio útil y pragmático del que salían tiras de vagones escuetos, sintéticos, cargados de gente. La gente misma era digna de ser mirada, sin insistir demasiado, mirando de reojo. Parejas de jóvenes, jóvenes solos de los dos sexos, algún anciano, alguna pareja de ancianos: en su mayoría bien vestidos y distendidos. También, de pronto, un rostro étnico, casi negro retinto o anaranjado, lanzado en un derroche gestual extraordinario en un diálogo con otro, o sumergido en una especie de trance inmóvil, profundo.

Recordás que se veía mucho más y mejor que en cualquier tren que hubieras usado antes. Había mucho vidrio, y mucha levedad: nada que ver con los antiguos trenes. Después estuvo el paisaje, ininterrumpido, entre fajas de naturaleza pura, aunque muy ordenada: bosques, pasto alto o bajo, de pronto una casa suspendida entre lo muy antiguo y lo moderno, y después más naturaleza, y de pronto varias casas, entremezcladas con la naturaleza pero formando un pueblo o una aldea. Te diste cuenta de que un viaje en tren así, tan equilibrado y fluido, podía ser tranquilamente un modo de pasar una vida entera viajando sin interrupción, con algunos ajustes (vagones dormitorio, un par de vagones-comedor).

El día era espléndido; el sol, fuerte; soplaba una brisa casi fría. Cuando llegaron a Mainz, tenían el borde del pelo parado, alrededor de la cabeza y en la nuca: los dos estaban levemente electrizados. Sin

saber por qué, cuando pisaron el andén con Gerardo, rompieron a reír, canalizando la euforia como si la risa los convirtiera en pararrayos, desactivando la posibilidad de morir fulminados por una descarga de ustedes mismos.

Guiarse en las calles y en la costa (Mainz está en el sitio donde el Main se funde con el Rin) fue fácil, agradable. En vez de sentarse a comer algo (la electricidad del viaje les había dado hambre) entraron a una panadería muy amplia, y eligieron varias cosas diversas: medialunas, un sándwich, una bebida, una fruta. Se sentaron en una plaza nítida, más bien pequeña, y comieron. En una foto de ese día, envuelto en el camperón pesado y oscuro que llevaste, estás agachado, atándote los cordones de los zapatos en esa plaza.

Todo estaba instalado, desplegado en un cruce entre la historia viva de varios siglos y el presente. Uno no podía dejar de sentir, al menos inconscientemente, que formaba parte de una serie muy antigua. Es cierto: en parte se trataba de una táctica turística, pero aquí lo que venía de otra época y otros lugares era denso, concreto, palpable, difícil de disolver por entero con artimañas publicitarias, de mercado.

Esa impresión fue extrema en –no sabés cómo llamarles– los museos o lugares donde estaban las máquinas de imprenta que habían quedado de la época de Gutemberg. Tus primeros quince años de trabajo, hasta llegar a los treinta, fueron de tipógrafo en una imprenta familiar. También allí manejaste una Minerva a mano, durante varios años. Pero aquí había máquinas que comparativamente parecían portaaviones, por el tamaño.

También esto estaba calculado para turistas, pero con la misma mezcla de restos históricos que venían de realidades lejanas (bastaba mirar las grandes máquinas de imprenta) y el presente. En ese presente, cualquiera que asistiera a las distintas salas (que no estaban iluminadas con exageración, tampoco en penumbra, aumentando la sensación histórica) podía pagar una suma determinada de euros, colocarse un delantal protector sobre la ropa, y componer con tipografía de aquella época un texto o una tarjeta, y luego entintar con los rodillos, e imprimirlo, y llevárselo. El precio era muy alto.

Años después te enteraste de la vida compleja, un poco angustiosa, que había tenido Gutemberg, en particular en esta ciudad. La lucha a brazo partido por inventar algo de importancia colosal, incluso en el tamaño al principio, un giro copernicano en una actividad esencial, los fallos repetidos, la aparición de conflictos y traiciones consumían cantidades ingentes de dinero de la época. Eso lo llevó a tener un socio, y ese socio filtró a un hijo para que vigilara y copiara a Gutemberg.

Hay en la imprenta, sea de la época que sea, siempre un rasgo a la vez un poco dramático y un poco insondable en su poder de atracción,

una conciencia clara de la cantidad enorme de planos que tienen que combinarse, por ejemplo, para imprimir algo en colores, o armar un libro. Gutemberg no la pasó demasiado bien, y murió pobre, y es probable que hasta desprovisto de la autoría del invento. Pero el tiempo y quienes lo habían visto en distintas partes terminaron por consolidar su nombre como el del inventor principal, el armador del asunto. Mucho después, por dar otro ejemplo en el mismo sentido, cuando Mark Twain estaba en plena fama y riqueza, perdió gran parte de su fortuna tratando de desarrollar una máquina de linotipo. Y así sucesivamente, hasta llegar a tu padre, a los múltiples imprenteros de todo tipo de la ciudad de Rosario que conocieron él y tú a lo largo de las décadas, no sólo en el funcionamiento de cada negocio, sino también en la caída en los problemas, en las crisis, en la competencia desleal, en el fracaso directo. Había algo ahí, en esos talleres de todo tamaño, desde el barrial hasta la gran empresa, un toque de arte, de desperdicio, algo de metafísica en el modo de lograr una buena impresión, incluso en cosas tan triviales como una factura o una participación de enlace.

De aquella visita de unas pocas horas, te quedó un misterio, un enigma que no pudiste descifrar. Sobre una mesa había armada una enorme página de Biblia con letras de madera. Al texto, que parecía tallado de tan bien ajustado que estaba, lo habían entintado en negro. Pero la capitular, digamos una A enorme, llena de arabescos e ilustraciones agregadas, tenía un color furiosamente rojo. Te acercaste un poco para mirar, y había una leve diferencia de altura entre esa gran letra y las demás. Te preguntaste, intrigado, si ya en aquel entonces Gutemberg había inventado un sistema por el cual se pasaba el papel para imprimir el negro, y después el papel quedaba quieto, descendía un poco ese texto y subía sola, por separado, untada en tinta roja, la capitular para imprimirse con presión.

La misma intriga se te dio con todo ese material: había una contradicción intensa entre su procedencia de varios siglos atrás, y la sensación de algo dinámico, ajustadísimo, intemporal, como suele ocurrir con implementos o pirámides del antiguo Egipto, o rastros arqueológicos chinos (cientos de soldados de terracota enterrados, con uniforme completo), que parecen llegar de futuros aún no vistos.

Después vagaron con Gerardo por las calles, llenas de gente, con fuentes de agua, sitios para comer o tomar algo, aunque no recordás que hayan visto el típico café urbano, moderno, posterior al siglo XIX, sino una serie de lugares rebuscadamente aldeanos, coloridos. Cuando, preguntando, lograron llegar a la estación, un tren de regreso pareció corporizarse cuando entraban al andén, frenando de a poco, disponible y en seguida veloz y silencioso de nuevo en sentido opuesto, ahora con el montaje de paisaje o naturaleza y casas yendo

en sentido contrario, dotado de un tono muy distinto, como ocultando algo, iluminados por la luz del atardecer.

En Frankfurt mismo, en la historia más bien reciente de la gran ciudad, también eran el nazismo y los nazis los que más rastro parecían haber dejado. Había una zona que había estado ocupada por el llamado barrio histórico, que había sido barrida por el huracán de hierro y fuego de las tropas aliadas. La reconstrucción que habían hecho en Frankfurt dejaba un poco que desear, era levemente obvio que se trataba de eso, como si la hubieran hecho a partir de Disney o la revista *Billiken*, y no de reconstructores profesionales, asesorados. Me sonó a un trabajo muy rosarino, un poco tosco pero concreto. En medio del lugar reconstruido como un decorado de Hollywood, habían dejado sin tocar uno o dos edificios a medio destruir, como recuerdo.

-.-.-.-.-

El stand argentino era muy grande, y tenía distintas zonas para realizar distintos actos. Además exhibía un rasgo formal bastante criticado que a ti en cambio te caía bien. Había decenas de vitrinas pequeñas que incluían detrás del vidrio la primera edición de obras importantes elegidas con mucha amplitud, con una foto del autor y algún otro elemento de época. Micromundos representando obras distintas de esa literatura argentina a la que pertenecías en parte (otra tenía que ver más con Uruguay), razón por la que te habían invitado. Siempre te habían atraído los micromundos, los resúmenes, la solidez para sugerir que tenían los objetos en cuanto se los colocaba detrás del vidrio de una vitrina.

También había en exposición muchos libros de sellos contemporáneos, algunos poco distribuidos fuera de su provincia (recordás uno de Villa María, Córdoba). En cuanto a los actos en sí, había un espacio no sólo pequeño sino que parecía puesto en el camino de la gente que pasaba por allí, molestando un poco, aumentando la sensación de precariedad. Allí fue que hicieron un homenaje a Ernesto Sabato del cual participaste y que tal vez era una de las razones por las que te habían invitado. En su momento te habían alcanzado para comentar una edición crítica de *Sobre héroes y tumbas*, y la nota que escribiste para el suplemento cultural de un diario había llamado la atención. No sólo salvabas allí trozos enteros, empezando por el *Informe sobre ciegos*, sino que además, al darte cuenta de que con *Rayuela* se habían publicado apenas con un par de años de diferencia, decías que te resultaba, hoy, más fácil y atractivo leer *Sobre héroes*… que la novela de Cortázar, más abrumadoramente recargada de pequeños elementos que parecían ir envejeciendo más rápido (justamente por modernos en su momento) que los elementos

de novelón folletinesco o dramón de Sabato. Incluso las acercaba para compararlas el sitio central ocupado por dos mujeres, Alejandra y La Maga (que por el nombre parecía referirse a un personaje de Sabato, paradójicamente): dos arquetipos femeninos que tal como se habían ido desarrollando las cosas con el tiempo, ahora tenían más de invenciones calenturientas de inconscientes masculinos poderosos que de auténticos personajes (en Cortázar eso ocurría en cambio con Talita, que ocupaba el segundo puesto de la lista, y respiraba mucho más).

La mesa fue coordinada por la organizadora del volumen, una mujer más bien pequeña y muy entusiasta para hablar de la literatura, con quien se cayeron bien al instante, y una mujer más. Como Sabato es de las personalidades que más provocó y hasta fomentó un perfil digamos polémico, o confrontativo, había cierta expectativa. Con un agregado: el público (que había ocupado las sillas disponibles en esa especie de sala minúscula al aire no libre sino interno de ese bloque de la Feria) terminaba por ser lo bastante chico como para que no pudieran crearse tensiones excesivas, salvo que alguno de los participantes hubiera ido con el plan, la decisión explícita de armar lío, cosa que no ocurrió.

A la coordinadora de la mesa Sabato le parecía un escritor fuera de serie, por una larga serie de meditadas razones. En un tono un poco menor, lo mismo pensaba la otra mujer. En tu caso te dedicaste a explicar tu relación ambivalente con él: su condición de tipo amargo y amargante, anunciando muchas veces enfermedades reales o psicosomáticas que lo malquistaban con cualquier escritor o periodista que tuviera la mala idea de ser crítico con él, cosa que le reactivaba el Sufrimiento. Contaste cómo una vez en que había visitado Rosario, eso había hecho –criticarlo con Sabato presente, en una librería– Carlitos Schork (alguien que hacía una revista, dijiste en este acto, sin mencionarlo), y la actuación de genio a quien tratan injustamente de Sabato había sido extrema: hasta le había cambiado el color de la piel. Después explicaste con una minucia rápida, para no aburrir, cuáles eran para vos los rasgos positivos del novelón, y fuiste terminando. Hubo un silencio general un poco autista, levemente fastidiado contigo. Una mujer atractiva pidió hablar, y dijo que ella consideraba, como solía hacer mucha gente, que incluso lo que uno podía percibir como negativo cuando se trataba de una obra maestra terminaba, por hacer una metáfora, por ser arrastrado en ese remolino de genialidad, ¿no te parecía?

Es algo que no podés controlar. Creés aún hoy, al pensar en el pasado, que la pregunta tendía a “hacernos amigos” todos alrededor de Sabato. Por desgracia ese tipo de armado de la crítica o los discursos te provocaba una reacción automática de rechazo. Usaste el

“No” tajante, una herramienta importante, por la contundencia con que solías decirlo. Y pasaste a explicarle por qué no lo creías. Mientras lo hacías, te fuiste dando cuenta de a poco, al ir reconociéndola, que la atractiva mujer era justamente algo así como una embajadora cultural que había sido esencial, entre otras cosas, en el armado del contingente de escritores que habían ido, según habías visto en fotos un poco borrosas de un par de diarios. Ya no podías detenerte, incluso cuando ya habías pensado que debías haber mantenido la boca cerrada. Cerca del final pensaste que bastaba con que no te pegaran, por ejemplo un cachetazo femenino bien aplicado, por no plegarte al tono de bienestar general que solía estar en la base del noventa por ciento de la crítica contemporánea (por así llamarle, a esta altura), la investigación literaria y hasta el mero comentario al pasar.

Hubiese sido más perdonable que dijeras una frase de choque, tipo: “Sabato es ocultista”, o te refirieras a “la presencia de la homosexualidad en la obra del Maestro”, que sirviera al menos para titular un recuadro del día siguiente en los diarios de la lejana Argentina. Mientras hablabas, la coordinadora se había limitado a concentrarse en algún punto lejano de una pared o el techo del inmenso salón, esperando que pasara el chubasco de tu respuesta. La mujer atractiva te miraba y asentía, muy poco convencida. Creo que todos teníamos ganas de que aquello, la generalizada incomodidad, terminara de una vez. Por suerte sólo hubo un par de preguntas más, y el acto terminó sin ningún tipo de incidente.

Hiciste bien en no mencionar el dato que más te había impresionado al leer la edición crítica. Sabato era de origen calabrés. “¡Ah!”, dijiste para tus adentros, “así que es calabrés”, y de inmediato te pareció que lo entendías mucho más. Porque esa procedencia parecía explicarte muchos de sus rasgos irritantes o sobreactuados, al activar uno de los numerosos prejuicios que te formaban como crítico, y que eran tu capital más sólido para distinguirte del resto. Algo de eso pasaba con los críticos que habías seguido con pasión desde chico: David Viñas, Edmund Wilson, Leslie Fiedler, incluso escritores-críticos o ensayistas como Vladimir Nabokov, Witold Gombrowicz o Gore Vidal. Todos contaban con una gran lucidez, pero también con una carga de prejuicios que tensionaban sus exposiciones, y hacían que uno, como lector, se riera o batiera palmas por los aciertos pero también –o acaso sobre todo– por las exageraciones, las agresiones o los ataques de bilis.

Había sido un acto más bien pequeño, así que no hubo necesidad de dispersar la presión acumulada (prácticamente no existía). Se desconcentraron en poco tiempo, en tu caso con la espalda un poco doblada por la carga y la culpa de emplear el “No” sin pensarlo, cuando no hacía demasiada falta.

-.-.-.-.-

Se juntaban de muy distinta manera. Se encontraban, por ejemplo, en la feria, ya sea en el stand argentino o en algún otro. O a veces, con frecuencia, dentro o en las inmediaciones del hotel. Había una construcción casi fantástica en la misma cuadra. Exactamente frente a "vuestro" hotel había otro, idéntico y con el mismo nombre. Tal vez recordás mal ahora, tantos años después, pero te parece que en el de enfrente había más profesores o ensayistas de literatura, y en el "tuyo" más escritores, o editores (como Salander, el descubridor del champagne). Por lo tanto sentías que este era el importante, el central, el de la mano derecha.

El sitio cantado, desde luego, era el gran salón del desayuno. Ahí a veces charlabas con uno, o con otra, o te limitabas a comer tranquilo con otros con quienes apenas había un saludo cortés de buenos días.

Pero después estaban, por ejemplo Peter, o el morocho, o el ya mencionado Montironi, o el espléndido Tazas, que era una máquina de mejorar ambientes con su extraordinario sentido del humor y capacidad innata de organización de grupos en estado de diversión. Todos ellos bastante más jóvenes que vos y formando (tal vez con la excepción de Montironi, unos años mayor que ellos) una especie de grupo flotante. También estaba (ahora no recordás si en tu hotel o el de enfrente) Salvador Di Capo, con quien te unían multitud de lazos a lo largo del tiempo, porque se admiraban cruzadamente como escritores, y se dedicaban a leer cualquier cosa que publicaran aparte (críticas, columnas, entrevistas), dedicándose los dos a formas extrañas de la literatura fantástica.

Con él te cruzaste solo un par de veces, y se juntaron en la mesa de literatura fantástica por ser los dos, para decirlo como en los diarios, cultores de ese género. Además tenía una personalidad especial para lo que hacía (tanto en sus libros "mayores", como en otros para "adolescentes" –algunos de sus mejores relatos–, como en incontables guiones de historieta): era amable, puntilloso, sonriente. Pero a veces lo encontrabas y estaba serio, reconcentrado, incluso hasta desconectado. Nunca supiste exactamente por qué. En cuanto tomaba conciencia de tu presencia (salía del trance de seriedad) sonreía y se saludaban. Una vez estuvieron juntos en unas actividades sobre literatura y al salir fueron en masa a una pizzería grande. Di Capo se sentó y estuvo todo el tiempo en silencio, no tenso sino vuelto hacia adentro.

Hubo una noche que a ti al menos te quedó grabada. Habías llegado cansado de la feria. El muy amplio vestíbulo del hotel tenía muy cómodos sillones. Te sentaste en uno, agotado, sin subir a la

pieza para dejar algunas bolsas con libros que llevabas. Poco después llegó Montironi, se saludaron calurosamente, y al fin se sentó Tazas, soltando una ametralladora de frases de alto impacto. Por tu parte, también estabas inspirado y soltabas delirios o chistes varios desde hacía rato. A cierta altura, notaste que también estaba Peter. En ese momento Tazas había aprovechado que eras quien estaba sentado en el sillón más apartado, para decretar que estaban todos participando de un programa de televisión del que eras el animador (sin decirlo, sugería que era por tu condición de mayor).

Las carcajadas ya eran altisonantes. Cada participación continuaba y redondeaba la participación anterior. Y ya habían empezado a avanzar las horas tardías de la noche, posteriores a las diez o las once. A pesar del ruido y el jolgorio, los funcionarios del hotel no se movieron del mostrador, y miraban de vez en cuando, interesados o distraídos. En un momento Tazas hizo unos gestos de desperezamiento y comentó que había llegado el momento de comer algo, y a la vez expresó no sólo con la voz sino con el cuerpo que no tenía la menor gana de pararse y tratar de conseguir algo para aplacar el hambre. Era un ejemplo típico del Río de la Plata, donde una reunión podía durar horas y horas apenas con el ejercicio de un humor cambiante, alternadamente sutil y grosero, digno de la sonrisa o la carcajada explosiva. Su declaración creó un pequeño bache de silencio, pero el propio Montironi dijo una frase a la vez relacionada con el lugar y graciosa, y la rueda empezó a girar de nuevo.

No mucho después entraron por las grandes puertas un hombre y una mujer. Él adelante, con la corbata aflojada, no de frac pero cerca, elegante, y ella un par de pasos atrás, hermosa y deslizante, de vestido largo, creo, como algunos de los personajes femeninos de Edgar Allan Poe tal como suele representarlos el cine en sus adaptaciones. Todos saludaron en voz alta, contentos de verlos, haciendo gestos para que se sumaran al grupo. Lo hicieron, contento también él, porque dirigía una asociación cultural importante del litoral, era escritor y ensayista a la vez, y por algún motivo u otro había tenido tratos con todos ustedes.

Al sentarse, lo hizo con cierta incomodidad, porque llevaba en las manos una caja azul más bien grande. Mientras lo hacía, Tazas volvió a comentar que tenía hambre, en voz baja, casi sombría. Quienes lo conocían más pensaron: “Oh, no, que no se deprima”. Porque era otro rasgo rioplatense al menos (no sos un experto en otros ámbitos culturales y bromistas): quien más bromas hace y dirige un grupo, suele ser también quien de pronto cae en un bache depresivo. Como un consumado prestidigitador, ayudado por el traje que llevaba y su elegancia, el hombre dijo: “Justamente, iba a decirles que si quieren servirse…”. Abrió la caja azul y estaba ocupada por numerosas

golosinas a medio camino entre un helado y un alfajor. Tazas lanzó una serie de frases de agradecimiento y broma, y despacharon prontamente el contenido entre todos. Siguió el supuesto programa de televisión, y todos reían. En especial la bella mujer parecía llorar de risa con las frases de Tazas. De todos modos él mismo de pronto hizo una pausa para comentar que ahora sería espléndido contar con alguna bebida para hacer bajar lo dulce. Impertérrito, el hombre hizo un gesto doble con las manos y sacó de los bolsillos laterales del saco no revólveres, sino dos botellitas de champagne, que le habían regalado en el mismo lugar que la caja azul.

En noches así uno agradece estar presente: todo circulaba no sólo con fluidez sino también con magia, como acababan de ver, y también, para perfeccionar su realismo, con algunos tropiezos o momentos ásperos. Unos veinte minutos después el hombre interrumpió de pronto a su mujer a media carcajada y le comentó que no entendía cómo se reía tanto de las frases de Tazas, siendo que él a veces le decía algo gracioso y ella se quedaba hierática, por así decirlo. Otro momento de silencio, pero breve. El hombre había hablado totalmente en serio, pero todos dejaron pasar la intensidad, uno hizo un gesto raro con la mano, otro comentó que ya era más de la una. Y más suave, pero sin bajar el nivel del ingenio o el puro goce narrativo, siguieron hablando sin parar hasta más de las dos y media. Ahí sí empezaron a irse hacia los ascensores, semi-destruidos por el cansancio, para dormir hasta el día siguiente.

Otra noche habían salido juntos de la feria, con seguridad Tazas, Peter y el morocho (en su caso con la mujer y los hijos, que habían llegado de Argentina). Pensaron en cenar y alguien comentó que en esa zona había un buen restaurant chino. La ciudad estaba saturada de restaurantes étnicos (un par de días después comiste en uno vietnamita). En este caso se trataba de un lugar muy bien puesto, con todos los elementos típicos y un factor destacado, peculiar. Se trataba de un chino muy alto y corpulento, que hablaba en inglés con una voz modulada, casi de vieja estación de radio en FM. Daba la bienvenida a quienes estaban entrando, comentaba cómo y dónde les convenía sentarse y en general operaba como un excelente conductor del tráfico. Esta vez todo fue también agradable y con pequeños detalles pintorescos, pero como suelen ser las cosas en un buen restaurante, en un nivel organizado por adelantado, muy distinto a la noche delirante del hotel. Intercambiaron datos y chismes, comentarios sobre los sucesivos platos y sobre ustedes mismos.

Salieron no muy tarde, formando un grupo con conciencia de serlo, fueron enfilando lento hacia la cuadra del hotel, y en un momento llegaron a una especie de plaza amplia, según creés recordar frente a la gran estación de trenes. Allí había dos carteles enormes de sexo

telefónico, con dos mujeres gigantes desnudas (el cartel las cortaba cerca de la cintura) y hablando con un aparato. Estaban bien pensados, y bien ejecutados. La altura daba exacta para que ustedes fingieran estar tocando con la punta de los dedos los pechos de esas mujeres oníricas y desnudas, y se sacaran fotos, cosa que hicieron.

Rara vez te alejabas del hotel, salvo cuando ibas a la estación de trenes a mirar revistas o diarios (habías descubierto que varios en español llegaban antes de cada mediodía). Una sola vez te desviaste hacia la derecha y entraste en lo que vendría a ser el centro en esa parte de la ciudad. Te dejó impresionado la soledad, cierta cosa a la vez turbia y limitada. En particular habías visto un par de negocios que proveían aparatos e implementos para la actividad sexual. Todo en un tono más bien frío y directo, que parecía guardar con el sexo la misma relación con los escritores y la escritura que guardaban los escritores importantes con los que Gombrowicz había intentado armar una mesa de conversación y tertulia, infructuosamente.

-.-.-.-.-

El otro sitio para actividades de la delegación argentina era más amplio y cómodo, con una mesa larga donde ubicarse, una buena cantidad de sillas para el público, cero paredes de material (estaba, como el lugar más chico, rodeado del aire interno del gran bloque cuadrangular), lo cual lo hacía más accesible. A diferencia del otro, que más bien molestaba al paso, aquí atraía (o no) a la gente que pasaba. Mientras se desarrollaban los actos, un flaco alto, de perfil sirio o libanés, muy famoso en Argentina como plástico y humorista, iba pintando sin cesar, a lo largo de los días, un gran mural de rasgos negros sobre fondo blanco donde iban apareciendo, gracias a él, los rostros de muchos escritores argentinos.

El día en que tenías que participar de la mesa sobre literatura fantástica saliste con tiempo de sobra del hotel, pero tuviste la mala idea de pedir un sándwich con cerveza en un bar de la avenida cercana. Demoró tanto que cuando lo trajeron le pediste al mozo que te lo pusieran rápido en una bolsita y saliste a paso de marcha para conseguir un taxi. Te repetiste las reglas aprendidas del lugar donde debías tomarlo para que te llevara de manera más directa. Pasaste por los controles de entrada y llegaste jadeante justo cuando la mesa comenzaba.

Eran cuatro participantes. Una de las dos escritoras había participado en algunas mesas más (sobre Cortázar, etc.), y te sonaba como la más distante del tema. También estaban Di Capo y Juli Carr, una especialista en el microrrelato. Cada uno se manejó con eficacia y sin aspavientos, citando con solvencia relatos de diversos orígenes, y

haciendo precisiones teóricas. No es fácil hablar en tono personal, original, de la corriente fantástica rioplatense (hiciste alguna mención de la rama uruguaya), pero se veía que todos ustedes seguían enganchados con ella, les seguía moviendo la cabeza. Cuando terminaron, el público (que duplicaba en cantidad a la mesa de Sabato) aplaudió con cortesía, hizo algunas preguntas y se quedó un rato derivando, con las sillas ya progresivamente ocupadas por los que venían a la mesa siguiente.

En total fuiste tres veces a ese sitio de la feria. Primero a ver la mesa de policial, después a participar en la de literatura fantástica. La última vez fue el penúltimo día, en un clima curioso donde la feria parecía a medio desmontar, con muy poca gente. El plástico alto no estaba, porque a esa altura el mural estaba terminado: había quedado muy bien. El último día era cuando podía asistir el público en general, que podía ir con un disfraz y no pagar entrada, y donde repartían gratuitamente los libros en exposición. El día de la última mesa era de escritores recientes, para hablar de temas como las nuevas tecnologías. Para vos fue fascinante. Había esta vez varios integrantes, pero te asombró hasta qué punto fueron opuestas las participaciones de Kristina Schwarsblin y del viejo amigo Demián Tazas.

La primera era una mujer bastante alta, delgada y linda que hablaba con despreocupación absorbente: parecía no formar parte de ninguno de los sucesivos sistemas de influencia. Te fascinaba como narradora (a esa altura tenía dos libros publicados), y te divertía el modo en que otros narradores o hasta críticos sentían un leve o fuerte fastidio porque no se ajustaba a moldes pre-existentes, además de ser mujer. Su participación fue casi eufórica (un nuevo elemento de distanciamiento): le gustaban los ebooks, sentía que todo lo digital abría nuevos horizontes, y así sucesivamente. Después, creés recordar, hablaron otros dos escritores, equilibrados y un poco aburridos. Por fin le tocó a Tazas. Le pasaron un micrófono y estuvo casi un minuto sin hablar, con un rostro que parecía encapotarse de a poco hasta que con voz lúgubre dijo: “No… no… A mí todo esto no me gusta. Recuerdo ya cuando me mostraron el email…”, y emprendió un viacrucis muy bien pintado de su experiencia totalmente negativa con lo digital.

Mientras su voz seguía sonando grave, casi asustada por algo sobrenatural, te fijaste en Kristina S. Había abierto un poco los ojos, como sorprendida, y dirigía alguna mirada de reojo hacia donde él estaba sentado. Parecía absorta, elaborando algo que pensaba decir. Después hubo dos participaciones más, y al fin el coordinador abrió la discusión generalizada. Allí la cuentista pidió la palabra, y moderó extraordinariamente su euforia inicial. Aclaró que ella también le veía algunos rasgos discutibles al fenómeno, etc. Sonreíste, porque el

brusco cambio de frente te hizo acordar a Groucho Marx: “Esos son mis principios. Si no le gustan, tengo otros”. El propio Tazas parecía desorientado, entre otras cosas porque eran demasiados participantes y se iba produciendo una mezcla considerablemente caótica. Por tu parte agregaste mentalmente, sonriendo: “Qué mujer extraordinaria”. Después fueron desalojando el sitio. Quedaba vacío por última vez.

-.-.-.-.-

En el primer texto, el del barrio de Belgrano, hablaste de escribir sobre días que no se borran de la memoria, a veces sin que uno sepa por qué. Sin embargo, desde el principio, el título del conjunto fue *Los lugares* y no *Los días*. Mientras leés esto que vas escribiendo te decís que es contradictorio, porque esta vez son varios días en vez de uno. Ya llegando al último, sin embargo, reconocés que en tus sentidos, mientras duraron, y en el recuerdo ahora que los escribís, dibujan una especie de día único, con los cambios de luz, horarios y paisajes acomodándose de manera esquinada en las distintas partes de un día. Lo sentiste y lo sentís así, y no podés explicarlo.

Como es lógico, te levantaste, realizaste actividades, almorzaste, cenaste, te acostaste, te levantaste, desayunaste (con una copa alta de champagne a mano), una y otra vez. Pero la colaboración extraordinaria del clima, que fue cálido cuando tenía que ser frío, ayudó a convertir los días en un solo largo día rítmico, equilibrado, incluso en el momento mismo de la experiencia. Y ahora, en el de la escritura, se entremezclan los hechos y circulaciones del presente, muchos años después.

A lo largo de los años solés pensarte a vos mismo, sin saber por qué, de manera totalmente equivocada, como alguien apartado, solo, que reniega un poco con muchas de las cosas que hace por ser injustas, o tendenciosas, o embromadas. Algo que claramente no es así la mayor parte de las veces. Pero es una sensación de fondo, desde la infancia, un tic-tac profundo que se ha ido alivianando con el paso de los años, aunque no podés eliminarlo nunca del todo. Por eso cuando ocurre algo como la asistencia a la feria de Frankfurt tu agradecimiento es infinito. Porque esos días variados, con nombres distintos –miércoles, jueves, viernes…– ya mientras transcurrían se fundieron en un solo día epifánico, inolvidable.

-.-.-.-.-

Del día final, el del viaje de regreso, tenés un recuerdo confuso de lo que pasó mientras siguieron en tierra. Incluso se le adhieren momentos de otros días. Por ejemplo: los organizadores habían

compilado distintas antologías (el teatro, la novela, la crónica) que eran voluminosas en tamaño pero sumamente ordinarias en su ejecución. Tenían un color blancuzco más que blanco, y estaban muy sumariamente diseñadas, con algo de aquellos desabridos manuales Estrada para el colegio que habían manejado algunos de ustedes tantos años atrás. Hubo un escritor chileno que escribió con razón una vez: "Los argentinos escriben bien pero editan mal". Si hay algo que agradecer de rodillas a las pequeñas editoriales independientes de los últimos veinte años es la notoria mejora de ese aspecto.

Habían dejado esas múltiples antologías en las habitaciones, a veces en combinaciones distintas. Una de ellas, que compilaba cuentos infantiles, incluía uno de tu hermano Sergio. Te había pedido especialmente que se la llevaras. Porque al ser una edición oficial atada a un evento puntual como la feria, no confiaba demasiado en que se la hicieran llegar, según experiencias previas. Te fijaste y era uno de los tomos que no tenías.

Por otra parte se habían cruzado seguido con un flaco de bigote finito, que te caía bien. Incluso le habías hecho un chiste de mal gusto. Venían caminando en direcciones opuestas y cuando estaban cerca habías levantado el brazo en el famoso saludo nazi y gritado: "Heil, Mazzone". Fue más impresionante aun porque era de noche. Mientras él seguía te gritó: "¿Por qué?". "De puro gusto", podrías haberle explicado.

En el día final, o la noche previa, el flaco andaba con las antologías regalándolas a quienes las quisieran. Le pediste la del tomo infantil, y la tenía. Tu hermano se puso muy contento cuando se la diste. En otros casos, muchos las dejaron directamente en las habitaciones: decenas de tomos más bien blancos, únicos ocupantes de cómodos lugares que daban al río, cuando entraron a limpiarlas.

En los días anteriores al último, cada uno de ustedes había tenido el cuidado de reservar algún libro para el tradicional día final de obsequio generalizado. Uno muy codiciado era el de las canciones completas de Bob Dylan. A Tazas se le caía la baba de sólo pensar en tenerlo. Pero lo madrugó un boliviano (creo) que vivía en España, que lo pidió antes. Después lo gastaba sin cesar: actuaba muy bien de ingenuo. Le decía, por ejemplo, que ahora (era el último día, el del reparto), se iría a algún sitio con césped, se tiraría al sol, y si había mucho sol se taparía con el tomo de Dylan, que era bastante grande, a soñar (y se reía).

En tu caso habías reservado (los que atendían los locales siempre subrayaban que no era ciento por ciento seguro que los darían), dos libros policiales raros. A uno lo habías leído hacía mucho tiempo: *El asesino dentro de mí*, de Jim Thompson, y lo habías perdido. Del otro, *El tejedor*, no sabías nada, pero conocías la trayectoria del autor,

James Sallis. Había tenido primero una larga carrera en la ciencia ficción inglesa dentro del grupo que sacaba la revista *New Worlds*. Cuando el género retrocedió a tal punto que el policial parecía haberle comido la cancha por completo, inventó a un detective, Lew Griffin, y escribió varias novelas. De la primera época, recordabas cuentos o textos más bien cortos en las revistas de ciencia ficción: cada vez intentaba algo distinto, y escribía en un estilo casi poético, intenso. Fue un acierto llevártelo. En otro stand había una gruesa biografía de Jaime Gil de Viedma, casi el único poeta español digno de respeto en los últimos cincuenta años, pero cuando fuiste, alguien te había madrugado, aunque no supiste quién. En vez de sentirlo te aliviaste. Así como habías decidido no moverte demasiado fuera de Frankfurt, también habías decidido llevar la menor cantidad de libros posible, cumpliendo sólo con un par de encargos de amigos. Después una fanática montevideana de Gil de Viedma te contó que había leído la biografía, y habría preferido no hacerlo: abundaba en detalles poco agradables sobre las aventuras homosexuales del poeta, y sobre su personalidad, cosas que le arruinarían durante años la lectura de sus poemas favoritos. Era uno de esos casos donde el biógrafo termina por ser el hombre que sabía demasiado.

Ya de vuelta en Montevideo, a lo largo de los años intentaste leer la de Jim Thompson, sin lograrlo: se ve que la traducción bloqueaba mucho más de lo que habilitaba. En cambio el de Sallis era fuera de serie. El título en inglés era raro: *The Long-Legged Fly* (La mosca de patas largas). En menos de doscientas páginas recorría décadas enteras de su investigador, casos diversos, y buenas metáforas en la línea de Philip Marlowe: “Cuando desperté, me sentí como el interior de un zapato ajeno”.

El proceso de subida al avión fue tan despelotado como en la venida. Incluso más: había una forma de elegir el asiento por unas pantallas que estaban cerca de los mostradores, pero no se entendía demasiado cómo hacerlo. Finalmente estuvieron todos arriba, tan mezclados como en el viaje de venida. Pero volvían en un estado de ánimo distinto, cansados pero excitados y tranquilos a la vez.

Cuando el avión empezaba a calentar los motores, una azafata y un azafato se sentaron en dos asientos que estaban en un sitio abierto en el que desembocaban distintas partes del avión. Parados, se abrazaron y se besaron morosamente, con aprecio e intensidad. No podías dejar de sentirte un voyeur, un poco asomado fuera de tu asiento, cercano al lugar donde estaban, porque nadie más estaba mirando. Después se colocaron los cinturones y de pronto se tomaron de las manos y se las retorcieron tiernamente. El rubio se inclinó, un poco impedido por el cinturón, y la besó de nuevo. Te parecía una actividad extraña para los encargados de parte de las actividades de a bordo.

¿Cómo le llamarías? ¿Deseo gregario? ¿Comunidad viajera? Lo cierto es que cuando el avión ya volaba alto y tranquilo, muchos se levantaron y salieron a caminar por los corredores entre los asientos. Se apiñaban en el sitio donde antes estaba la pareja de amantes aeronáuticos, cerca también del sitio donde se preparaban las bebidas y alimentos del viaje. Cuando la cantidad se volvía apelmazada de tan abundante, una azafata veterana, tranquila y lógica pasaba y los hacía sentar a unos cuantos, regularmente, a lo largo del vuelo.

No era exactamente un jolgorio, sino una mezcla de cansancio y seguir hablando o haciendo chistes para siempre. Una de las veces en que la Señora Seria te hizo sentar, percibiste también el intento de levante sexual obvio de una mujer joven sobre un viejo profesor de literatura, al que consideraba al parecer seguro gestor de becas y viajes. El tercero en discordia era el novio o acompañante de la mujer, joven como ella, sentado a su lado pero obliterado del coqueteo un poco repetido y hasta desagradable entre el académico y la alumna o profesora o académica que buscaba tenazmente subir en la escalera de cargos y prebendas.

Dicho de otra manera: ahora el avión era una especie de ciudad en miniatura, con avenidas, tensiones, contactos veloces o lentos. Se te fue filtrando una sensación de comunidad volante.

Unos días antes del regreso habías tenido una conversación con una editora argentina que conocías desde hacía muchos años. Curiosamente, estaba realmente embellecida por la ropa y los cosméticos, y en particular por una melancolía profunda. Charlaron un rato y te confesó que en Buenos Aires casi nunca iba a la editorial en taxi. Es más: si lograba subir a un tren con asientos, aprovechaba para leer. Incluso el trayecto corto entre la estación Retiro y la editorial, solía hacerlo en ómnibus. Te costaba creerle: ¿cómo no gastaba parte del sueldo en tomar de vez en cuando taxis? (un auto quedaba descartado por el altísimo costo de moverlo y estacionarlo en la ciudad). Porque tenía que cuidar los gastos de su familia, te dijo: tanto del marido como de los hijos. Le preguntaste cuántos años tenían los hijos y todos pasaban de los veinte. “Bueno, que empiecen a arreglarse solos”, le dijiste sonriente, meneando un poco la cabeza. Porque el centro teórico de la charla era muy común: ella sentía que había llegado el momento de un cambio, dijo.

Al subirte al avión no la viste. Después tampoco. Se ve que en el reparto le había tocado un barrio distante del tuyo. Pero aquella charla te había quedado picando como uno de esos momentos de contacto en la circulación rápida o lenta de la feria y ahora del avión.

Es más, pensaste: tal vez ella se haya quedado algunos días más, o regresado por España. No te ocupaste de revisar en detalle los asientos en las numerosas caminatas que hiciste por los pasillos de la ciudad

aérea, que hacías casi en trance, para mejorar la circulación en las piernas, sin dejarlas demasiado tiempo quietas en aquellos asientos más bien pequeños que por cierto tenían algo de pequeños aparatos de tortura.

En las horas previas a la salida del avión, cuando todavía estaban en el hotel, o incluso en la noche anterior, en el hotel o en algún bar o restaurant, casi todos pensaban ya con alegría en el regreso. Es más: prometían compartir taxis o autos si lo habían dejado en algún estacionamiento del aeropuerto. La circulación de buena onda con la mujer pequeña especialista en Sabato, por ejemplo, le había hecho decir que podían compartir un taxi al bajar. Ya estaban viendo las luces de Buenos Aires por las ventanillas quienes estaban cerca, o quienes miraban una especie de mapa en movimiento puesto alto, donde una línea en movimiento marcaba el trayecto del aparato hacia un punto que decía Buenos Aires, o pronto sonoramente, por los altoparlantes. Percibían todos que el suelo del aparato se inclinaba levemente, con la punta hacia abajo. Hubo un cambio progresivo mínimo, pero perceptible si alguien iba solo y no se distraía conversando (como en tu caso, porque el académico asediado había desaparecido). Empezaban a llegar.

Iban bajando hacia la ciudad, y el aire mismo empezó a descomprimirse, a aflojarse. Respiraban mejor, salvo algún que otro caso de constipación o gripe. Se sentía un leve cambio en la presión de los oídos, incluso en el detenimiento progresivo de los diálogos.

No llegaron al silencio total: siempre había voces a distinta distancia, incluso un grito leve. Eran un contingente que creían grande de escritores argentinos. Aunque bastaba la gran cantidad de asientos de un vuelo intercontinental para que reconocieran, si querían, que no era para tanto, en semejante entorno. Incluso en este caso, el dato desaparecía de la mente cuando ya las ruedas tocaban el piso, la pista de Ezeiza.

Si el aparato no se hace pedazos allí, como a veces ocurre, por cualquier tipo de cálculo mal hecho o desperfecto, el chirrido de las grandes ruedas de gruesos neumáticos, cada vez más intenso, a veces comunica (como ocurrió en ti en este caso) cierta euforia creciente, al unirse totalmente la velocidad –decreciente– y la sensación de la llegada.

Después lentamente bajaron, por puertas y corredores, por sitios un poco oscuros, para ir a buscar el equipaje. A esa altura viste un poco sorprendido que no había escritores o escritoras cerca. Era gente mezclada, general. Con la mujer pequeña habían quedado en esperarse en la zona de los equipajes. No la viste, y obviamente ella no te vio. Argentinos, todos pisaban ya lo que era una zona central de vuestro país, y cualquier plan previo de todo lo que no fuera volver lo

más pronto posible a una casa, un departamento, el interior de un automóvil donde esperaba parte de la familia, se borró livianamente por entero. Alcanzaste a reconocer a lo lejos a un escritor, que avanzaba por el interior del shopping que tienen casi todos los aeropuertos entre los trámites de migraciones y la salida, con cara de trance, caminando recto y rápido.

Desembocaste en uno de esos numerosos sitios entre inexistentes y oscuros que suelen tener por la noche aeropuertos como Ezeiza. Te acercaste a alguien de seguridad y le preguntaste dónde podías tomar un taxi. Te dijo que en realidad te convenía averiguar por un remise. "Allá", dijo, señalando el único local con las luces prendidas. Mientras avanzabas arrastrando la valija con rueditas, te fue cayendo encima todo el cansancio y el *jet-lag* del viaje. En el par de semanas siguientes aprenderías que la sensación demoraría en irse: cierto despiste, ciertos horarios de sueño cambiados, cierta distancia con las cosas comunes, casi una filosofía que por suerte en menos de dos semanas terminó por esfumarse.

Pero allí, en aquel momento, llegaste al mostrador. Por suerte el precio no era ningún delirio. Llevaron la valija por corredores varios hasta donde estaba el auto. A esa altura estabas bastante exhausto. Pero después de subir, cuando las ruedas del automóvil comenzaron a rodar alejándose del aeropuerto, y cuando siguieron por la autopista, te fuiste sintiendo cada vez mejor. Te sorprendió sobre todo cuando bajaron de la autopista a algún barrio de la ciudad, que te pareció reconocer a medias (líneas de ómnibus, bares abiertos, gente dispersa en las calles y las veredas). Estabas en casa, pensaste. "Bueno", agregaste, "en una de las casas", y sonreíste.

1 Ver texto anterior de este mismo libro.

3. En tercera

Ciudad Vieja

Ya es un hombre crecido, hasta cercano cada vez más a la vejez. Pero hay cosas que lo devuelven a la imprecisión de la adolescencia, incluso a los asombros de la niñez, aunque matizados, salpimentados por toda la acumulación de datos, expectativas y duras caídas que constituyen la experiencia, que no tienen por qué modificar la frescura del impacto inicial. Pasa así: una ex de él, la última, le avisa que visita la ciudad en los próximos días otra ex de él, muy antigua. En realidad durante la relación le ha hablado más de una vez de aquella mujer del pasado, así que el hecho lo sorprende sólo un poco. La experiencia, o más bien las lecturas, lo hacen pensar: "Ja, ja. Parece una novela francesa". Y decirse además, en un ataque de madurez fingida, de aceptación de las enseñanzas de la experiencia, algo ante lo que casi nunca reacciona, en realidad: "Pero no la iré a ver", mientras mira la lista de actividades del coloquio al que viene invitada Alicia.

Sin embargo, el impulso inevitable, adolescente o infantil, hace que en el día y la hora indicados ocupe un asiento en la sala prolija y bastante amplia donde se realizan las intervenciones del coloquio sobre un famoso antropólogo inglés del siglo XIX al que ella asiste. En un gesto de caballero, totalmente falso en realidad, se ubica en una fila de asientos más bien alejada del estrado y los micrófonos, para no "perturbarla". Pero en cuanto se producen una serie de movimientos junto a la puerta de entrada, y avanzan hacia el proscenio tres mujeres, ve que el rostro de Alicia, al verlo a él a lo lejos, se ilumina con la sonrisa amplia que ya lo había dado vuelta como una media tantos años atrás, cuando se conocieron. Ahora la disfruta en cambio, mientras también sonríe, agitando una mano, como un conocedor, un consumidor experto de sonrisas femeninas, entre las que destaca con limpieza la de esa mujer.

Una de las tres mujeres que han subido al estrado, la más veterana, con algo de antropóloga ya maestra en sabiduría antropológica, presenta las actividades de esa tarde: es la organizadora del evento, que durará tres días. La tercera es una mujer de nombre que siempre le hace gracia, como se lo hacía en otros tiempos, por ejemplo, el nombre Amalia Torta, una amiga de una hermana. Esa mujer del nombre raro es una vieja amiga de Alicia, la admira incondicionalmente, y no sólo la presentará antes de la charla, sino que además (se entera después) la alojará en su departamento.

-.-.-.-.-

Como siempre en estos coloquios hay de todo. La propia organizadora hace una exposición detallada y plenamente comprensible de los meses que el protagonista del encuentro pasó aquí, en el pequeño país, y que le bastaron para hacer algunos descubrimientos importantes sobre las tribus autóctonas. Él no puede evitar que la cabeza le funcione con lo poco que sabe sobre el tema: por ejemplo que sin ese paso más bien fugaz por "estas tierras" (piensa) el coloquio no se habría realizado. Como país relativamente reciente, está atrapado en el vínculo inevitable y provinciano con "lo de acá", que en realidad es lo de la ciudad capital en un noventa por ciento. No hace muchos años, en la misma sala, hubo otro congreso dedicado a Richard Burton, gracias a que el traductor de *Las mil y una noches* había escrito sobre la ciudad.

Después empieza la mezcla. Hay exposiciones también claras y bien perfiladas. En otras el expositor o la expositora se aferran a tonos repetidos y fríos de lo académico que lo aburren profundamente. Por suerte los tonos de las exposiciones están intercalados. Cuando le toca a la que es hoy su amiga Alicia, tiene expectativas. Y ella las cumple: gracias a la voz clara, y al armado progresivo de una demostración casi matemática de los emprendimientos del antropólogo en zonas del Perú (o del Imperio Incaico, como le llamó él en su momento), queda, digamos, totalmente satisfecho.

La época en que los dos tuvieron una relación breve pero intensa hace que después, a través de los muchos años transcurridos, la encuentre muy de vez en cuando en esos sobrevuelos por la zona que ella hace desde que se trasladó a dar clases en Europa (sobrevuelos mucho más frecuentes por la Gran Ciudad de enfrente, que ha tenido una importancia crucial pero muy distinta para cada uno de los dos). Por un lado, es el placer de volver a verla. Por otro, confirmar que ella sigue más o menos en los mismos barrios del intelecto, y a través de eso, del instinto y el sentimiento cuando el tiempo va siguiendo y las tormentas pequeñas (de dormitorio o de viaje o de plaza) pero casi ciclónicas de otros tiempos les dejaron a los dos algunas marcas en el recuerdo o la cabeza, además del cuerpo. En las primeras veces a él se le activaba de todos modos una disposición automática de las mandíbulas, de los glúteos, y de alguna manera de todo el cuerpo, de saltar y morder o lamer. Pero por suerte los encuentros fueron muy espaciados, ante pocillos de café, de modo que fue controlando su carácter de hombre, de depredador, hasta con gusto, a lo largo de las décadas.

Podría decirse que la mujer es en general (o al menos con él) muy

discreta, casi en extremo. En buena medida la pasión que los había unido se desmoronó justamente a través de la imposibilidad de tener algunos datos básicos para manejarse (aunque reconoce ahora que ese es un rasgo común en las pasiones intensas). Y el cierre se concretó a través de un brusco viaje a Europa de la mujer. Se enteró por un tercero, horas antes de la partida, en su visita mensual a la ciudad de enfrente, y cuando la contactó (¡todavía no había teléfonos celulares!, recuerda con ternura) lo asombró la frialdad de la voz, una especie de plan de aislamiento más intenso que la pasión, desplegado al regreso en toda la línea: una especie de persiana de 1500 megatones (medida de la infancia que le sigue haciendo gracia) imposible de penetrar, mover o levantar.

Frente al departamento de Alicia, en el mismo piso, en uno de los grandes barrios de la gran ciudad, vivía una amiga de años. Las dos se dedicaban a los mismos temas, y colaboraban muy estrechamente todo el tiempo. Como él ya entonces vivía en la ciudad del coloquio actual sobre el antropólogo, a veces la llamaba por teléfono en la noche a través del río, por larga distancia, cuando este último término tenía sentido, telefónicamente hablando. Y si el número de ella no contestaba, llamaba al de la amiga, y a veces la encontraba allí.

Cuando ella bajó con violencia la persiana antes de irse y después regresó, a último momento, el día mismo en que él se iba a la ciudad al otro lado del río, al fin contestó la amiga. En cuanto le dijo quién era, su actitud, el tono de la voz pasaron a ser directamente bélicos, guerreros. Con voz tranquila en cambio, él le dijo que quería saber si Alicia estaba bien. La amiga quedó un poco cortada, despistada: demoró en contestar que sí. Le agradeció y colgó.

-.-.-.-.-

Aplaude con fuerza y mesura a la vez, para aguantar sin que le duelan las manos. La exposición de Alicia ha sido muy bien recibida. Sólo faltan dos más, que no agregan demasiado. Cuando se va desocupando la sala ella cruza hacia la fila donde está él y le dice que tendrían que verse (“me voy el domingo”, le dice). “De acuerdo”, contesta él. Y le dice que le diga cuándo le vendría bien. Ella le explica que hoy y mañana duerme en casa de la amiga de nombre raro, lejos del centro. Pero que el sábado irá a un hotel que queda en la principal avenida, casi pegado a una de las tantas plazas emblemáticas de la ciudad. Quedan entonces en eso, pero ella agrega de pronto, inspirada, que podrían verse también mañana viernes a mediodía, ya que las ponencias se interrumpen por algunas horas. Quedan entonces en verse mañana allí y se apartan con rapidez.

Mientras camina las cuadras necesarias para llegar a la parada de

ómnibus, a través del parque, de pronto lo invade, mientras piensa en Alicia, la imagen, la voz y la onda de la última ex. Disminuye un poco el paso triunfal. Es casi la antípoda de Alicia. Tiene voz suave (puede hablar con ella por teléfono –celular– cuando se le dé la gana), y una forma de ser de la personalidad, del cuerpo, de la actitud, flexible, vegetal, múltiple. A veces, en las ocasiones incontables en que se miraron de cerca, una especie de inicio de una sonrisa le descubre apenas un muy pequeño trozo de diente entre los labios. Cuando una vez le dice que eso lo vuelve loco, ella se tapa un poco la boca con la mano, como si fuera un defecto. Hace casi un año él decidió cortar con la convivencia con ella y con la hija después de poco más de un año. "Un fracaso", reconoce. No supo encontrarle la vuelta a armar una estructura que permitiera manejar las discusiones sin estallidos de violencia, o cierta depresión sin caer casi en la catatonia. Además los dos eran buenos trabajadores bastante bien pagados, cada uno en lo suyo, y sin embargo un mal funcionamiento secreto hacía que las finanzas caseras fueran, cada mes, un calco cada vez más perfecto del Titanic ya herido de muerte por el témpano.

A esa altura de la caminata la imagen de ella ha suplantado por entero la de Alicia. Casi siempre, en estos casos, aplica la simple ciencia cotidiana, y no la interpretación, la cabeza, la complejidad. Ante todo reconoce que se aprende mucho de los fracasos. Pero es algo que detesta, así que agrega: "Qué cagada. Qué lástima". Le costó un Perú tomar la decisión, pero una vez que lo hizo esperó pacientemente un largo período para que madre e hija pudieran irse de la casa, sin aplicar presión: no estaba dispuesto ni en broma a entrar en el recuerdo de ella con una discusión monumental y violenta. Unos cuantos años después, sin que él lo sepa ahora en que camina por el parque, volverían a intentarlo, pero sin convivencia. Como si en realidad sí lo supiera por adelantado, empieza a caminar con el mismo ritmo que antes.

El día siguiente es perfecto. Sol, brisa, el agua del mar brillando más allá de la rambla. El restaurante no es ni nuevo ni viejo: parte de una cadena, tiene bien dispuestas las mesas y está bastante bien atendido. Comen y hablan, hablan y comen. Siempre se llevaron bien en las charlas. Tienen informaciones muy distintas y cruzadas, pero en una carretera semejante, de literatura, cine, ideas, más los datos veraces o chismosos sobre distintas figuras o amigos que conocen. En el lejano y corto período inicial, además, impulsados por la pasión, llegaban a niveles expresivos que, mientras los ejecutaban, sabían que nunca habían alcanzado antes. Ahora, siempre tratando de ser cortés como en cada vez que la ve, él le pregunta adónde querría ir ella al día siguiente, cuando la pase a buscar por el hotel. Ella duda, queda como una niña en una juguetería, contenta pero inmóvil, sin saber qué

hacer. Al fin, cortés, la ayuda:

—¿Punta Carretas?: hay locales y boliches casi metidos en el agua, y un shopping. ¿La Ciudad Vieja?

—¡Eso, eso! –dice ella, con la gran sonrisa.

En ese momento distintos integrantes del coloquio empiezan a pagar el almuerzo y regresar a la sala grande. Se saludan y quedan en verse en el hotel a mediodía, al día siguiente.

-.-.-.-.-

Después de que dejaron de verse por primera vez, pasaron varios años para que volvieran a hacerlo. Si piensa ahora, mientras camina otra vez por el parque, a veces se le mezclan entre sí los pocos pero a esta altura varios encuentros. El primer par de encuentros o charlas telefónicas, espaciados, fueron tanteos. Tal vez el tercero fue el que lo asombró. La llamó y ella manifestó que estaba pasando por una crisis, "pero antes contame de vos", le dijo, y él lo hizo. Después le preguntó por ella, por cómo la estaba pasando.

Ahí le dijo que estaba pensando en mudarse, y que después de años y años se había distanciado de la antigua amiga que vivía en el mismo piso. Luego siguió hablando de ella, y tratando de comunicarle el laberinto de tensiones, chismes y pasiones que había terminado de hundir la amistad. Siguió hablando de la amiga, hasta que en un momento de pausa él aprovechó para preguntarle si había tenido una relación con ella. Molesta, ella preguntó: "¿Una relación cómo?". "Qué sé yo, amorosa, de pareja". Hubo un silencio largo. Él pensó: "Cagamos. Siempre el mismo bestia". Pero al fin ella dijo: "¿Por qué me lo preguntás? Sos la tercera persona que lo hace". Se rio un poco, nervioso. "No sé, hace años que no nos vemos, te pregunto por lo que te pasa, y no parás de hablarme de ella". "Pero no, no, no la hay", interrumpe Alicia. "Para nada". Hablan unos momentos más, cortan y dejan de oírse por dos o tres años.

Hubo una bisagra: en cierto momento Alicia se mudó a otro gran barrio de Buenos Aires, bastante distinto. Estaba muy aliviada: el departamento anterior era obsequio del padre, con el que no se llevaba del todo bien, y que había muerto. Además era una zona plagada de hospitales: ambos recordaban el ruido de las sirenas de las ambulancias en la noche, toda la noche, a cualquier hora. La casa nueva era amplia, compleja, ideal para ella, para su también compleja cabeza y sensibilidad, le pareció a él. Pero no pasaron muchos años hasta que ella empezó a viajar, para hacer posgrados o dar clases, a un par de países latinoamericanos y después, directamente, a Europa, momento en que alquiló la nueva casa.

Antes hay un encuentro largo, de varias horas, en la noche, que

recuerda con nitidez. Tomaron cafés y alguna gaseosa, charlaron. Era un día medio tormentoso. Para él la gran ciudad era un paisaje, sobre todo nocturno, en aquella época (cuando no se había producido el descalabro de la seguridad) infinitamente explorable. El clima se había echado a perder, pero apenas un poco. Llovían unas gotas, paraban. Mientras hablaban pensó que la encontraba muy bella, con inflexiones quejosas, casi mimosas o de pronto humorísticas, que los hacían reír a los dos a carcajadas. Pero la ciudad, desde que la conocía, hacía muchos años, siempre parecía prometer tramos larguísimos de disfrute y aventura, y siempre los cortaba en determinado momento. Ella lo hizo como en una película menor donde la mujer mira el reloj, suspira, y dice: “Tengo que irme”.

Pagan. Salen. Se paran en una esquina cercana, donde pasa el ómnibus. Transcurre casi media hora. Se han quedado callados, rodeados de silencio. En un momento él le pregunta si le molesta que la acompañe hasta el barrio. Ella sopesa la pregunta, lo mira fijo. Empieza a mencionar la molestia de hacerlo. “No tengo absolutamente nada que hacer, ni hoy ni mañana de mañana”. Ella acepta. El trayecto, al principio parados, después sentados, le gusta mucho a él, aún hoy lo recuerda. Es casi como una película, con los techos de los autos mojados apenas por la casi lluvia, con los semáforos estableciendo su baile de verdes y rojos. Ella va callada pero tranquila, parece estar disfrutando también de la noche vacía y un poco fresca después del día demoledor de calor. Bajan, caminan hasta la cuadra donde está el primer departamento y él se detiene y le dice: “Bueno, Alicia…”, y la besa en la mejilla. Aliviada ella sonríe y se dicen que si pueden se vuelven a ver antes de que ella se vaya otra vez de la ciudad.

-.-.-.-.-

Alicia tiene un rostro poderoso, resistente. Cuando lo mira, recuerda el pasado remoto y no ha cambiado tanto. Tampoco la voz. Desconoce el secreto: seguramente su extraordinaria capacidad profesional para conseguir becas o puestos educativos en países que pagan mucho mejor que “el nuestro”, como podrían decir ambos, es un elemento. Otro, una personalidad que puede caminar por avenidas centrales o perderse por callejones reputados peligrosos, pero con extrema cautela, variación que mantiene fresca la piel y la cabeza. De hecho parte de esa combinación fue la que los unió. En el caso de él ha sabido ir labrándose lentamente una posición digamos “seria”, a pesar del gusto por el circo, la historieta y el folletín, tanto en su sentido de géneros como de metáforas de la conducta.

Antes de volver a encontrarse en la ciudad del parque, el coloquio y

la Ciudad Vieja, hubo un par de encuentros cortos en la Gran Ciudad. En cada caso no pasaron de dos horas, en bares asignados previamente, sin caminatas. También allí lo dejó contento que la voz y sobre todo la sonrisa siguieran muy parecidas, aunque con otros contenidos. Si se tiene en cuenta lo que los unió en su momento, nunca pudo obligarse a fijarse demasiado en el cuerpo mismo de ella. Vestía bien, pero sólo recordaba que el cuerpo estaba cubierto, y que no se concentró en adivinar las formas bajo las telas y los colores. Sí percibió en cambio algunas constantes a través del tiempo. En un momento los invitaron a ambos a otro coloquio. Allí se movió alrededor de ella un grupo flotante de hombres y mujeres que incluía a algunos integrantes europeos. También a algunos locales, en especial a una amiga que estaba retraduciendo ensayos de un gran nombre alemán, con orgullo y promoción propia y ajena (la de Alicia por ejemplo). En un momento salieron todos los integrantes caminando hacia una pizzería o restaurante por la Avenida Corrientes. Al caminar un poco retrasado, pudo ver que el grupo la rodeaba (y se rodeaban entre sí) como una gran bandada de aves unida por lazos que ni ellos mismos conocían, tal vez más fuertes que los que sí conocían (la profesión, la amistad, los vínculos). Sabía muy bien que tales grupos salvaban tanto como sofocaban en determinadas circunstancias. Pero lo de él, claramente, no era el uso y abuso de la experiencia.

Algo semejante sucedía en el momento en que se conocieron. Cuando tuvieron su rápido cuarto de hora pasional, se relacionó con todos ellos y algunos fueron amigos de años, aunque no llegaba a verlos así, tan claramente como hoy, como integrantes de una raza de aves semejantes que trataban de protegerse, o al menos de alivianar los golpes o depresiones. Sonríe mientras sigue caminando. Lo tranquiliza saber que ella, a pesar de sus pozos depresivos muy personales que conoció y supone como entonces escasos pero persistentes, se ha labrado con emociones, cariños y fastidios un grupo que la acompaña, que la sigue y al que ella sigue alternativamente. Le gusta que le vaya bien. Cuando intercambian mails de vez en cuando llega a soltar hasta carcajadas por el modo en que ella cubre hasta la menor partícula de información personal, como ocurrió en aquel entonces. Se explaya en cambio si se trata de alguna queja particular. Como la dispersión que a veces la problematiza en sus actividades profesionales, complicándole la concentración y los plazos de entrega.

-.-.-.-.-

El hotel es mediano, en todo sentido. Tiene algunas banderas colgadas sobre la entrada. En la recepción la llaman y le avisan que está en el cuarto, y que ya baja. Son pocas cuadras hasta la Ciudad Vieja, y

deciden hacerlas caminando. Es un sábado ventoso, entrenublado. El viento tiene ráfagas violentas, y los manchones cambiantes de sol complican la percepción: no se sabe del todo si es un día de buen o de mal clima. En todo caso hay que emplear un vigor especial para oponerse al viento (que sopla en dirección contraria a la que llevan). Para él es una experiencia cotidiana. La han llamado a veces "La ciudad de todos los vientos", y no hay duda de que es un apodo justificado. Con tantos años viviendo en ella, él agregaría otro: "La ciudad de los inviernos infernales", pero nunca lo ha hecho por escrito.

Mientras avanzan las cuadras, que parten de una plaza, atraviesan otra con una vistosa estatua con gauchos cimarrones peleando en sus caballos, para llegar a la plaza principal, que de hecho da comienzo a lo que antes era la Ciudad Vieja, hablan como pueden. Un par de veces las ráfagas parecen querer arrancarles de las manos lo que llevan: ella una cartera cuadrada grande, que vuela y se sacude como si fuera de papel, y como si no tuviera algún libro y papeles adentro; él su propio saco negro de traje liviano, que tiene que apretar fuerte contra el pecho para que no se despida volando de su cuerpo. Una y otra vez se ríen. Ella a su vez le hace preguntas por diversos detalles del camino. Le cuenta por ejemplo el origen de la estatua de los gauchos, inventando un poco.

Cuando están a menos de una cuadra de la gran plaza final, ella despliega la sonrisa al ver que cruzando la última calle hay una mezcla de ciber-café y locutorio internacional. Tiene que hablar por teléfono con una alumna de Buenos Aires, le explica, para avisarle bien la hora en que se verán el lunes. No dice sólo eso: explica además que la está protegiendo de diversos riesgos… y la explicación se pierde un poco, cubriéndose. No alcanza a distinguir si se trata de una alumna a secas, o de una alumna, por así llamarle, de doctorado. De hecho la multiplicación en los últimos años de doctorados para aumentar un curriculum vitae laboral o académico se ha vuelto tan intensa que le ha perdido por completo la pista a su importancia relativa.

A todo lo que ella le comenta él agrega: "Claro", "Por supuesto", o un meneo de cabeza positivo. De hecho cada vez que han caminado se le produce una disociación. No puede evitar, como varón que es, esperar algún atisbo de lo que ella piensa o siente del pasado lejano, cosa que nunca se concretó en ningún formato verbal o comunicacional, y se fue alejando como uno de los incontables papeles arremolinados por el viento en las esquinas de ese día. Por otra parte de manera inevitable, natural, ha elaborado una actitud entre distante y preocupada, casi profesional, pero férreamente discreta, ante la vida de esa mujer a la que ve con saltos a veces de

varios años. Es, casi, un canciller, o un edecán, pero de muy buen nivel, de un nivel, digamos, narrativo más que puramente burocrático o diplomático. Como se conocen desde hace tanto tiempo, muy de vez en cuando (uno de cada tres encuentros) ella está hablando (o ha escrito) de algo concreto y él de pronto le hace una observación atinada, personal, al grano.

Recuerda que una vez, por ejemplo, ella le comentó con voz demolida, quejosa, que no tenía ganas de trabajar. “Y vos me contestaste” le comentó un largo tiempo después, en un mail: “Por ahí estás descansando”, porque siempre la veía dándose manija con los atrasos y las cantidades de trabajo. Se lo había dicho al barrer, pero ella todavía lo recordaba.

Entraron al local, que era complicado: tenía las casillas con computadoras y con teléfonos ocupando casi todo el espacio interior. Se quedaron unos instantes desorientados, hasta que localizaron la cara del encargado, que estaba metido en uno de los espacios, apretadamente. Alicia le dio el número, y esperó la llamada en un aparato que estaba en realidad fuera de las cabinas. Al fin sonó, y levantó el tubo.

La conversación fue larga, y enrevesada. Salió una voz de Alicia que desconocía, o que al menos había escuchado quizás hacía tanto tiempo que no la reconocía. Le pedía a la alumna disculpas en cadena entremezcladas, por pasar la reunión a un día después. Para hacerlo adoptaba una actitud casi servil, un poco desajustada, porque era en realidad la profesora, y la otra mujer su alumna. Otra vez él se desdobló. Pensó por una parte que se sentía satisfecho de que no empleara con él, en los últimos encuentros y sobre todo en este último, que venía siendo prolongado, ese tono tan fabricado, tan poco ajustado a la propia Alicia. “Plañidero”, se dijo, con precisión de edecán. Y sonrió. La voz siguió sonando unos minutos más, y al fin colgó. El rostro estaba distendido: había descargado su probable culpa, y de inmediato recobró la voz normal. Pidió pagar, se detuvo un momento ante la puerta de vidrio que dejaba ver los diversos objetos pequeños llevados por el viento, y con una sonrisa lo invitó:

—¿Seguimos?

Hicieron la media cuadra que les faltaba para la plaza. Se detuvieron por el semáforo en rojo y fue el turno de él:

—¿Nos animamos? –le preguntó haciendo un gesto de la cabeza hacia la plaza, que tenía dos cuadras de extensión, con la gran estatua ecuestre del prócer nacional en el medio, y debajo su sepulcro.

Ella lo miró desorientada:

—Claro –dijo–. ¿Por qué no?

—Es cierto –dijo él, en el momento en que la luz verde los habilitaba.

Cuando habían recorrido unos veinte o treinta metros ella comprendió. No había atajo alguno para, como decían los informativos de la ciudad, las violentas "ráfagas arrachadas", que los golpeaban sin orden ni concierto, desde cualquier dirección. Alicia rio, casi entusiasmada, y aferró la forma cuadrada de la cartera con toda la fuerza que pudo. Lo mismo hizo él con el saco. El viento les dio pocos respiros mientras cruzaban la enorme extensión de grandes baldosas. Los golpes fugaces del sol entre las nubes seguían negando la idea de un día directamente malo. Fue un avance bastante lento, aunque no por decisión sino por necesidad. Cuando al fin llegaron al otro lado, jadeantes, habían arribado a la famosa "Puerta de la Ciudadela". El lado que miraban no tenía nada de especial: era una gran puerta de entrada, como cualquier otra. Pero cuando la pasaron ella vio con asombro el otro lado con la verdadera puerta de la Ciudadela: viejísima, gastada, casi ruinosa pero cuidada, módicamente ancestral.

Como en una época la Ciudadela a la que pertenecía la puerta era el límite no sólo de la pequeña fortaleza en que había empezado la Ciudad Vieja, sino un poco después también la puerta de la ciudad misma, la idea de poner las dos caras (la moderna y la antigua) pegadas había sido buena, uno de los tantos aciertos de los locales en la promoción tal vez inconsciente de una mitología de la ciudad. Él sabía, por una nota que había tenido que hacer, que había funcionado entre 1780 y 1879, momento en que fue totalmente demolida. Era la única entrada a la zona, y estaba muy cercana del emplazamiento actual, que acababan de cruzar y daba acceso a la calle Sarandí, que seguía hacia nuevas plazas y lugares fundacionales. En realidad la puerta antigua de la Ciudad Vieja era y no era la puerta original. Había dado vueltas por distintas zonas de la ciudad, y cuando al fin decidieron emplazarla allí donde estaba, en 1959, tuvieron que rehacerla, y sólo quedaban hoy algunas piedras originales de su base, y algunos otros fragmentos auténticos.

No bien cruzaron las dos manos de tránsito que la flanqueaban y entraron en la primera cuadra de la calle Sarandí, el viento amainó un poco, aunque siguió siendo intenso. De todos modos los dos estaban a la vez vigorizados y demolidos por el trayecto no tan extenso desde el hotel. Era como si hubieran hecho una buena cantidad de piletas largas de natación, o trabajado como leñadores. Pero en la primera cuadra ya se habían recobrado lo suficiente. Alicia avanzaba mirando, le hacía alguna pregunta. En el estilo edecán, él avanzaba un paso atrás, atento, contestándole.

En su versión actual, la Ciudad Vieja estaba muy mejorada en sus líneas centrales, por ejemplo la calle que habían empezado a recorrer. En otros tiempos, en cambio, una especie de manto de desgaste y

pobreza cubría gran parte de la zona que, sin embargo, era una especie de depósito entre cultural e histórico: el Teatro Solís, el Cabildo, la Catedral, la vieja Aduana, el Museo Romántico, la casa natal de Artigas, la Torre de los Panoramas de Herrera y Reissig, el Palacio Taranco.

En cualquier otro día, menos ventoso, quizás habrían recorrido algunos de esos sitios. Pero esa vez se dedicaron sólo a la calle Sarandí. Habrían ido, incluso, a comer al famoso Mercado del Puerto, parte de esa Ciudad Vieja Nueva con un toque de modernidad a la española socialista, rápida y eficiente. Él mismo prefería algunos aspectos de la antigua. Por ejemplo, había invitado a una escritora de la Gran Ciudad a comer una paella memorable en uno de los restaurantes, y le había advertido: "Hay que esperar media hora, pero es exquisita", y la paella había sido servida en quince minutos, recalentada, una especie de *fast food* de cierto nivel.

Aquel día, en cambio, y a pesar del desgaste de energías de las cuadras recorridas, ninguno de los dos tenía demasiada hambre, ya a comienzos de la tarde. Llegaron a la Plaza Matriz, donde estaba la Catedral, y él le pidió que se acercara a la fuente central, para mostrarle una serie de estatuas de bichos góticos, casi lovecraftianos, mezcla de aves y monstruos. Sin entrar a la Catedral, le contó también sobre las tumbas grandes, pesadas de varios personajes históricos, incluidos algunos obispos. En ángulo, al otro lado de la plaza, se alzaba la presencia más moderna de un McDonald's, y en el centro de la calle peatonal, una heladería.

A esa altura habían accedido a una especie de trance mutuo, alimentado por el clima de variación permanente. El cielo se había cubierto un poco más, aunque no obturaba del todo el paso de ramalazos soleados. Él sabía que no podían descartarse ninguna de las dos cosas: ni un brusco chubasco que le diera cuerpo a las pocas gotas aisladas que les habían pegado en las dos últimas cuadras, ni un giro brusco a día de sol, con un atardecer espectacular sobre el mar. Se daba cuenta de que Alicia estaba un poco cansada. Sabía en cambio que un edecán jamás se cansa. Así que de pronto sonrió un poco. Apartó de su espíritu cierto fastidio que siempre le provocaba la Ciudad Vieja Nueva (que muchos años después se convertiría en la zona de la ciudad más controlada por cámaras de vigilancia) y le comentó con una voz tranquila que podían ir, si es que todavía no lo habían cerrado, a un bar que quedaba cerca, en una esquina, tal como era en los viejos tiempos.

—Sí, quiero –dijo ella, asertiva–. Vamos.

Si hoy mismo tratara de ubicar la esquina donde estaba el bar, o café, no podría confirmarlo a fondo. Porque no muchos años después de aquella caminata sacudida por el viento, fue al fin cerrado, y luego

demolido en parte, y reemplazado por otro local, totalmente anónimo y encuadrado en la modernización un poco de medio pelo de la Ciudad Vieja. Así que no sabe, hoy, si caminaron una o dos cuadras hacia el fondo de la calle (cerrada por la última plaza de una larga serie). Era sobre la vereda izquierda, antes de cruzar. Uno subía un escalón y la puerta, un poco floja, se abría al ser empujada.

-.-.-.-.-

Él había ido pocas veces en los últimos años. Sin embargo hacía mucho, un par de décadas atrás, era un local bueno, aireado, de funcionamiento dinámico, que se contaba entre los mejores lugares de la ciudad entera para comer sándwiches de miga. Los materiales eran frescos, uno saboreaba tanto la manteca como la anchoa, o el jamón crudo, o el queso, con gran placer.

En cambio ahora, al abrir la puerta, dándole el paso a Alicia, lo deprimió un poco el silencio extremo, las mesas vacías y sobre todo algunos detalles específicos que recordaba de la última vez (unos meses atrás). Las mesas seguían teniendo cada una un mantel blanco, pero cuando uno se sentaba descubría que la tela era quebradiza de tan vieja, y que en más de un punto tenía quemaduras de cigarrillo. Seguramente brasas caídas de los ceniceros comunes, industriales, que se veían en cada lugar.

Alicia, en cambio, se quedó parada, en una especie de encantamiento, como si temiera romper algo delicado, en suspenso, que la rodeaba. Lo miró a los ojos, desalojando al instante la idea metafórica de presidenta o reina, y de edecán, e instalando la de viejos amigos que en realidad eran. Prácticamente con unción, predispuesta a la posibilidad de una contestación negativa, le preguntó:

—¿Nos podemos sentar y tomar un café?

Por una vez la sonrisa amplia, luminosa, fue de él:

—Claro, claro.

La pregunta no era absurda. No se veían mozos cercanos, ni detrás de los mostradores. Pero se ve que estaban y bien atentos, porque en cuanto se sentaron él alzó la mano y una figura alta y delgada, de paso un poco vacilante, se corporizó en el fondo del local. Era un mozo, con una bandeja metálica grande y redonda, dorada, gastada, que le colgaba del brazo.

Fueron directos y sencillos: pidieron dos cafés. El mozo partió y volvió a fundirse con el fondo.

Cuando llegaron los cafés, Alicia le agradeció explícitamente en voz alta al mozo mientras los depositaba sobre el mantel blanco fosilizado por el tiempo, y el cuerpo alto y delgado le devolvió las gracias con una reverencia a medias pero elegante, que instauraba entre los dos, o

los tres, otra época, incluso anterior al esplendor de los sándwiches de miga. La repitió más breve, a medias, mientras caminaba hacia atrás para irse, sin dejar de mirarlos, y se esfumó.

Observó a Alicia mientras tomaba el café a pequeños sorbos, uno tras otro, pausados. "Esa boca", pensó, y sonrió. De pronto ella se desconcentró de la tarea y lo miró.

—¿De qué te reís? –preguntó, sonriendo también.

—De nada, de nada –dijo, sorprendido como un ladrón. Las palabras eran una fuga, una disculpa, se dio cuenta. Así que agregó–: De satisfacción. –Ella aumentó la sonrisa. Y él, sabiendo que las palabras no alcanzaban para los matices, para los rasgos generales, para nada, alzó un brazo e hizo un gesto amplio, que los abarcaba a los dos y a la decadencia de las mesas y los manteles. Ella aumentó la propia sonrisa, se encogió un poco, como de placer, y, sin poder evitarlo, dejó el pocillo y estiró los dos brazos, con los dedos entrelazados, como si se desperezara. Él no dijo nada. Dejó que el cuerpo se destensara, y la mano volviera a tomar el pocillo. El momento había pasado, como si se hubiera expuesto en una combinación matemática, con todo lo necesario.

En cuanto terminaron de tomar el café los dos, se sintieron empapados, casi mojados por el silencio del bar, que se había reconstruido como una superficie de líquido lisa, tersa, que no dejaba adivinar qué podía estar circulando por debajo. No sólo sabían que afuera seguía soplando el viento, indómito. Oían además las ráfagas, y los rebotes de los papeles o pequeños objetos que arrastraban. Él se dio cuenta de que el largo trayecto contra el viento le había como agotado los pequeños músculos alrededor de los ojos. En el mismo momento en que lo pensaba la boca se le abrió en un bostezo enorme, que no parecía terminar de abrirse del todo. "Me contagió Alicia con su estirada", pensó, lógico, metódico. Mientras la boca se le volvía a cerrar, sintió que le brotaban apenas un par de lágrimas en la punta de los ojos. Se llevó la mano a ellos y los frotó. Después apoyó las manos en el mantel. Alicia sonrió.

—¿Estás demasiado cansado? –preguntó en voz muy baja, como si pudiera despertar a alguien.

—No, no –dijo él sacudiéndose un poco–. Estoy bien.

Volvieron a quedar en silencio. La expresión de Alicia se había vuelto despierta, despejada, la de siempre.

—Es un lugar hermoso –dijo.

—Sí –dijo él, asertivo. Se prohibió hacer cualquier comentario irónico. Era sábado, habían caminado con una vieja amiga con la que habían tenido una breve relación en el pasado. Sin que pudiera evitarlo, se había creado una especie de burbuja a lo largo del día. Sabía que recordaría a medias los dos días anteriores, salvo momentos

puntuales, pero que tal vez no olvidaría durante años ese sábado que iba transcurriendo en la Ciudad Vieja. No dijo más nada, se sentía cómodo, sentado y callado. Al parecer Alicia también. Dejaron pasar diez, quince minutos.

Al fondo del local un movimiento indicó, si se miraba bien, que el mozo había vuelto a corporizarse, inmóvil. Apenas se le distinguían los ojos a lo lejos. Decidió recobrar el papel de edecán. Alzó un brazo e hizo el gesto de hacer la cuenta. La cabeza alargada asintió casi solemne. Unos minutos después traía el ticket, lo pagaban y salían de nuevo a la calle ventosa.

-.-.-.-.-

Ha acompañado a Alicia hasta el hotel, incluso ha dado algunos pasos dentro del vestíbulo, pero se ha detenido.

—Alicia –ha dicho. Y Alicia se ha dado vuelta, con una amplia sonrisa, y lo ha mirado. Después se acerca un par de pasos.

—Llegó la hora de la triste despedida –le dice, entre sonriente y seria. Es el tipo de frases hechas que usa el modo de ser argentino para alivianar los momentos de despedida, nostalgia o tristeza. Ahora los dos sonríen, se besan en la mejilla y mientras ella espera ante el ascensor, con la cartera cuadrada apretada contra el pecho, como si siguiera el viento, él sale de nuevo a la calle a enfrentar las ráfagas.

Camina solo, mucho más caído hacia adentro, aunque con una especie de periscopio flotante que observa el viento, los papeles, las veredas de la principal avenida, los autos que debe tener en cuenta en cada cruce. Piensa en el día, en el clima típico de un sábado de otoño o de invierno de la ciudad. A menudo esa forma de pensar se vuelve un poco enroscada, circular. Y a la vez automática. Por otro lado lo despega del entorno, le da energías: los pasos se suceden rectos y seguros, impulsados cada vez por el talón y la punta del zapato, aunque, teniendo en cuenta la infinita cantidad de veces que ha tropezado y trastabillado o incluso caído espectacularmente (con la limpieza de un doble de cine), un borde del periscopio flotante supuesto trata de captar los desniveles innumerables de las veredas, la altura exacta de los cordones, los rebordes de alquitrán arrugados de alguna calle lateral. Por dentro se concentra apenas fugaz, por ejemplo, en el locutorio donde estuvieron para que ella hablara con una alumna que está al otro lado del río. También, deja que aparezca un poco más de tiempo (porque ya ha entrado en él unas cuantas veces), el local de McDonald’s frente a la plaza de la Catedral, recorriéndole de memoria con la mente la planta baja y el primer piso. En cuanto empieza a aparecer un cuerpo femenino sentado que conoce, con el que estuvieron allí, se retira: no quiere verlo, tropezar

le sería mucho más fácil. Cuando cruzó el parque, hace dos días, apenas le hizo más lenta la marcha, pero ahora va más rápido. La duración de cada vuelta de imágenes es variada, sujeta solo al azar de la cabeza que la usa.

Ha decidido regresar caminando a su casa. Son unas cuantas cuadras. De modo que en algún momento modera un poco el ritmo. El raciocinio, prácticamente obliterado, como siempre, por esas incursiones curvas sobre cosas muy distintas, a veces casi inmediatas, otras veces muy lejanas, en el espacio y en el tiempo, reaparece de pronto para hacer su aporte: tiene que moderar el ritmo. “Así no te cansás tanto”, proclama, hablándole a él. Sin darse cuenta, mientras sigue, hace un leve gesto de asentimiento con la cabeza, como si le contestara, como si, sin darse del todo cuenta, aceptara su opinión casi de madre.

No tiene conciencia real de si este proceso suele ser común, repetido. A veces sí, y a veces no, decide. Sabe que lo ayuda a caminar. Y que mientras el cuerpo se mueve toca cualquier momento de las horas anteriores y lo relaciona con cualquier momento de cualquier época y lugar, tanto vivido como contado por otro, como leído, incluso como imaginado alguna vez, en algún lugar. Cuando llega a la que llaman Plaza de los Bomberos la cruza en diagonal. A esa altura las ráfagas han disminuido. Juguetea con la frase de Alicia: “llegó la hora de la triste despedida” se repite, con una sonrisa aviesa. Y busca una frase local equivalente, que pudiera servir para lo mismo: soportar un corte del fluir. No recuerda una frase hecha, recuerda una línea de un poema viejo: “y al pie”, recuerda, “mugió una vaca para el fin del mundo”. De pronto toma conciencia plena de las palabras, y lamenta no haberla recordado en el momento de la frase de Alicia, para presentársela como contrapunto.

Termina de cruzar la plaza y aprovecha la ausencia de automóviles para seguir cruzando la calle, aunque el semáforo no haya pasado a la luz verde. Camina con un poco más de velocidad. Le faltan alrededor de ocho o nueve cuadras para llegar al departamento. En los labios se le instala apenas el comienzo de una sonrisa: es el día perfecto para hacerlo y piensa que verá y escuchará en Youtube otra vez (y otra… y otra…) “Blue Monk”, de un cuarteto que tuvo Thelonius Monk en el 66 y con el que actuó en vivo en Dinamarca y Noruega. Es el que está mejor grabado (en especial la versión completa del concierto) y el que tiene el grado de sonoridad y velocidad exacto (ha escuchado varias versiones más, a lo largo del tiempo), en blanco y negro.

Pero no son sólo esos los motivos. Cada vez que lo ve (dura entre diez y once minutos) lo sorprende e hipnotiza la combinación perfecta de las caras y los cuerpos de cada músico negro: el baterista más bien tranquilo, el contrabajista con cara de sepulturero negro con grandes

lentes, y en particular el saxofonista, que se mueve con precisión y a veces una mezcla sutil de sufrimiento medido y responsabilidad: una especie de saxofonista paradigmático, alguien que maneja un instrumento complejo, metálico, de formas sensuales pero también mecánicas. Aparte está Monk, que toca el piano como nadie lo ha hecho ni antes ni después, con una mezcla de suavidad y violencia, en particular con bruscos movimientos de la mano, siguiendo el ritmo. Como en muchas otras ocasiones, tiene la cabeza recubierta por un gorro de lana. Es claramente el que guía, el que marca las entradas y salidas. Cada imagen de cada músico tiene en esta filmación (muy definida, con combinación impecable de planos medios y primeros planos) la nitidez de un cuadro de cómic de algún buen dibujante.

Hace lo que hace casi siempre en este trayecto. Llega hasta la calle Tristán Narvaja y la toma sin aminorar el ritmo. El día, que se encamina hacia un atardecer bastante tranquilo después de tanto estruendo y violencia, empieza a caer. Pasan las cinco de la tarde, piensa muy consciente, y la luz de la ciudad empieza a aflojar la temperatura, incluso en un día como hoy, en que fue más bien baja (por debajo de los dieciocho grados, y ahora de los quince, bajando). Está satisfecho de haber visto a Alicia. Sin poder evitarlo, le hace un saludo mental a la última ex, por haberle avisado. Y de inmediato se retrae, como cuando entró mentalmente al McDonald's. Otra vez el recuerdo le hace aminorar el paso, y exhala, al casi detenerse, un suspiro profundo. Algo en la ruptura de la convivencia, aun viéndose como se ven, con frecuencia, lo hace sufrir. Se obliga a acelerar. No permitirá que eso ocurra.

Piensa otra vez en Thelonius Monk y sus músicos. Él quisiera hacer algo así con las palabras, sin saber si le alcanza la capacidad. Algo que alguien tomara en el futuro y repitiera una y otra vez, hipnotizado, advirtiendo que lo que ve o lee se modifica sutil o brutalmente en cada nuevo contacto. Ha visto ya tantas veces el tema de Monk, solo o en la versión completa del concierto, que lo recuerda a la perfección. No el sonido, que necesita estar presente, sino las imágenes. Los pies de Monk calzados con buenos mocasines y moviéndose con el ritmo. Y la mano derecha provista de un anillo grande, barroco. Mientras toca como sólo él puede hacerlo, con las manos que se cruzan en ángulos insólitos, el anillo se le va corriendo lentamente alrededor del dedo. En ese momento la toma es cercana y las manos y el anillo se ven perfectamente. La música nunca falla, los dedos de Monk la persiguen por el teclado con movimientos veloces que parecen a punto de errar y nunca lo hacen. Pero a la maravilla suspendida del ritmo y la melodía que se persiguen, se le suma ahora otro suspenso evidente: en algún momento la piedra del anillo, que por su propio tamaño y peso ha ido deslizándose alrededor del dedo, pegará contra las teclas con un

sonido metálico. En el momento mismo en que eso va a pasar, la otra mano de Monk, sin perder ni por una décima de segundo la continuidad de la música, lo acomoda con un gesto rápido.

De pronto Monk se para, y se aparta un poco. Hay dos cosas que hace como nadie: tocar el piano y pararse, quedándose con un leve balanceo, a la espera, casi rebotando levemente sobre cada pie, un movimiento que crea una leve pero decidida inquietud en quien lo mira. El baterista cumple con discreción y profesionalismo. Comparado con los otros tres sería casi un hombre común. Pero con seguridad si él no estuviera, el cuarteto saltaría por los aires. Monk se sienta al piano, hace su propio solo. Después se para, se queda mirándolos como un *bystander*, a los dos: primero le toca al contrabajista. Se le acentúa al extremo la semejanza con un sepulturero: alto, se agacha un poco sobre el instrumento, las cuerdas suenan graves, golpeadas, mientras la cara se le agranda detrás de los anteojos, como si estuviera ocultando un secreto espantoso sepultado en uno de los entierros a los que ha asistido. Después cierra los ojos, en la expresión eterna de la inspiración: pega y pega contra las cuerdas, en la mano derecha puede verse un anillo tan grande como el de Monk, pero está bien puesto: no gira de a poco alrededor del dedo. Entre una nota y otra, le toca al baterista. El solo transcurre, simplemente. Sigue y sigue, y de pronto el saxofonista pasa delante de él y de la cámara, como un tren o una pared, porque no se le ven ni la cara ni los pies: se mueve para hacerse cargo. Fuera de cuadro, Monk ha vuelto al piano (a veces lo hace como si se acordara de pronto), tocan todos, el tema termina, se detienen. El saxofonista queda preocupado, concentrado en otra cosa, interna y por lo tanto lejana, y pasan al tema siguiente. Al quedarse todos quietos por un momento sobresale el carácter de grupo dedicado a un entorno o una actividad dura: un conjunto de presos, un grupo de mineros del carbón, una pandilla de ladrones a la vez especializados y básicos, un cuarteto de jazz negro.

-.-.-.-.-

La calle Tristán Narvaja termina de golpe una cuadra después del puente (esa calle pasa por debajo), prácticamente se incrusta en la avenida sobre la que queda el departamento. Cuando termina la vereda, el espacio se despliega, y a dos cuadras (otras dos cuadras pegadas, al menos en la vereda donde está su casa desde hace tanto tiempo) se ve el edificio robusto, sólido.

Otra vez sonríe, entre agradecido y escéptico. Vive de nuevo allí, en este momento, solo, en el gran departamento alquilado hace más de tres décadas y media, donde convivieron con la hija, después la hija

sola, después con la última ex y su hija, después él con la hija y su nieto, por unos meses. Sí, se dice, concentrándose en el presente: otra vez… otra vez… otra vez Monk. Siempre lo carga de energía, elabora un mundo que dura entre diez y once minutos y que sintetiza mucho de lo que para él es el mundo a secas. En tercera, no es consciente de nada. Pero como es lógico, el momento de la escritura, ahora, es muy posterior al de los hechos. Es muy posterior también a la cuadra de Belgrano donde lo esperó en algún momento de su vida un libro de Peter Handke para después quedar repetido también, una y otra vez, y ser macerado, analizado, sentido hasta descubrir su importancia en su lista de autores.

En algún momento entrará en su recuerdo, en su memoria, en la trama de las neurociencias, tal como se estila decir tanto tiempo después, mientras escribe en tercera, la cara de un abuelo japonés cercano a la demencia psicótica y la figura emblemática, intensa y esplendente de una nieta que procura no enfurecerlo más de lo estrictamente necesario.

Si ahora tuviera que ubicar con exactitud cada uno de los tres momentos en relación a los otros dos, no sabría bien cómo hacerlo. El tercero es la feria de Frankfurt, en segunda, entre circense y germano. En otros tiempos se enorgullecía de su capacidad para soportar la soledad. Pero el tiempo lo ha ido cambiando, en particular la última ex, pero sobre todo la edad, que lo ha dulcificado, distendido, porque se ha dado cuenta de que la atención, a esta altura, depende en su penetración de ese afloje, en vez de tensarse para ser eficaz, como en otros tiempos y edades.

En lo masculino siempre hay un nerviosismo o malestar ante esas distensiones y “renuncios”, adjudicados a menudo a lo femenino. Hace muchos años, y durante muchos años, había pensado en hacer un libro implacable pero a la vez lírico, ácido, agresivo. Se lo había hecho recordar ahora un cruce del río en Buquebus, no muy distante hacia el futuro de este sobrevuelo final de la ciudad donde vive. Por una vez le había tocado uno de los barcos grandes, que incluía además de los asientos normales mesas con cuatro sillas que podían ocuparse. En la misma mesa que él viajaba una pareja que lo atrajo: había un reparto emblemático de imagen, donde el varón era claramente el que se movía con seguridad, con experiencia. Hacía sospechar un poco la extrema definición de la cara (con una barba minuciosamente recortada por un peluquero), el peinado (ídem), sus gestos, asertivos, seguros. La mujer en cambio se adhería con extraordinaria fidelidad al papel de mujer joven, actuadamente sumisa, maravillada por su pareja.

Como estaba sentado casi al lado los observaba con miradas breves, mientras el diálogo y los gestos de los dos iban como creciendo hacia

una culminación. De pronto la culminación se produjo, y quedó estupefacto. Consistió en que el tipo extrajo de algún lado un palo corto rojo y metió la cámara digital allí, y sacó no una sino varias *selfies*, esas fotos de total esplendor narcisista. Las caras, que venían instaladas en un torbellino de entre amor y percepción aguda, sonrieron de pronto, fijas en una pose casi publicitaria, en la primera. Después se besaron espiando de reojo, después cambiaron de ángulo. En cada caso aprovechaban para mirar cómo había salido cada foto y los rasgos se les iban ablandando en una especie de orgasmo consumista, liso, aplastante.

"Cretinos", pensó. "Por Dios, qué par de pelotudos". No pudo evitarlo. Y de pronto lo invadió aquel viejo proyecto, el libro que registraría todo ese tipo de momentos que lo volvían crítico, duro, enojado, si se quiere masculino al viejo estilo. Recordó el título que le habría puesto: *Disidente*, porque se opondría a todo lo obvio. Eran otros tiempos, había Internet y aparatos digitales pero todavía no *selfies*. Mientras cruza en diagonal hacia su edificio se pregunta "¿cómo se me fue, cómo lo perdí?". Porque sabe que ahora no podría escribir el libro. En el medio estuvo el misterio a la vez leve y profundo de la última ex, aflojándolo, educándolo, en un proceso que no podría agradecer lo suficiente.

Mete la llave en la cerradura y empuja. Sube los tres escalones, pero tiene que volver. Porque el cerrador automático de la puerta, cuando hay viento como hoy, se detiene antes de cerrarla. La empuja con la mano, oye el clic.

Repite los movimientos en el cuarto piso. Entra al living, mientras empuja la puerta para cerrarla. Mira la ciudad por la amplia ventana, en el otro extremo. Cae ya del todo hacia la noche la tarde donde se desarrollaron tantas cosas a la vez mínimas y bastante inolvidables, como lo irá sabiendo con el paso del tiempo.

Entra al pasillo, sin prender la luz. Llega a la cocina. Lo inunda una energía pareja, ahora equilibrándose paulatinamente al sentirse rodeado por el departamento, por la casa, por su casa, aunque el dueño sea otro que él. Abre la puerta de la heladera y saca una botella de agua grande. Está a punto de tomar del pico pero menea la cabeza. Todas las últimas tres o cuatro cuadras estuvieron cruzadas lateralmente por conciencias diversas, y el proceso sigue ahora. Se da cuenta de que es más civilizado y tranquilo tomar un vaso que está sobre la mesada, servirse, cerrar el tapón de plástico.

Toma el agua y lo asombra que no baja el vaso en seguida. Sigue, casi lo termina. La energía se expande quemándose a sí misma, y hace un buen tiempo que no la repone. Digamos, se dice, piensa, desde que salimos del bar. "Estoy sediento", reconoce. Al salir de la cocina y pasar una puerta que da a un pasillo corto, está en el centro mismo del

departamento. “El reino propio”, piensa, ahora que vive allí solo. Se ha dicho frases semejantes, entre serias e irónicas, satíricas, numerosas veces. Sabe vivir solo, pero también sabe que hacerlo implica a veces, a menudo, hablar solo. Esta vez sólo ha pensado, suspendido en cuanto a la dirección que tomará a partir de esa puerta.

De hecho sabía lo que haría. Es curioso, pero no tiene deseos de orinar, así que pasa de largo junto a la puerta cerrada del baño. Abre la puerta del dormitorio principal, que ocupa toda la esquina del edificio, con tres ventanas que siguen la curva de la pared, abiertas, que inundan de luz anaranjada el cuarto, mientras atardece. Y una puerta que da a un balcón, casi siempre, como hoy, con la persiana baja.

La hace fácil. Camina hasta el borde de la cama de dos plazas, se sienta y se saca los zapatos. Después se para y se saca los pantalones, y el pulóver pesado de arriba. Se sienta de nuevo y con un sólo giro del cuerpo se mete debajo de las sábanas y cobijas. Queda acostado de espaldas, respira profundo. Al fin está quieto, inmóvil, con la respiración cada vez más tranquila, rodeado por el resplandor anaranjado. Aunque siente que está fresco definitivamente, a la vez el resplandor lo hace sentir cálido por fuera. Las dos sensaciones se cruzan y se mezclan, y de a poco se entrega, duerme barrido sin embargo por ráfagas ahora sólo internas, de todo lo que ha pasado en el día y en otros tiempos y espacios. No lo piensa porque ya está a medio dormir, pero sí se siente progresivamente integrado a algo que nunca supo qué es: un lago al que cae con plena aceptación. Duerme.

Elvio E. Gandolfo nació en 1947 en Mendoza, pero creció en Rosario. Narrador, poeta, traductor, editor, periodista y lector incansable. Publicó más de una decena de libros, la mayoría de cuentos, pero también novelas, poesía y ensayos. Algunos de ellos son: *La reina de las nieves* (CEAL, 1982), *Boomerang* (Planeta, 1993), *Ferrocarriles argentinos* (Alfaguara, 1994), *Cuando Lidia vivía se quería morir* (Perfil, 1998), *Ómnibus* (Interzona, 2006), *The Book of Writers* (Caballo negro, 2010), *Cada vez más cerca* (Caballo negro, 2013), *El año de Stevenson* (Iván Rosado, 2014), *La mujer de mi vida* (Letra sudaca, 2015), *Vivir en la salina. Cuentos completos* (Caballo negro, 2016), *Mi mundo privado* (Tusquets, 2016) y *El libro de los géneros recargado* (Blatt & Ríos, 2017).

Como editor y periodista, dirigió junto a su padre la revista literaria *El lagrimal trifurca*, y colaboró en diversos medios escritos: *Diario de Poesía*, *V de Vian*, *Página/12*, *Clarín*, *La Nación*, *Noticias* y *El País Cultural* (Uruguay).

Actualmente vive entre Montevideo y Buenos Aires.

Gandolfo, Elvio E.
Los lugares / Elvio E. Gandolfo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Blatt & Ríos, 2018.
Libro digital, EPUB

Archivo digital: descarga y online
ISBN 978-987-3616-93-8

1. Narrativa argentina. 2. Novela. I. Título.
CDD A863

© 2018 Elvio E. Gandolfo
© 2018 Blatt & Ríos

1ª edición: marzo de 2018
1ª edición digital: abril de 2018

Diseño de cubierta: Nacho Jankowski | www.jij.com.ar
Fotos de cubierta: Ignacio Fanti

Producción de eBook: Libresque

blatt-rios.com.ar
facebook.com/BlattRios

eISBN: 978-987-3616-93-8

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin permiso previo del editor y/o autor.

Otros títulos de Blatt & Ríos disponibles en eBook

Los sueños no tienen copyright
Cecilia Pavón

Yo era una mujer casada
César Aira

Gracias
Pablo Katchadjian

Cuaderno nuevo
AA. VV. (Hebe Uhart comp.)

Un año sin amor
Pablo Pérez

Lo que la gente hace
Marina Yuszczuk

Se conoce que sí
Leticia Obeid

La cadena del desánimo
Pablo Katchadjian

Vikinga criolla
Lila Siegrist

Frío de Rusia
Ricardo Strafacce

Exposiciones
Daniel Link

Intercambio sobre una organización
Violeta Kesselman

Lobo rojo
Majo Moirón

Desierto dividido en centímetros por piedras
Cuqui

Más nunca
Adela Pantin

Taller Literario
Facundo R. Soto

Once Sur
Cecilia Pavón

Brandsen
Marcel Pla

A rebato
Emilio Jurado Naón

Crónicas Canallas
Santiago Llach

Nuevas crónicas
AA. VV. (Hebe Uhart comp.)

El gato tuvo la culpa
Hebe Uhart

Cerdos & Porteños
Osvaldo Baigorria

Paz o amor
Marina Mariasch

Artforum
César Aira

Hija boba y otras obras
Maruja Bustamante

Ojo por diente seguida de El chino que leía el diario en la fila del patíbulo
Ricardo Strafacce

Santoral
Acheli Panza

Destrucción total

Lila Siegrist

La poética del asunto
Federico Merea

Miss Tacuarembó
Dani Umpi

Avión
Eduardo Muslip

Las clases de Hebe Uhart
Liliana Villanueva

El gran misterio
César Aira

Noche caliente
Lee Child

Sin segundo nombre
Lee Child

blatt-rios.com.ar

[image]